

# EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 12 de Febrero de 1899.

Número 7

*Exposición Nacional de Bellas Artes en la Academia de San Carlos.*



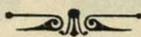
CUADRO DE RIPARI.

ORACION Y PECADO

FOT. DE LUIS C. SANDOVAL.

Director: LIC RAFAEL REYES SPINDOLA.

## LA SEMANA



Hay quien hable entre nosotros del Carnaval? Bah! El Carnaval está gastado; no nos sirve ya. Como viejo traje de saltimbanco se le han caído los oropeles y se le ha podrido la seda. Nadie se atreve ahora á disfrazarse con esos harapos brillantes olvidados en un rincón del tiempo.

La humanidad no se satisface con estas remembranzas paganas, porque en ellas ha bajado hasta el fondo de los vicios y ha tornado á la vida sin secretos y llena de hastío. Ya en el Carnaval no se sueña: no hay misterios en él. Y todo placer necesita de un misterio. El sueño rodea la tierra como una atmósfera del espíritu. Desde los ángeles blancos del cielo cristiano hasta las huríes del paraíso de Mahoma, se tiende la arquera de los sueños. Lo entrevisto en la fantasía, sin contornos precisos y en un abismo de plata virgen, se impone á lo que perciben nuestros sentidos, en el bullicio de la vida real, con lineamientos marcados y tintes seguros. Los azules lívidos del crepúsculo seducen al espíritu contemplativo: hay en ellos muchas cosas desconocidas, muchas vaguedades del infinito, que despiertan ideas extrañas y emociones nuevas.

La joven casta que en la alcoba tibia, dentro de las cortinas del lecho, sueña con un pórtico de resplandores tras el abierto zafir del cielo, y en él ve la túnica de nieve de Santa Cecilia, la esbelta, la purísima, la que en la clave divina deja posar sus manos invioladas que perpetuamente preludian el himno de los ángeles, está unida con vínculo intangible al árabe solitario que bajo la techumbre policroma y frente al amplio ventanal que corta un pedazo de azul profundo y luminoso en el cielo que se encorva sobre la franja de ópalo de una muralla de palmeras, medita delirando en el harem oriental, en las Fátimas inmortales, que aguardan á los eternos desposados con los ojos lánguidos y el beso que nunca se acaba palpitando sobre el carmesí de los labios.

La leyenda de oro y el Korán, unen su inmensa poesía mística en la tranquilidad de la noche. El incienso cristiano mezcla en las alturas del espacio sus nubes empapadas de oraciones, con las columnas de humo, impregnadas de voluptuosos deseos, de los pebetesos orientales. En el fondo de todo espíritu aletea el sueño. Y por eso, lo mismo en nuestros amores que en nuestras tristezas, buscamos á esa hermosa prometida que á cada instante nos ofrece venir: la felicidad. Y ya en el Carnaval estamos seguros de no poder ser felices.

Agotamos la locura de los goces, y todavía, con la copa exhausta en la mano, pedimos, como la ebria de Campoamor: más Rhin, Ganimedes.

El morto il Carnavale. Nuestras aspiraciones han cambiado de rumbo. Desdeñamos una costumbre, pensando que en la otra, en la flamante, en la recién inventada por nuestros caprichos, vamos á encontrar la felicidad.

¡La felicidad! El problema perpetuo, el monólogo de Hamlet recitado á todas horas por ese yo trágico que llevamos siempre dentro de nosotros. La Margarita de Fausto deshoja, pétalo á pétalo, una florecilla de las que Siebel puso en su ventana, para buscar la felicidad. Aquella alma buena decía: ser feliz es ser amado. Lady Macbeth, entre las sombras de una galería, pone un puñal en la mano trémula de un cobarde. Aquella ambición hecha mujer pensaba: ser feliz es ser poderoso.

Harpagón, el avaro clásico, tiende al agujero de la hucha, una mirada vidriosa, y oprimiéndose con las manos la seca entraña murmura: ¡la felicidad! ¡la riqueza! La calva cabeza de Fausto bajo el birrete doctoral, entre los *infolios* y retortas de su entenebrido gabinete, reflexiona: la felicidad es la verdad. Juan Valjean decía á Coseta: si quieres ser feliz se buena.

Y lo cierto es que todos somos descontentadizos: todos hemos sido felices. La dicha se agazapa en los rincones de nuestra vida, pero no puede ocultarse tanto que alguna vez no la sorprenda la memoria.

Sobre ese lienzo brumoso de los días que pasan, aquí y allí, hay brillos de cristal; son los instantes de felicidad, los que ha bruñido el placer, los que encendió el amor, los que la gloria rápida ó el triunfo fugitivo prendieron entre las obscuridades de la tristeza. Sumemos esos momentos; agrupemos esos átomos de tiempo, y de seguro podremos formar una lápida bastante grande para esculpir en ella la palabra felicidad.

La queja amarga no debe estar en nuestra boca como un reproche continuo.

Hay rayos de sol en todas las lluvias del alma. En el regazo de la amada, en los ojos de la novia, en la carta del ausente, en el aplauso sincero, en el libro flamante, junto á las mujeres hermosas, frente á la copa en cuyo fondo ríe el vino delicioso, en todas partes, á todas horas, sentimos la caricia esperada de la maga buena.

Cuando llega el dolor, es cierto que despedaza y que triturada, que se detiene mucho para robarnos, que nos lleva al suplicio lentamente; pero ved, ya al extremo

del camino, cómo viene, entre una nube de polvo, el heraldo de la felicidad: el olvido.

Somos ingratos con la dicha. Musset tuvo razón. Hay recuerdos mejores que iluminan nuestra noche. ¿Que son rápidos? ¿Y qué? La existencia no dura mucho.

Ha muerto el Carnaval; pero no os asustéis, nos queda tiempo todavía para inventar otra cosa con qué soñar en ser felices.

La vida con ser tan corta, tiene este lado bueno.

\* \*

La música es mujer, decía Wagner. Y esta semana hemos oído *Traviata*, una mujer envejecida y afeada por los años.

En la presente época, de grandes innovaciones artísticas, como á otros muchos de su tiempo, oímos *Traviata*, sin entusiasmo, sin arrebatos, sin ardores, como cuando ya pasada la juventud se mira cruzar á la primera novia. Es la misma; sólo que ella está marchita y nosotros viejos.

La primera novia nos parece divina porque tenemos quince años y no hemos visto todavía muchas mujeres. Y nos enamoramos loca y cándidamente de la muchacha que nos vió sonriendo, tal como vió Coseta á Mario. En general, no es bonita la primera novia, pero en adelante en el transcurso de los años, no podemos menos de recordarla con encanto.

Y la primera novia es la primera poesía que leemos y que despertó bruscamente nuestra fantasía; es la primera música que escuchamos y que nos llenó los ojos de lágrimas; es la primera pintura que vivamente impresionó nuestra retina, es en fin, la primera emoción estética, que, como una ráfaga inesperada nos abrió las alas del espíritu.

«Sonámbula» «Lucía» «Traviata» son nuestras primeras novias.

Ya están encorvadas y algo secas y llevan trajes de corte antiguo. Eran doncellas y ya parecen dueñas. Mas los que las amamos, cerramos los párpados ante la realidad y las vemos como el opiado de Edgard Poe, abrir los grandes, los negros, los extraños ojos de Lady, de Lady Ligeia! . . .

\* \*

El *Mundo* publica hoy una exquisita comedia francesa, cuya deliciosa lectura, deja una impresión dolorosa y tierna á la vez. Es la obra de un delicado artista. Está hecha á la Dumas con el estilo limpio de aquel filósofo que aparentemente era un dramaturgo, llevaba á la vida convencional del teatro, un fragmento de realidades entrevistas; pero que en el fondo no fué otra cosa que un moralista, una especie de sacerdote de sus propias doctrinas que dramatizaba y dialogaba sus prédicas.

Léala usted, señorita, es una obra sinceramente sentida que aunque trata de un problema social, no planteado aún por nuestras leyes, conmueve porque es el poema de una madre que sufre.

Y convendrá usted conmigo, señorita, en que una mujer que sufre es siempre interesante . . .

## Política General.

RESUMEN.—LA CUESTION DE FILIPINAS.—RUPTURA DE HOSTILIDADES ENTRE AMERICANOS Y TAGALOS.—EL PORVENIR DEL ARCHIPIELAGO.—INUTIL RESISTENCIA.—LO QUE ESPERABAN LOS INSURRECTOS.—INDEPENDENCIA APLAZADA.—LOS DOLORS DE LA CIVILIZACION.—EL AGUILA DE WASHINGTON.—CONCLUSION.

Con profunda y dolorosa impresión se ha sabido en el mundo civilizado, que las hostilidades se han roto entre americanos y filipinos. Hace ya días, desde que se supo entre las huestes de Aguinaldo y los insurrectos de las Vizayas que en el tratado de paz firmado en París se estipulaba la cesión de todo el Archipiélago Filipino al gobierno americano; desde que se comprendió que los Estados Unidos estaban resueltos á clavar su bandera sobre las islas que descubrió Magallanes, los insurrectos, que se habían acostumbrado á esperar su absoluta independencia é intentado organizar un gobierno propio, decidieron resistir por medio de la fuerza, y oponerse de una manera tenaz, ruda y sostenida á la implantación de un gobierno que no emanara de la soberana voluntad de los jefes y cabecillas directores del movimiento insurreccional.

Frente á frente permanecieron con el arma al brazo los ejércitos enemigos: por un lado, los regimientos

de Ottis atrincherados en Manila y apoyados por poderosa escuadra; por otro, las tribus tagalas acudidas por Aguinaldo, amenazando á cada momento romper el fuego sobre las líneas americanas. Por una parte, la expedición del general Miller frente al puerto de Ilo-Ilo, sin atreverse á desembarcar por temor de un rompimiento, y de la otra, las bandas de vizayas apoyando el llamado gobierno de aquella isla.

Sin haberse observado un cambio material en las relaciones tirantes de los enemigos, sin haber mediado provocación manifiesta por parte de los americanos, un incidente de poca importancia ha arrojado la chispa sobre aquel montón de combustible, y hoy es el campo filipino una gran conflagración donde se ve, á los resplandores del incendio, el estéril esfuerzo de un pueblo primitivo que lucha, iluso, por una soñada independencia; y á un pueblo fuerte y vigoroso que se derrama sobre territorios desconocidos para implantar á sangre y fuego los gérmenes de una civilización vivaz y engendrar, entre dolores y sacudimientos genésicos, una nación libre y soberana.

\* \*

Triste es contemplar esa lucha dantesca! Doloroso es ver que el camino del progreso está regado de lágrimas y sangre! Apena el ánimo comprender que los pasos que da la humanidad en su mejoramiento y desarrollo, dejan siempre la marca de luto y exterminio! La obra civilizadora del hombre no cuenta ni para mientes en esas convulsiones. Fría, serena, imperturbable, como instrumento del destino, se desenvuelve magestuosa, haciendo brotar flores, derramando sazonados frutos donde pueden encontrarse dejos amargos de experiencia.

Cediendo á sus intereses materiales, procontinuando su tarea humanitaria de crear pueblos nuevos á la vida de la libertad, la Unión Americana no ha podido retroceder en su política de expansión. Contribuye primero á libertar á Cuba del dominio español, y en su empresa compromete una guerra que le ha sido favorable. Pide primero la cesión de Puerto Rico que incorpora á los territorios federales, y cuando los habitantes se hayan asimilado á los americanos, se organizará bajo un gobierno liberal y habrá de brillar como una estrella en la constelación americana.

Mira después que el archipiélago magallánico es presa que codician las potencias europeas, que hacia él vuelven ávidos sus ojos como una gran conquista en el conflicto del Extremo Oriente; comprende que esa cadena de ricas islas y peñas volcánicas, formarán una base de porvenir y de grandeza, cuando las murallas seculares de China caigan desmoronadas al golpe de la piqueta civilizadora, y comience la hora del repartimiento. Y como sus victorias en Manila y Santiago de Cuba le proporcionaron las prerrogativas del vencedor, impuso al vencido la cesión de esos territorios antes de que cayeran en poder de extrañas manos. Allí había por desgracia gérmenes de independencia, sueños informes de libertad, y el espíritu separatista había empujado á los tagalos á contienda violenta con sus dominadores. La llegada de Dewey y de Merritt á las aguas de Manila fué considerada como favorable á la causa filipina, y los jefes americanos fueron recibidos como libertadores. Pronto se convencieron los aguerridos insurrectos del error en que habían vivido. De lo que no se dan cuenta todavía, lo que no quieren comprender es que los Estados Unidos al tomarlos bajo su amparo y protección, sólo les cercenan temporalmente su anhelada independencia; que sometidos dócilmente al gobierno americano, podrían educarse para la vida de los pueblos autonómicos y prepararse de un modo eficaz al ejercicio de la soberanía.

Y como no lo comprendieron, como cerraron los oídos á las proclamas de McKinley y apartaron los ojos de esa política superior, no viendo más que proyectos de conquista; como se sintieron alucinados por arrebatos de santo patriotismo y quisieron hallar á todo trance la independencia á que se juzgan acreedores, rompieron contra las líneas americanas y han visto otra vez empapado el suelo filipino con la onda roja de la sangre de sus hijos.

\* \*

No han sido favorables á la causa tagala los primeros combates; la resistencia, aunque sea muy costosa para el gobierno americano, cederá al fin ante la fuerza. Si no bastan los millares de hombres de que dispone el general en jefe para domar todas las bravuras, para vencer todas las resistencias, para arrollar todos los obstáculos, irán nuevas expediciones, se mandarán nuevos contingentes, y en el llano, en la selva, en la montaña, con grandes sacrificios, con serias dificultades, pero siempre adelantey en virtud de su superioridad, el gobierno americano hará que prevalezca su voluntad sobre los insurrectos.

Ya se ha visto la actitud del Senado, que no se manifestaba muy dispuesto á aceptar la cesión de Filipinas estipulada en el tratado de París. Se oyeron los primeros disparos, se derramó la sangre de soldados americanos que defendían las fortificaciones de Manila, y

callaron las voces antiexpansionistas, que por largo tiempo habían detenido la aprobación del tratado, se sujetó á votación y la mayoría decidió en favor de la política de McKinley.

Cualesquiera que sean las resistencias de los filipinos, tendrán que caer ante el poder incontrastable de la fuerza, y el águila de Washington extenderá sus alas sobre todo el territorio para incubar al calor de su seno un pueblo nuevo que ha de nacer á la vida de la libertad.

Febrero 10 de 1899.

X. X. X.

*Luís  
Pena Chiayuz*

## FRAGMENTOS

### DE UN LIBRO DE VIAJE.

#### II

#### DE BERLIN A LA FRONTERA RUSA.

El Ferrocarril, el vehículo alado que transporta al viajero con celeridad enorme, ha cambiado radicalmente las circunstancias de un viaje, transformando las fatigas en comodidades, las impresiones en lasitud monótona, y las aventuras y episodios en accidentes verdaderamente pueriles. Que se pudo hallar lugar, que éste fué más ó menos cómodo, que nos tocaron en suerte compañeros amables ó huraños, que el tren se retardó ó que caminó con la precisión de un cronómetro, que el *buffet* estuvo bien servido, que se pudo dormir ó que no fué posible cerrar los ojos.

He aquí casi agotada la enumeración de los mezquinos episodios que componen un viaje á la moderna á todo vapor; por lo que al mío toca, diré: que el tren á que subí se componía de wagones al incómodo estilo francés de compartimentos, que el compartimento que me tocó, conteniendo ocho lugares, estaba completamente lleno, es decir, que los pasajeros éramos ocho, seis médicos mexicanos y dos médicos alemanes, amables, obsequiosos, que hablaban bastante bien francés, y con los cuales trabamos conversación, hablándonos nosotros de nuestra patria, y causándonos, no poca sorpresa, pues tenían á México por un país casi enteramente analfabeta, lo cual, si por cortesía no lo expresaban con palabras, lo dejaba bien comprender el aire de sorpresa de su semblante y sus miradas atónitas. Ellos nos hablaban de sus grandes universidades, la de Berlín, la de Leipsick, de sus magníficos hospitales, de sus sapientísimos profesores: del ilustre Helmholtz, tan modesto como sabio, del afamado Virchow, de cuyos labios autorizadísimos, oíríamos en Moscow un discurso.

Monótono en demasía fuera un viaje así, y de mayor monotonía aún su relato, si no fuese por la opulencia y poderío de la nación cuyo suelo atravesábamos entonces, y por los grandes recuerdos históricos de todo género, que aquellos lugares evocan, y que afluyen á la mente del viajero, como bandada de gozosas y parloteadoras aves. Vengan á mí los recuerdos que esa noche ahuyentaron el sueño muy lejos de mi cerebro, y ayúdenme á hacer este relato con menos fatiga para los que me lean.

Ibamos á correr en casi toda su anchura la Prusia poderosa, alma y núcleo del nuevo imperio germánico, mucho más fuerte, mucho más bien consolidado, mucho más osado y emprendedor que el Sacro Romano Imperio, constituido conforme á la Bula de Oro, y que fué regido varios siglos por emperadores de la casa de Hapsburg. La Prusia, vencedora de Francia no ha mucho, vencedora poco antes de Austria y de Dinamarca, empuña con la férrea mano de sus monarcas, un cetro más pesado que la clava de Hércules, y cortante como la espada de Alejandro. ¿Sobre qué territorio se asienta esta nación gigante? ¿Qué serie de acontecimientos han producido su auge esplendoroso? Digámoslo brevemente.

Diez y seis meridianos y ocho paralelos cubren el vasto territorio prusiano. Su suelo forma una llanura inmensa, baja y de muy poca pendiente, que se continúa al O. con la de los Países Bajos, y al E. con el inmenso llano ruso; las montañas metálicas, Erz-Gebirge, y la de los Gigantes, Riesen-Gebirge, limitan esta llanura por el lado del mediodía, separándola de la Bohemia, el pintoresco país de los Tcheques, mientras que el Báltico la cierra por el Norte. En sus playas se recoge el sucino ó ámbar amarillo, resina fósil ya conocida por los griegos, que la llamaban *electron*, de donde se deriva el nombre de electricidad, porque aquellos padres de la ciencia y del arte, frotando el ámbar, descubrieron que adquiría la curiosa propiedad de atraer á los cuerpecitos ligeros, lo que fué la primera manifestación conocida de esa poder-



SR. LIC. D. JOSÉ MARÍA GAMBOA,  
Nombrado Sub-secretario de Relaciones.

rosa energía eléctrica que ha realizado tantas maravillas, y que mayores realizará aún.

Tres enormes ríos, arrastran pesada y lentamente el grande caudal de sus aguas por la gran llanura prusiana: el Elba que va á desembocar al Mar del Norte, el Oder y Vístula destinados al Báltico, y que reciben por su derecha y por su izquierda numerosos afluentes; lagos y pantanos en no pequeño número humedecen la faz de ese gran llano, cubierto á trechos de pobladas selvas, de corpulentos árboles, descubiertos en otros, y formando, ya campos donde á costa de mil labores crecen las cereales, ya vastas praderas donde apacientan, prosperando, innúmeros rebaños.

Hacia el siglo V, época de las grandes invasiones, la actual Prusia, ocupada por los Suevos, se vió invadida por los Vendos, tribu de la inmensa raza eslava, que desalojó á los primeros. La poderosa diestra de Carlo Magno subyugó á los Vendos; mas apenas el grande emperador fué á dormir el sueño eterno á Aquisgran, los Vendos recobraron su independencia y Enrique el Pajarero se vió obligado, para reducirlos á la obediencia, á instituir en aquella llanura árida, el margraviato de Brandeburgo, que en el siglo XII, el emperador Lotario II hizo hereditario en la persona de Alberto el Oso, conde de Ascania. La bula de oro promulgada en 1356 por Carlos IV, emperador de la casa de Luxemburgo, erigió el margraviato en electorado, y Segismundo, el último emperador de esta casa, vendió el margraviato á Federico VI de Hohenzollern. Entonces, por primera vez en la historia, aparece con un papel importante esta dinastía famosa á la que pertenece Guillermo, el actual emperador alemán.

Esta familia es originaria del mediodía de Alemania, y su genealogía auténtica y bien comprobada sube hasta el siglo XII. El viajero puede todavía admirar la casa solariega de la familia, el castillo de Hohenzollern, mansión feudal restaurada cuidadosamente y conservada con cariño por la casa reinante. Se levanta como nido de águilas en lo alto de la montaña de Zollern, entre el reino de Guttemberg y el gran ducado de Baden á la entrada de la Selva negra, á poca distancia del Danubio y del Rhin. Esta montaña pertenece á los Alpes de Suabia, y marca la línea de división entre las aguas, que con el Rhin van al mar del Norte, y las que con el Danubio se dirigen al mar Negro en la vasta cuenca mediterránea.

La casa de Hohenzollern formada de una serie de príncipes económicos, previsores y ansiosos de engrandecimiento, se elevó desde la modesta categoría de condes de Hohenzollern, hasta el altísimo puesto de emperadores de Alemania; adquirió sucesivamente el margraviato de Nuremberg, el condado de Prusia el margraviato de Brandeburgo, el gran Maestrazgo de la órden teutónica, y en el primer año del siglo pasado, el emperador Leopoldo de Austria confirió el título de rey de Prusia á Federico I, hasta entonces Federico III de Brandeburgo.

El nieto de este primer rey de Prusia, fué Federico II, á quien la historia conoce con el nombre de Grande, el cual fué el mayor genio militar de mediados del siglo pasado; despojó á Austria de la rica provincia de Silesia, y en Rosbach consolidó su poder y la grandeza futura de Prusia, elevada á la categoría de primer órden.

En vano la humilló Napoleón I en Jena y en Auerstadt, renació de sus ruinas, y el 18 de Enero de

1871 en la galería de los Espejos de Versalles, se constituyó en la persona de Guillermo el Viejo, la nueva dignidad imperial que ve Francia con el recelo y el dolor del patriotismo herido.

PORFIRIO PARRA.

El Sr. Lic. D. José María Gamboa,

SUB-SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES.

Para remplazar al Sr. Lic. Azpíroz, nombrado Embajador de México en Washington, ocupa el puesto de Sub-Secretario de Relaciones Exteriores, el Sr. Lic. D. José María Gamboa, cuyo retrato aparece hoy en las páginas de nuestro semanario.

El Sr. Lic. Gamboa se ha distinguido como abogado por sus trabajos jurídicos inspirados en sólida doctrina, y como parlamentario, su voz es en la Cámara Popular una de las más autorizadas y respetables.

El Sr. Gamboa une á su talento analítico de gran fuerza, amplios y firmes conocimientos del Derecho Público cuyas diversas materias ha tratado en luminosos escritos altamente apreciados por los especialistas.

## Oración y Pecado.

### CUADRO DE RIPARI.

Vagando la dulce reclusa por las callejas del jardín, su mano ha cortado distraídamente unas flores cuyo aroma aspiró la virgen en un instante de contemplación.

Un instante no menos corto que preñado de sensaciones exquisitas y misteriosas, las cuales han suspendido los labios que modulaban el rezo y hecho quebrantar el límite señalado al pensamiento.

¡Hacia qué horizontes vedados ha ido empero la imaginación en ese momento de olvido! ¡Sobre qué océanos ha flotado mientras tanto la barca de esa existencia consagrada á la abstracción! La monja ha sentido penetrar hasta su corazón, con el perfume de la flor recién cortada, un hálito desconocido que la obligó á detener el paso y olvidar la oración que principiaba. Entonces, han surgido en tropel, acelerados como una parvada de gorriones á quienes se diera libertad, mil pesamientos, que agitándose confusamente golpean en lo interior de su cárcel, demandando vida.

Tomó el velo un día, diciendo: «Mi mayor felicidad será el vivir lejos del mundo y rezar por los malos, y encontraré paz y tranquilidad elevando á Dios mis paces; allí está todo lo que anhelo, allí los ángeles serán mi escudo contra el mal espíritu...»

El claustro la recibió en su seno frío como una sepultura; el mundo la olvidó pronto, y ella, abrazada á los pies del crucifijo, juró una y mil veces consagrarse en cuerpo y alma á Dios.

Cuando la noche descendía sobre el convento, obscuriendo las molduras del templo gótico y transformando la torre en un gigante que explorara el horizonte; á la hora en que los buhos graznaban fatídicamente, la monja salía de su celda, recorría silenciosa los corredores, llevando el rosario en la diestra y una luz en la siniestra, y penetraba al fin bajo las naves sonoras, pobladas de espectros. De lejos, en aquella profunda obscuridad, la lámpara semejaba un alma en pena que purgara sus faltas sin sosiego. Cesaba de oscilar la luz y una fantasma blanca y vaporosa, adelantábase hasta el madero en el cual el Cristo exangüe y luminoso inclinaba la frente coronada, y doblando las rodillas, la novicia desgranaba el collar de su plática con el Salvador.

Ante las tapias del aislado monasterio se velaba la luna, y el espíritu de la media noche balanceaba doce veces la campana del campanario, que esparcía en el aire sus doce sonoras vibraciones. Ella entonces incorporábase trabajosamente, después de santiguarse, tomaba la vacilante lámpara y tornaba á recorrer los corredores hasta perderse bajo la puerta de su celda.

De día, una pálida, alucinada, víctima de continuo delirio, vagaba sobre la arena del jardín, repitiendo constantemente una oración nunca olvidada.

Su mano, cierta vez, ha cortado una flor, y el aroma de ésta la ha embriagado, haciéndola sucumbir por un momento.

Pero la mano se ha abierto bajo la sensación del espanto y la flor ha caído á los pies de la religiosa. La flor era una rosa roja y perfumada, frágil flor agonizante apenas nacida; la monja era blanca y más frágil que la flor. Y en su alma, tranquilizada ya por la voluntad, el romordimiento, ha extendido su ala negra, soplando un viento helado que la hace temblar.

Mas en medio de este estupor, la religiosa escucha una frase que acaricia sus oídos y la devuelve poco á poco la paz perdida, dulces palabras de perdón que descienden hasta ella como un rocío de bienandanza; una voz que la dice:

«Suora, oír un fior sai ch'è peccato  
E piú se obliar fa la pregiera . . . . .  
Ma la madre d'amor non è severa  
leggendo nell'tui cor ti ha perdonato.

La luz del día esparce tonos mil en derredor de la monja pensativa, que al escuchar las palabras siente renacer poco á poco la confianza, y su corazón atribulado palpita nuevamente á compás, gustando la alegría del perdón por la falta cometida.....

Esta tela que en su viaje á Italia adquirió el señor ingeniero Saivador Echagaray y ha exhibido más tarde en la XXIII Exposición Nacional de Bellas Artes, es de una factura firme y vigorosa, sin ser pesada, y la poética idea de los versos que se leen al pié del cuadro, fué brillantemente explotada por el señor Ripari.

### Las hermanas de la Caridad

CUADRO DE JOAQUIN AGRASOT.

La escena ha sido tomada en un hospital á la hora del reparto de los alimentos; las hermanas, cubierta la cabeza por el gorro blanco, van de un lugar á otro prodigando infatigables sus cuidados y desvelos.

Es una ternísima idea la que ha inspirado al autor de este cuadro y su concepción ha sido acertada, aunque al ponerla en práctica Agrasot haya dejado pasar inadvertidos ciertos detalles que no ayudan mucho por cierto á la buena impresión que produce el conjunto.

La hermana que sostiene al niño en sus brazos es una figura sugestiva en la cual hubiéramos querido que el pintor concentrara un poco más su cuidado, por ser el detalle que más salta á la vista y atrae desde luego la mirada del visitante.



TRISTE PLEGARIA.

Cuadro de Otón Goldmann.

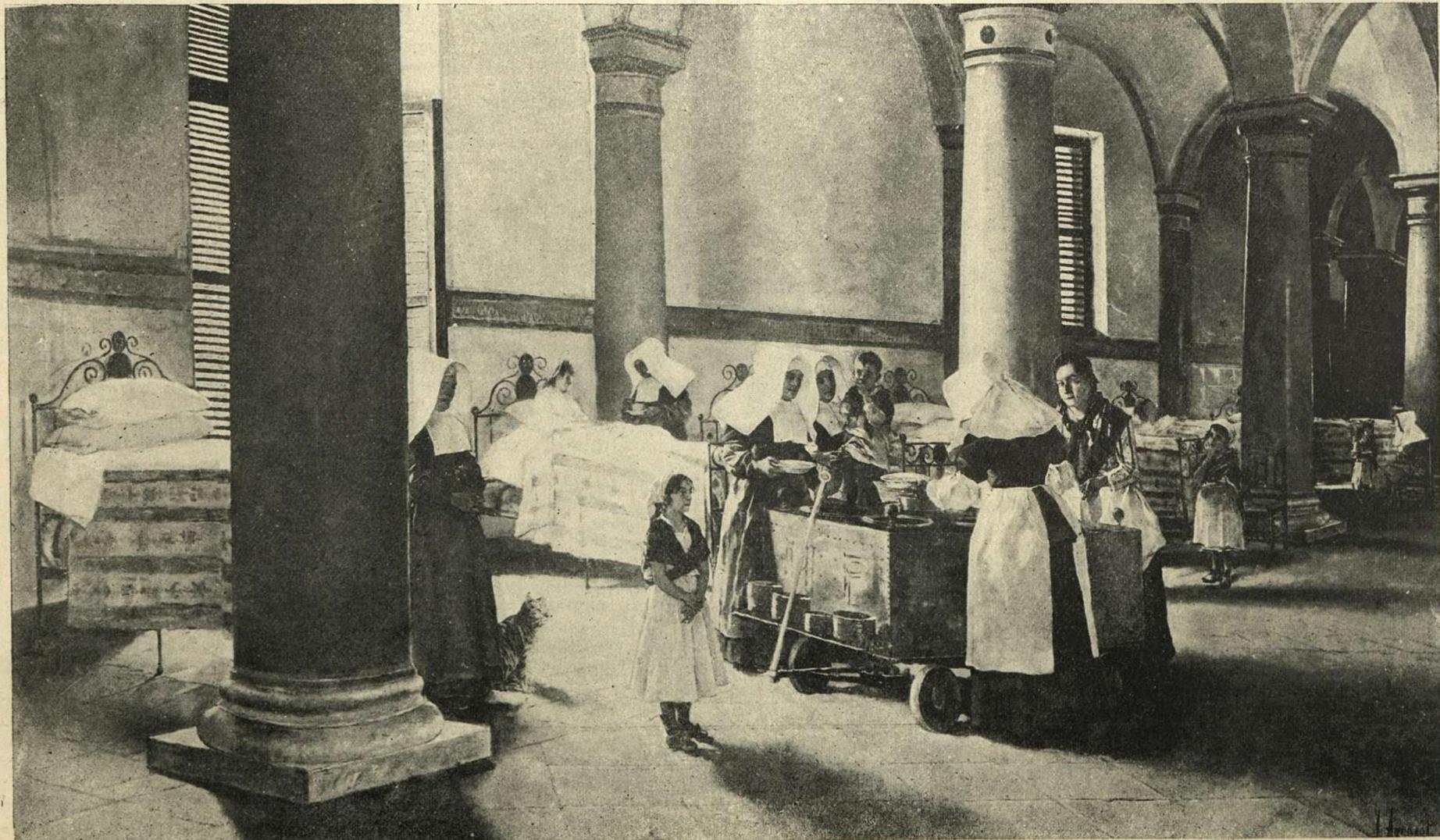
Ha tomado ella al niño, y le mece y le contempla cariñosamente dejando acaso aletear en tanto la imaginación que va muy lejos, más allá de las tapias del Hospital, más allá de la ciudad, tal vez retrogradando á otros años, y experimentando la agitación de un sentimiento desconocido, de un instinto que no muere á pesar de la voluntad y es un lazo con la humanidad á la cual la monja ha negado por una parte su existencia para consagrarla de manera distinta y toda entera, sacrificando placeres y descansos, á esa misma humanidad á quien no pide en cambio más que una oportunidad de servirle mientras viva, y un palmo de tierra y una cruz después de la muerte.

Los niños son para la hermana el lazo que la une con el mundo; en ellos ha cifrado toda su felicidad y para ellos vive antes que para sí misma, de tal modo, que su sueño por la noche es ligero si el niño duerme, y vuela rápido de sus ojos al menor movimiento del parvulillo.

### TRISTE PLEGARIA

Cuadro de Otón Goldmann.

¡Cuán hondamente sentida la figura de esta pobre anciana á quien la muerte acaba de arrebatarse un ser querido, cuyo cuerpo exánime junto á ella yace y para el cual teje modesta corona, última muestra de su cariño inmenso! Con las manos cruzadas, eleva su pensamiento á Dios, y de su corazón, no de sus labios, brota triste plegaria.



Cuadro de Joaquín Agrasot.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

Fot. de Luis C. Sandoval.

## LOS NUEVOS PLACERES DEL LAGO ATLIN.

El drama de los descubrimientos de oro en Alaska y en las regiones apartadas del Canadá, tiene muchos actos. Apenas se había calmado un poco el *excitement* en Klondike cuando aparece más intensamente en otros lugares.

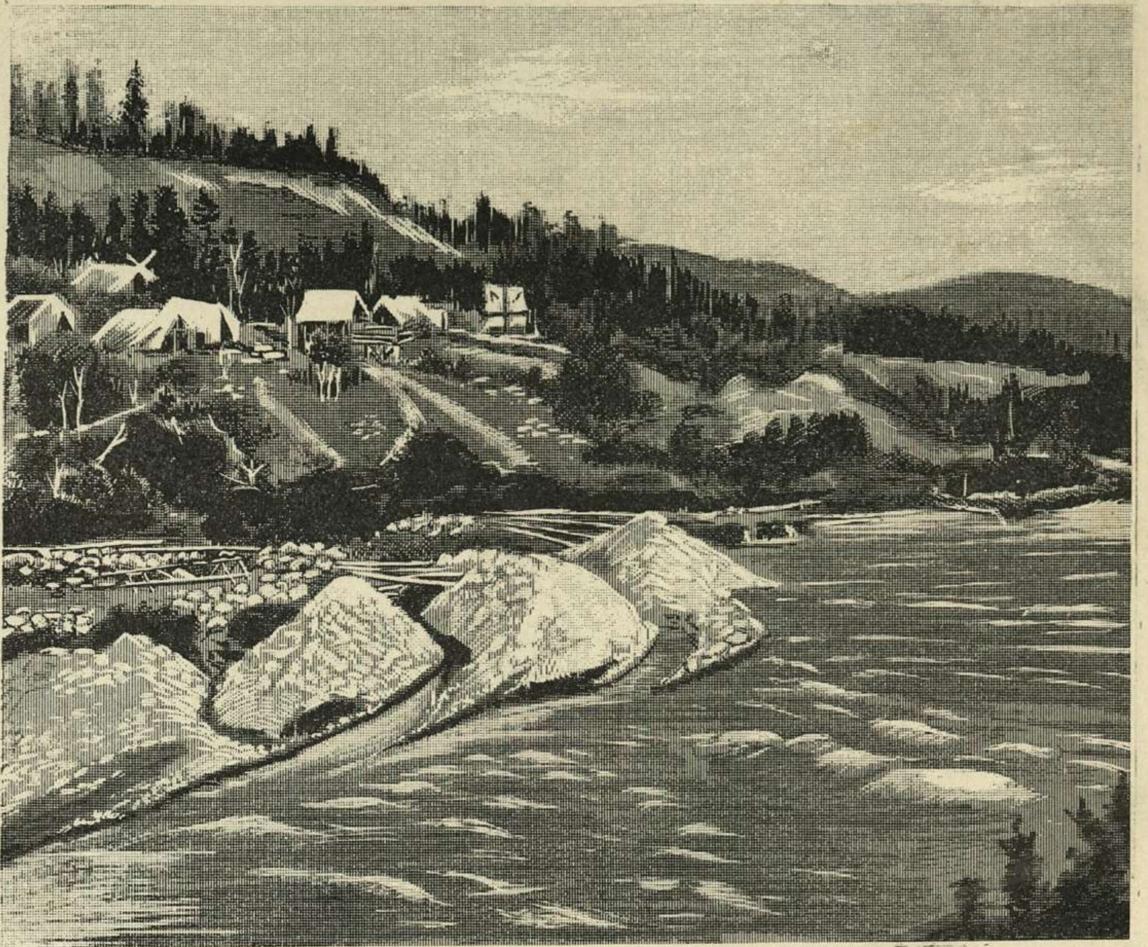
Los mineros que volvían de Dawson City á fines del año pasado, tuvieron noticia en su camino del descubrimiento de un nuevo Eldorado. Como el lago Atlin no se desviaba mucho del camino que llevaban, algunos de ellos se dirigieron hacia allá antes de embarcarse en Shagway. A lo largo de la ruta veían huellas de campamentos y toda ella al parecer había sido recorrida ya por una multitud de «prospectors:» por último, á orillas del lago encontraron un verdadero pueblo, una ciudad naciente Tacou City y en la ribera opuesta, una gran carretera los llevó de East Atlin á Atlin City, á orillas de Pine Creek, situada en el lugar mismo de los principales descubrimientos que datan de Marzo de 1898.

En menos de seis meses habían nacido algunas ciudades nuevas y en tan corto espacio tomaron más que regulares proporciones habitándolas algunas millares de mineros. Por no dejar hasta mujeres había ya en aquellas regiones apartadas; eran seis, cuatro casas y dos... no casadas aún.

El lago Atlin, que da su nombre al nuevo distrito aurífero, está situado en la Colombia británica, al sud-este del lago Tagish y á 180 kilómetros de Shagway. Su longitud es de 125 kilómetros y lo alimentan algunas corrientes fluviales que ya han sido exploradas encontrándose en ellas cierta riqueza aurífera.

La región á que nos referimos fué visitada el año de 1890 por Jorge Miller y Alberto Triblets, mineros de Juneau. El río donde se hizo el último descubrimiento se llama actualmente Pine Creek (arroyo del Pino), y era conocido antes con el nombre de «4 de Julio» en recuerdo de la fecha en que se descubrió el oro, aunque en pequeña cantidad.

Federico Miller, hermano de Jorge, es el propietario del «Claim» de exploración (derecho), cuya fecha



LOS PLACERES DE ORO DE PINE CREEK.

Los principales arroyos que tienen oro en cierta cantidad son: Pine Creek, Spruce, Otto, Wright, Birch, Boulder y Viliow. Conviene decir, que siendo muy escasos los clavos y útiles, pocos «claims» fueron trabajados seriamente durante la última temporada.

reció más adecuado para la fundación ó desarrollo de una ciudad. Pocos son los soldados que hubieran tenido esa idea genial. A fines de Septiembre los lotes de 30 por 10 metros valían ya hasta 1,500 francos; el sargento Davis había hecho su fortuna!

La situación de Atlin City á orillas del Pine Creek es de las más pintorescas; el río tiene una anchura de 130 metros próximamente. En las riberas la capa de roca que contiene la tierra aurífera, se halla á una profundidad media de uno ó dos metros. La explotación es fácil en la estación estival y probablemente algunos placeres de esa región poco distante de centros casi civilizados como Chagway y Juneau, se explotarán con el auxilio de máquinas hidráulicas.

La madera que abunda en las cercanías proporcionará el combustible necesario para los motores de vapor y puede preverse ya la explotación de los yacimientos hulleros que se han reconocido con ese mismo objeto.

En el lago Atlin la extracción hidráulica podrá efectuarse sólo en estío, cuando abunda el agua en los arroyos. Durante ese período de tres meses y medio podrá trabajarse noche y día, y como en esas regiones la noche estival difiere poco del día, tres meses y medio equivaldrán á siete de trabajo efectivo.

El descubrimiento de los placeres del lago Atlin pondrá en conmoción las falanjes poderosísimas de los «prospectors» americanos y canadenses que se lanzarán á las soledades más inextricables de la Colombia británica, del territorio nor-este del Canadá y de Alaska hasta la desembocadura del Yukon. Klondike, Altín serán dos incentivos para el «prospector» de 1899 que como sus afortunados antecesores buscará nuevas maravillas en esos países prodigiosos.



LAS REGIONES DEL ORO.—LA BAHIA DEL NORTE.

es de Marzo de 1898. Acompañado por MacLaven volvió luego á Juneau y el 5 de Junio ya había regresado al «Claim» trayendo consigo varias personas.

El 8 de Julio se hizo el primer lavado, obteniéndose en ocho horas de trabajo más de 7,000 francos de oro. Durante esa estación el producto del «Claim» fué de 3 á 5,000 francos cada cuatro días.

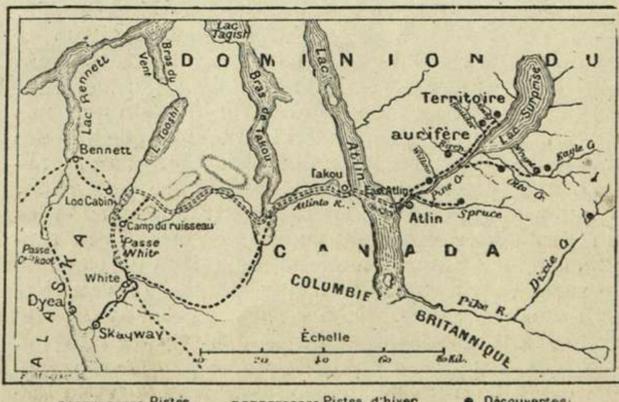
No tardaron en llegar los «prospectors.» El «prospector» es un tipo conocidísimo en los Estados Unidos y el Canadá: vaga por las montañas, á caballo ó en burro, con un pico al hombro; casi siempre, es un pobre diablo con la cabeza llena de ilusiones, esto es, de enormes pepitas ó montones de polvo de oro.

Algunos de ellos se ponen en camino sin más recursos que un saco de sal-pimienta. Una buena carabina les basta para proveer á su subsistencia por medio de la caza, mientras llega el momento, no muy remoto, si son perseverantes y hábiles, de contar su fortuna por millones.

Siguiendo las huellas de Miller, llegó una nube de «prospectors» y á poco todo el trayecto del Pine Creek estaba ya explorado. Dirigiéronse entonces á explorar sus afluentes, las riberas del lago Surprise y los arroyos que lo alimentan. Todos los descubrimientos eran de importancia y el mes de Septiembre había ya registrados ochocientos «claims» ante el Comisario.

Hasta hoy sólo Miller y el sargento Davis han hecho su fortuna efectivamente; los demás viven de esperanzas ó especulan con la compra y venta de lotes.

El Sargento Davis, de la policía montada, es el Laduc de Atlin City. Como Laduc en Dawson City el año de 1896 fué uno de los primeros que llegó, apresurándose á tomar posesión por su propia cuenta de una gran extensión de terreno en el lugar que le pa-

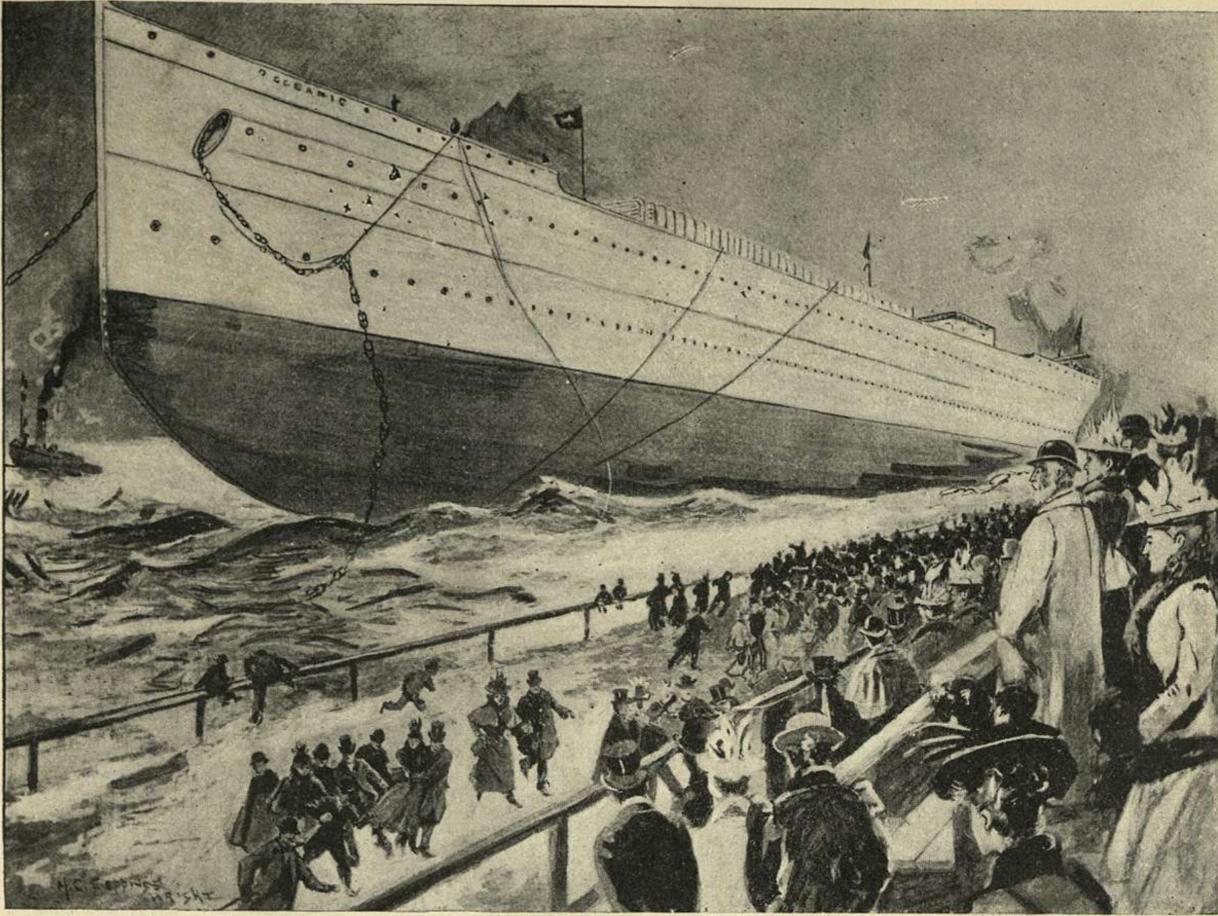


## La Poesía de la Historia.

### COLON.

Colón pertenece al pequeño grupo grandioso: los héroes del género humano; los excelsos representantes de la especie. Nació en Italia: la marina española lo cuenta entre sus Almirantes; pero ni Italia ni España pretenden ni podrían tenerle por gloria nacional: su sombra no cabe en las dos naciones reunidas.

No es, por otra parte, un marino, ni un soldado, ni un gobernante ilustre, ni siquiera un sabio. Colón no es el hombre que por el camino de las pequeñas investigaciones, tras largas veladas, después de cansarse la vista observando, y la inteligencia analizando el resultado de sus observaciones, llegan al fin de sus anhelos, á la tierra de promisión de las soluciones felices; es del corto número de los grandes iluminados. Ciencia no le faltaba, perseverancia, obstinación, voluntad firme, ya las mostrará más adelante cuando llegue la ejecución de su empeño: lo primero que muestra es la intuición pasmosa, el sentido como di-



50.000 PERSONAS PRESENCIANDO LA BOTADURA DEL «OCEANIC» EN BELFAST.

vinatorio y la fe sublime del genio; con la luz que alumbraba su pensamiento tratará de alumbrar la ignorancia y las preocupaciones que ¡oh, prodigio! intenta poner al servicio de su convicción; con su fe invencible producirá el contagio de su idea y de su esperanza en pechos y en entendimientos que no estaban llamados á albergarlas. Es una de las grandes tristezas de la Historia; se oprime el corazón; nos sentimos acongojados y llorosos al ver marchar con el recuerdo, al grande hombre ¡poderoso mendigo! de Corte en Corte, de tierra en tierra, por el Continente Europeo, tendiendo la mano para pedir el oro de su empresa, cuando lleva en su idea, en su intuición, en los pliegues de su voluntad, algo que sobrepuja los tesoros de «Las Mil y una noches»: la realización del cuento de hadas más prodigioso que concibió la humana fantasía. Con melancólica mirada seguimos al peregrino sudoroso y fatigado, con agonia lo vemos luchando con esa forma de la ignorancia que se llama ciencia oficial, que por sus macizos soportes y soberbia satánica, es la ignorancia más obscura y la más difícil de vencer, pero con gozo inefable vemos también, de súbito levantarse junto á la figura del genio próximo á la derrota, otra figura, otra personalidad, destinada á compatir con él la inmortalidad de hechicera y semi-trágica ficción poética, que ya con sus peripecias nos desgarraba el pecho, vemos asomar el momento de oro en que una gran reina sale, como por providencial acaso, al encuentro del genio, cercano ya al abatimiento: ese momento es un momento de júbilo para el género humano, es la reversión de una de las pavorosas catástrofes que se han conjurado en la Historia, y nosotros todos—¿cómo no hemos de decirlo con orgullo?—pero principalmente toda mujer de nuestra raza, al recordar á Colón peregrino y errante, tiene que sentir en las sienas la frescura del laurel olímpico que ciñe para siempre la memoria de la magnánima Isabel.

Ella hizo que el ensueño de aquel visionario fuera una realidad. Ella hizo que pudiera intentarse aquella aventura inaudita que da á pensar, á un tiempo, en las proezas legendarias del Cid y en las quiméricas empresas de Don Quijote. Sólo que esta vez el león no se conformaba con volver las grupas al héroe: el combate iba á verificarse; el Océano espumoso ignoto, inmenso, armado con sus oleajes, con sus abismos, con sus corrientes y sus vientos desconocidos, iba á tener de veras bajo sus garras y entre sus fauces al paladín sin miedo. Por el mar conocido, planificado, detallado, á la manera de un camino público, con los recursos de que la ciencia dispone hoy contra los asaltos de la ola y el viento, el viaje triunfal de las tres caravelas simbólicas que vinieron á América para solemnizar la memoria augusta del primer viaje, y que no pudieron ser idénticas en lo frágil, en lo desarmado, en lo humilde, á las tres de entonces, con todo esto, digo, el viaje de ahora no dejó de verificarse con precauciones, con medidas de protección, con el amparo de otras embarcaciones capaces de protegerlas en el caso de algún incidente. La gallardía del primer viaje apenas puede repetirse con la imaginación, y no sin que sufra vértigos la misma fantasía. Pensad los que me leéis en aquella salida de Palos de Moguer, y decidme si hubo jamás en los sueños de la poesía, en las exageraciones de la leyenda, en las ficciones mitológicas algo que supere al grupo de insen-

satos que van así á meterse en los senos de la aventura casi inconcebible. Si mañana, por caso no previsto, un sabio que reuniera, concentrara, é hiciera dar nuevo y gigantesco paso á toda la sabiduría actual del mundo, propusiera un viaje por las regiones del espacio á otro planeta de nuestro sistema,—á Marte ó á Saturno,—y si en la endeble barquilla del aerostato para la navegación temeraria encontrase compañeros, y si estos compañeros fueran hombres que participaran de su audacia, pero que no pudieran participar de la intuición de su genio, ni de las confianzas de su ciencia, todavía ese viaje increíble y maravilloso, tendría un término conocido, una marcha á través de un medio menos misterioso hoy que lo era en el siglo XV el Océano Atlántico; todavía habría menos solemnidad en la despedida, menos grandeza épica en la resolución, carácter menos sublime en el intento, que en aquella arrancada de Palos de Moguer de las tres caravelas inolvidables que van,—palomas de ala sedosa y breve,—á tentar el vuelo que para los alciones es locura. Ya parten, ya se inflan sus velas, ya se alejan, ya apenas se divisan, ya se pierden de vista. ¡Cómo debió brotar entonces de las playas de España creyente é idealista, como debió surgir de aquellas arenas, en que quedaron las madres y las prometidas, el himno sonoro, uno de los más grandiosos que han llenado el espacio: que Dios los acompañe!

Por eso, bien podemos decirlo, aunque sin la pretensión ridícula de monopolizarlo: Colón es una gloria nuestra. En un momento crítico de la Historia, nuestra raza y él se comprendieron y se adoptaron mutuamente. ¡Adopción inolvidable que ha dilatado el planeta! El tenía, al menos, ya lo dije antes, la fe de su genio: una claridad privilegiada, á la manera de un ángel que llevase una estrella en la mano, marchaba delante de su pensamiento, disipando las tinieblas del abismo; pero aquellos marineros que lo seguían, tan sencillos, tan inespertos, digámoslo en honor suyo, tan ignorantes,—esos tuvieron la fe que le faltó á Pedro para caminar detrás del Redentor. El Océano sin límites; después, al llegar, la selva semejante al Océano; aquellos ríos como mares, aquella raza extraña, aquellos precipicios, aquellos volcanes,—nada los arredró, colocando sobre la erguida cumbre de los Andes la bandera de España y partiendo con ella como en dos mitades, partiendo con ella como en dos hemisferios distintos el horizonte de la Historia.

Bastaría esa memoria sacra,—sacra é imborrable,—para que los cubanos que hubiéramos preferido la unión con la vieja España mediante una Autonomía que diera á nuestra tierra su dignidad y su derecho, estemos orgullosos de nuestro credo, sin que nos deslumbren ni nos acobarden los clamores de quienes mediante la intervención del extranjero han logrado otra solución, por ellos ardientemente apetecida, y que después de todo, en vez de ser una solución es un problema; orgullosos y amorosos de nuestra sangre, soñamos ahora, ya que la esclavitud de Cuba no lo veda, en nuevas armonías y nuevos lazos que hagan aparecer, para dicha y para gloria suya, en el siglo XX á nuestra raza, hoy abatida y desangrada,—altiva, vigorosa y unida en ambos mundos. El nombre de Colón cifra y expone esas ideas. Gloria de Italia, en cuyo suelo se mecía su cuna; la Italia donde Garibaldi hubiera sido capaz de emular las aven-

turas maravillosas de nuestros Corteses y Pizarros; donde nació Miguel Angel, el único digno de levantar la estatua del grande hombre, Dante, el único digno de cantarlo. Gloria de nuestra raza, que le dió en el Cid y en el Quijote sus dechados, en los marineros de Moguer sus colaboradores, en la Reina Isabel su providencia, con su bandera sombra, con sus premios aliento, con la conquista la fecundidad de su obra,—Colón, he de repetirlo al concluir, es una gloria humana: tal es el sello y el verdadero carácter de su grandeza.

Este Continente prodigioso; el de los montes altos, el de los bosques densos, el de los anchos ríos, el de los pechos fuertes, es el pedestal del monumento que la Historia erige para su recuerdo; pero de todos los pueblos, de todas las zonas, de todas las castas han de levantarse los homenajes y los laureles de su triunfo. Su heroísmo en sufrir, en trabajar, en arrostrarlo todo: las privaciones, la miseria honda, la humillación cotidiana, la muerte misma, para la victoria de su idea es, no después de su genio, sino con su genio, lo que hace de veras incomparable su grandeza. La Historia no recuerda otro caso de una inteligencia tan alta, puesta en conjunción con un carácter tan noble y vigoroso. Colón es una estrella doble. Es un granito que parece hecho de luz. Por su entendimiento es incomprendible en su época; por su voluntad es incomprendible en la nuestra. Todas las conquistas de la ciencia su muestran pequeñas cuando se las compara con la suya; todas las hazañas de los grandes capitanes resultan baladíes en comparación con sus hazañas. Luchó con lo imposible; venció el Océano inmenso; extendió el mundo; prolongó la sombra de la cruz sobre todo el planeta; hizo al género humano, en conjunto, un servicio como divino; que muriera definitivamente cuando cerró los ojos, lo juzgamos imposible: bronce como el de su inteligencia, oro como el de su voluntad son metales imperecederos.

Su nombre es un estímulo perenne, su ejemplo una lección imborrable; su apoteosis, uno de los raros casos en que la humanidad se hiergue altiva, y aliviada de sus desmayos y sus pesimismo, olvidada de su concupiscencia, consciente de su fuerza, retemplada en la religión de lo ideal, exclama con alborozo y con viril entusiasmo: *Ecce homo.*

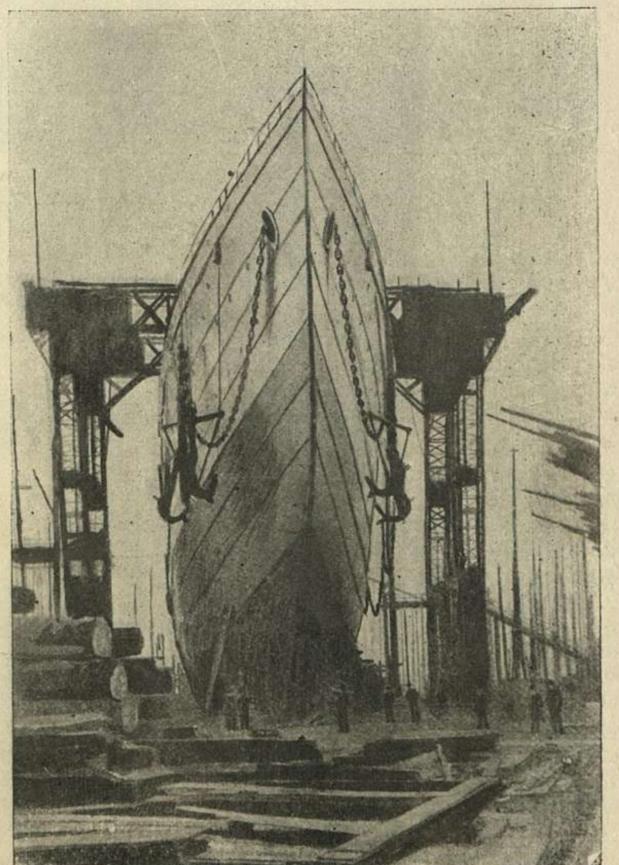
A. ZAMBRANA.

### El buque más grande del mundo.

El día 13 de Enero último fué puesto á flote el nuevo buque de vapor *Oceanic*, que es actualmente el más grande del mundo.

El *Oceanic* fué construido en Belfast (Inglaterra) por orden de la Compañía White Star la cual lo destina á la línea del Atlántico.

Mucho han hablado los periódicos ingleses del nuevo transatlántico y de la botadura efectuada, como decimos arriba, el sábado 13 de Enero. Estuvieron presentes en ese acto, invitados por M. Perrie, jefe de la Compañía propietaria, el Duque y la Duquesa de Abercorn, Lord y Lady Dufferin y Lord y Lady Londonderry. Había además en la ribera una multitud de más de cincuenta mil personas, que deseaban



«EL OCEANIC» PODEROSO TRANSATLANTICO INGLES, BOTADO AL AGUA EL 13 DE ENERO.

gozar del espectáculo que no es uno de los menos imponentes pues revela el gran poder del ingenio humano y de las máquinas perfeccionadas. capaces de mover moles como el *Oceanic* con una facilidad que si no pudiéramos designar propiamente con el epíteto de científica, llamaríamos de buen grado maravillosa.

El *Oceanic* tiene 705 pies ingleses de largo y excede en esa dimensión 13 pies al *Great Eastern*. El peso del buque con sus máquinas, carga, provisión de carbón etc. da por resultado un desplazamiento de 28,500 toneladas, cifra enorme en la actualidad. Creese que es el *steamer* más poderoso pues se calcula que puede atravesar el Alántico en cinco días. Ha sido construido con los mejores materiales de hierro y acero, calculándose su capacidad suficiente para dos mil personas además de una gran carga y provisión de carbón.

### El leon cautivo.

El grabado que publicamos muestra el leon de menagerie, á juzgar por el desarrollo del pelo en la parte inferior del cuerpo. Es un hecho observado ya que los leones cautivos tienen más grande y abundante la melena que sus congéneres salvajes y libres, pues en éstos últimos la melena rara vez se extiende más abajo de la paleta. La razón no puede ser más sencilla.

Los leones libres corren y se arrastran, *ventre á terre* tras de su presa. La melena cae en mechones entre la malla de los bosques y las garras de sus enemigos.

Será pues un indicio claro de que el león que teneis á la vista lleva desde largo tiempo vida pacífica y sedentaria, el abundante y fino vellón de su testa soberbia.



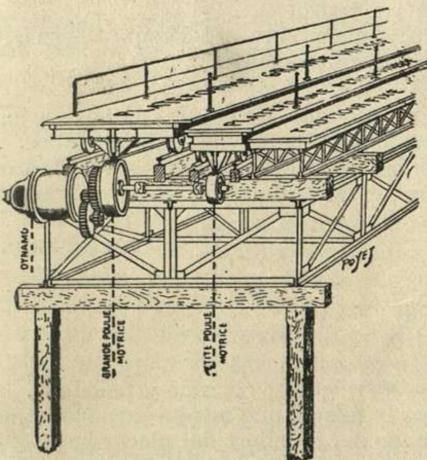
EL LEON CAUTIVO.

### Una acera que camina.

Se ha ensayado con gran éxito en Saint-Ouen (Francia), la utilización de una plataforma rodante de cuatrocientos metros de longitud. Se pondrá al servicio público durante las fiestas de la Exposición, entre la Explanada de los Inválidos y el campo de Marte. El iniciador es M. Blot, quien ha trabajado con la cooperación de dos distinguidos ingenieros.

Nuestro grabado representa en una forma schemática el curioso sistema que describiremos brevemente.

A la derecha hay una plataforma fija, en el centro otra que camina con una velocidad de cuatro kilómetros por hora y por último, otra á la izquierda que anda ocho kilómetros. Con la mayor facilidad es posible pasar de la primera á la segunda y de ésta á la tercera; la segunda sólo sirve de intermediaria entre las otras dos, pues no podría conservarse el equilibrio en el momento de una transición tan rápida.



LA ACERA QUE CAMINA.

Ahora hablemos del mecanismo. Las dos plataformas móviles están compuestas de una serie de «trucs» que se encajan unos dentro de otros y se apoyan sobre discos que ruedan en los rieles laterales. En el centro están sostenidos por un poste en el cual se ponen en contacto por medio de resortes otros discos fijos que están repartidos á distancias iguales de doce metros y giran bajo la acción de un dinamo.

La ventaja del sistema de discos fijos es que puede inspeccionarse y componerse cualquiera de ellos sin interrumpir el movimiento de la plataforma, mientras que en las aceras rodantes de Chicago y Ber-

lin, la menor descompostura alteraba la gran máquina y la paralizaba.

La diferencia de velocidad proviene simplemente de la diferencia de diámetros de los discos entre una y otra plataforma: unos son dos veces mayores que los otros y la velocidad sigue la misma proporción, pero todos reciben la acción de la misma corriente.

Este ensayo no es sólo una promesa sino que, da la solución definitiva de un problema de alto interés científico y de aplicaciones útiles y agradables á la vez.

### Las memorias de Bismarck.

Un libro llamado en Francia pomposamente «Memorias de Bismarck», corre en los países de lengua inglesa con este título más humilde y á la vez más sugestivo: *Bismarck—Algunas páginas secretas de su vida.*

La obra consta de dos tomos y bueno será advertir de paso que el primero no es sino una reproducción compendiada del libro de Busch publicada hace veinte años, *El conde de Bismarck y su estado mayor en 1870.* El segundo tomo parece completamente nuevo y aún algunos creen que es completamente inexacto. Se engañan porque cualquiera que conozca á Bismarck lo reconocerá en todas y cada una de sus expresiones brutales ó cínicas, ásperas ó despectivas.

Pero hay otros elementos de certidumbre para asegurar plenamente la autenticidad del libro. Su autor en persona (el Dr. Busch) sometió á Bismarck las pruebas en 1878 y el príncipe consistió en revisarlas, bajo la condición de que se guardara el secreto de aquella colaboración.

Más de un pasaje cayó en fragmentos destrozado por las tijeras del canciller, y hoy después de un silencio de veinte años, vuelve á restablecerse la integridad del libro y aparecen ante el mundo las verdaderas expresiones con que juzgó Bismarck á algunos de sus contemporáneos y que se suprimieron entonces por su rigor excesivo.

Le decía Busch Bismarck: nada de lo que á nuestra excelencia se refiere podría ser trivial mi insignificante y creo que la posteridad será de mi opinión.» Tenía razón, pero Bismarck, receloso como buen lobo escamado, objetaba prudentemente. «Concedo, en cuanto á la posteridad... mas los tiempos que corren... Todos los periódicos satíricos se arrojarían sobre mí.» Y cortó del libro de Busch lo que á bien tuvo.

Ambos volúmenes de la nueva obra contienen (el segundo, sobre todo) escenas dramáticas ó chistosas y algunos documentos de primer orden, como por

ejemplo, el texto oficial de la renuncia hecha por Bismarck el 18 de Marzo de 1899. Es seguro que los datos á que nos referimos contribuirán á fijar definitivamente la figura compleja del Canciller.

El libro lleva el nombre de *Memorias* con harta impropiedad; pero será una obra de consulta. Gracias á él padremos ver cuando queramos un Bismarck en bata, gran bebedor, gran fumador, aficionado á la mesa, siempre dispuesto á morder, á injuriar, á burlarse del mundo entero, haciéndoles sentir á todos el peso de su gran superioridad y enviando á paseo á cualquiera que le estorbase, ya fuera un rey, un general, un diplomático ó un magistrado.

En esas páginas encontraréis todos los rasgos característicos del Ministro, del Presidente del Consejo y del Canciller. Allí habla del mismo modo que piensa, con un desenfado sin ejemplo.

Sabe que han de quedar escritas sus frases más insignificantes y no se le da un bledo. Dice así: «Cuando yo haya muerto, mi querido Busch escribirá la historia secreta de nuestro tiempo según las mejores fuentes de información.» Esas fuentes inmejorables son sus propios papeles, pues permite á Busch que los examine y para alentarlos, por si acaso necesita alguna vez de estímulos su familiar, le dijo: «Cuando yo muera podéis decir todo lo que se os antoje y todo lo que sepa.» Y no bien murió el Príncipe, Busch inició su obra de indiscreciones como la califican ciertas personas interesadas en que algunos secretos nunca dejen de serlo.

Pero llega el día en que todos los convencionalismos desaparecen y las figuras históricas, despojándose de su máscara mundana, aparecen con sus rasgos característicos ante la humanidad que los juzga. Ese día ha llegado para Bismarck. ¡Al fin podemos ver en bata al terrible Canciller de Hierro!

### EL PALACIO DE LOS DUQUES

DE  
VENECIA

Este histórico edificio y otros contiguos á él,—como la Biblioteca y el famoso Puente de los Suspiros,— están amenazados de próxima destrucción según se dice por ahí.

El Gobierno de Italia ha abierto una averiguación, comisionando para que la lleven á cabo á un ingeniero milanés y al Director de Bellas Artes.

El Ministro de Instrucción Pública informó á las Cámaras sobre los resultados de la investigación.

Las conclusiones de los peritos son satisfactorias, pero se reconoció la necesidad de tomar algunas medidas de precaución.

La Biblioteca Marciana pesa demasiado y será preciso trasladar á otro lugar una buena parte de los libros para hacer las reparaciones necesarias y salvar con ellas esos hermosos monumentos históricos.

La alarma que ocasionó el supuesto peligro que corría el Palacio Ducal, no es para referida, pues no sólo los italianos se conmovieron con la noticia, sino todos los amantes del pasado.

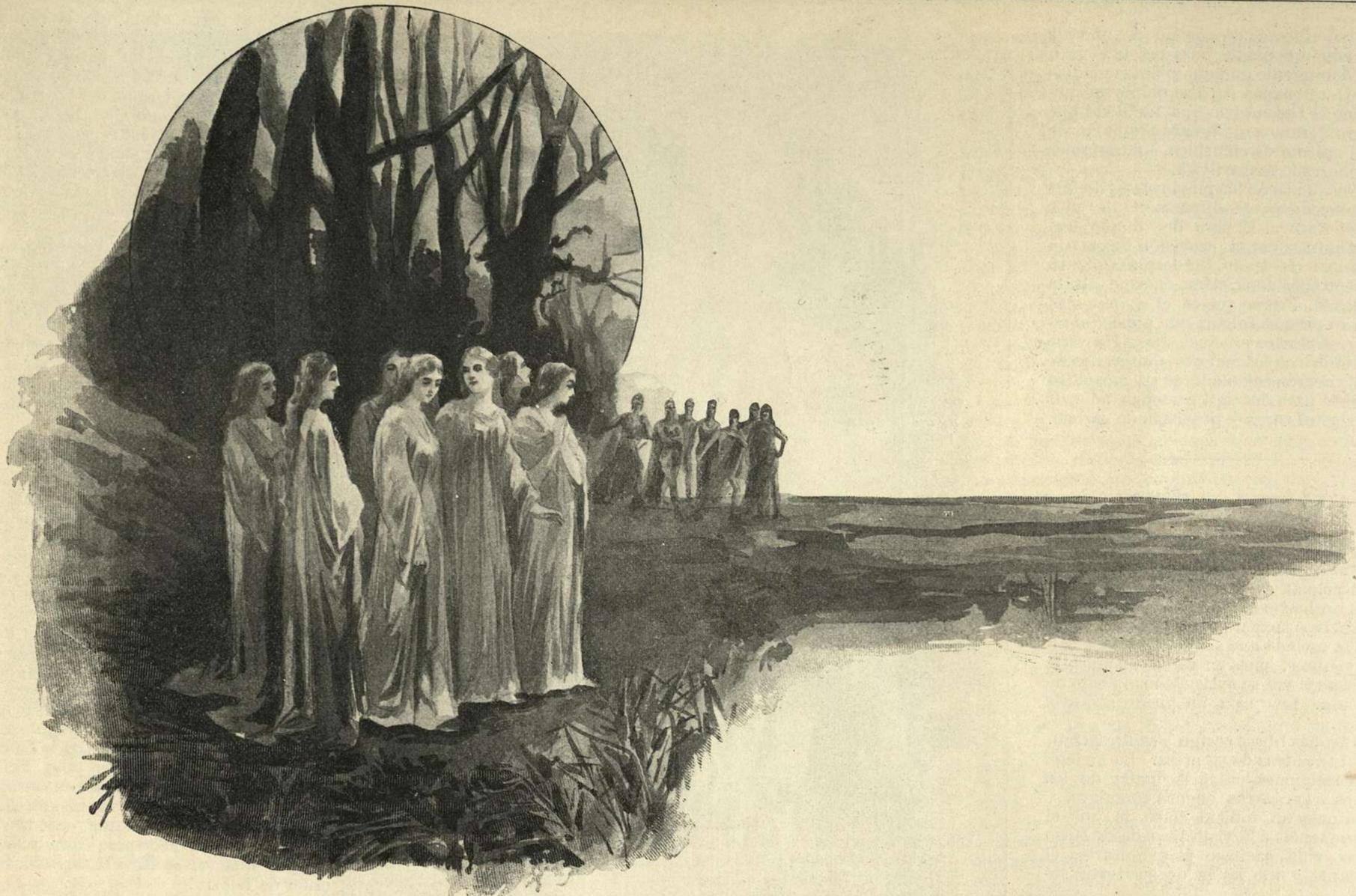
Un inglés archimillonario se apresuró á ofrecer el dinero necesario para las reparaciones. Naturalmente el ofrecimiento no fué aceptado, pero sirvió tal vez para estimular al Gobierno.

### OBSEQUIO A NUESTROS SUSCRIPTORES.

Cumpliendo con los ofrecimientos que les habíamos hecho, preparamos ya la primera novela de la serie que repartiremos este año.

Muy especial cuidado ponemos en escoger las obras que daremos como prima, pues deseamos que nuestros favorecedores queden complacidos del empeño que en esto, como en todo, tomamos por satisfacer sus gustos.

Con toda oportunidad anunciaremos el reparto de la primera novela.



## EL REINO INTERIOR.

.....with *Psychis, my soul!*  
POE.

Una selva suntuosa  
En el azul celeste su rudo perfil calca.  
Un camino. La tierra es de color de rosa,  
Cual la que pinta fra Doménico Cavalca  
En sus Vidas de santos. Se ven extrañas flores  
De la flora gloriosa de los cuentos azules.  
Y entre las ramas encantadas, papemores  
Cuyo canto extasiara de amor á los bulbules.  
(*Papemar*: ave rara. *Bulbules*: ruiseñores.)

Mi alma frágil se asoma á la ventana obscura  
De la torre terrible en que ha treinta años sueña:  
La gentil Primavera primavera le augura.  
La vida le sonríe rosada y halagüeña.  
Y ella exclama: «Oh fragante día! Oh sublime día!  
Se diría que el mundo está en flor; se diría  
Que el corazón sagrado de la tierra se mueve  
Con un ritmo de dicha; luz brota, gracia llueve.  
Yo soy la prisionera que sonríe y que canta!»  
Y las manos liliales agita, como infanta  
Real en los balcones del palacio paterno.

¿Qué son se escucha, son lejano, vago y tierno?  
Por el lado derecho del camino, adelanta  
El paso leve una adorable teoría  
Virginal. Siete blancas doncellas, semejantes  
A siete blancas rosas de gracia y de armonía  
Que el alba constelara de perlas y diamantes,

¡Alabastros celestes habitados por astros:  
Dios se refleja en esos dulces alabastros!  
Sus vestes son tejidas del lino de la luna.  
Van descalzas. Se mira que posan el pié breve  
Sobre el rosado suelo como una flor de nieve.  
Y los cuellos se inclinan, imperiales, en una  
Manera que lo excelso pregona de su origen.  
Como al compás de un verso su suave paso rigen.  
Tal el divino Sandro dejara en sus figuras,  
Esos graciosos gestos en esas líneas puras.  
Como á un velado son de lirás y laudes,  
Divinamente blancas y castas pasan esas  
Siete bellas princesas. Y esas bellas princesas  
Son la siete virtudes.

Al lado izquierdo del camino y paralela-  
Mente, siete mancebos—oro, seda, escarlata,  
Armas ricas de Oriente—hermosos, parecidos  
A los satanes verlenianos de Ecbatana,  
Vienen también. Sus labios sensuales y encendidos,  
De efebos criminales, son cual rosas sangrientas;  
Sus puñales de piedras preciosas revestidos  
—Ojos de víboras de luces fascinantes—  
Al cinto penden; arden de púrpuras violentas  
En los jubones; ciñen las cabezas triunfantes  
Oro y rosas; sus ojos, ya lánguidos, ya ardientes,  
Son dos carbunclos mágicos de fulgor sibilino,  
Y en sus manos de ambiguos príncipes decadentes,  
Relucen como gemas las uñas de oro fino.  
Bellamente infernales.

Llenan al aire de hechiceros beneficios  
Esos siete mancebos. Y son los siete Vicios,  
Los siete poderosos Pecados capitales.

Y los siete mancebos á las siete doncellas  
Lanzan vivas miradas de amor. Las Tentaciones  
De sus lirás melifluas arrancan vagos sonos.  
Las princesas prosiguen, adorables visiones  
En su blancura de palomas y de estrellas.

Unos y otras se pierden por la vía de rosa,  
Y el alma mía queda pensativa á su paso.  
—Oh, qué hay en tí, alma mía?  
«Oh, qué hay en tí, mi pobre infanta misteriosa?  
Acaso piensas en la blanca teoría?  
Acaso  
Los brillantes mancebos te atraen, mariposa?»

Ella no me responde.  
Pensativa se aleja de la obscura ventana,  
—Pensativa y risueña,  
De la Bella-durmiente—del—Bosque tierna hermana,  
Hace treinta años sueña.

Y en sueños dice: «Oh dulces delicias de los cielos!  
Oh tierra sonrosada que acarició mis ojos!  
—Princesas, envolvedme con vuestros blancos velos!  
Príncipes, estrechadme con vuestros brazos rojos!»

RUBEN DARIO.

### DE LAS "ELEGANZE."

De D'Annunzio.

#### ARTIFEX GLORIOSUS

Cual fué de Benvenuto en otros días,  
Es el oro mi siervo presuroso:  
Mis manos invencibles, sin reposo  
Satisfarán tus raras fantasías.

Esculpiré en el vaso frescas guías,  
Un fauno bicorne y voluptuoso  
Grupo de ninfas que le siga ansioso,  
Del metal recortando las estrías.

La guerra esculpiré de los Titanes,  
Los efebos, las vírgenes de Atenas  
Con el peplo ceñido y ademanos

De nobleza: tus lágrimas serenas  
El vaso guardará por mis afanes  
O la sangre, aún más pura, de tus venas.

VERSION DE R. MENA.

### 24 DE DICIEMBRE.

#### I

Aquí estoy: llego á tí como solías  
verme llegar en tiempos no lejanos,  
trayendo cariñosa á los humanos  
amores, esperanzas y alegrías.

Tú también al mirarme sonreías  
Como sonríen todos tus hermanos,  
¡y hoy hundes la cabeza entre tus manos,  
y me miras pasar, y no me ansías!

¿Me olvidaste quizás? Yo soy aquella  
mística noche que en su obscuro velo  
prendió el diamante de la Santa Estrella,  
Dime qué causa tu profundo duelo,  
que yo sé consolar toda querrela,  
que yo amorosa calmo todo anhelo.

#### II

—Navidad: te conozco y te saludo.  
Eres la misma que miré á mi lado  
cuando del mundo y del placer hastiado  
en tí busqué contra el cansancio escudo.

Nada borrarte en mis recuerdos pudo,  
y siempre hasta hoy, feliz y descuidado,  
ni eché menos jamás, el bien pasado,  
ni me asustó del mal el golpe rudo.

Pero es hoy mi ventura tan cumplida  
y vivo tan dichoso y de tal suerte  
temo perder la calma apetecida,  
que te miro llegar y tiemblo al verte  
¡qué eres, onda en el río de la vida,  
que al mismo Redentor llevó á la muerte!

JOSE PEON DEL VALLE.

# TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 7.

—Entonces es con usted con quien tanto he jugado cuando pequeña.

—¿Conmigo?

—Sí, acuérdesse usted. . . . Rosina, Rosina Combarieu. . . . En casa de la señora Gerard, la mujer del grabador, calle de Nuestra Señora de los Campos. ¡Cuántas diabluras hemos hecho con aquellas niñas! ¡Y cómo á lo mejor se vuelven á encontrar dos personas!

¿Qué es lo que siente Amadeo? Los recuerdos de toda su infancia evocados, el nombre de la familia Gerard pronunciado en aquel sitio, la amargura de haber conocido á aquella joven todavía inocente; todas estas cosas llenan de singular tristeza el corazón del poeta, que no acierta más que á decir:

—¡Usted! . . . ¿Es usted? . . .

Entonces la joven baja los ojos y se pone muy encarnada.

Mauricio tiene tacto. Notando la emoción de Amadeo y de Rosina, se levanta bruscamente y dice con fingida alegría:

—¡Vamos, Margarita! Creo que estos muchachos tienen necesidad de hablar de sus recuerdos infantiles. Renuncia á tu acróstico, hija mía. Toma el brazo y vamos á bailar. . . . Te ofrezco una contradanza holandesa.

Solo ya con Rosina, Amadeo la mira melancólicamente. Es muy bonita á pesar de su tez clorótica. Es la hija de los arrabales, nacida con el genio del tocador, que se adorna con un vestido de percal, con una flor en el sombrero, con una nada, y que se alimenta de ensaladas y cosas crudas para comparse botas bien hechas y guantes de diez y ocho botones.

La linda rubia mira también á Amadeo, y en sus ojos de color de avellana se diseña una tímida sonrisa.

—Vamos, señor Amadeo,—dice,—no debe causar á usted pena ni sorpresa el encontrar en Bullier á la picarueta con quien tanto ha jugado al escondite detrás de los muebles del buen Gerard. No debe chocar á usted el que no *haya* llegado á ser una señora; por el contrario, esto sí que sería sorprendente. No soy muy juiciosa, ciertamente; pero trabajo, y no vaya usted á creer que me entrego al primero que se presenta. Su amigo de usted es muy guapo y amable y sin embargo no he aceptado sus galanterías más que porque conocía á Margarita. Con usted es muy diferente, y me siento dichosa en charlar con un antiguo amigo, que me recuerda las bondades de la señora Gerard. ¿Qué ha sido de ella, de su marido y de sus hijas? . . . .

—El señor Gerard ha muerto,—contesta Amadeo,—pero las señoras están buenas y yo las veo con frecuencia.

—No les dirá usted que me ha encontrado aquí, ¿verdad? Será mejor. Si yo hubiese tenido una buena madre, como mis compañeras de juego, otra hubiera sido mi suerte. . . . Pero ya recordará usted que papá sólo se ocupaba en política. A los quince años me puso de aprendiz en casa de una florista, y el amante de la maestra, un hombre infame, es el que me ha perdido. . . . Papá ejerce ahora un oficio muy penoso: es editor responsable de un periódico republicano, y aunque no tiene nada que hacer, siempre está preso. . . . Yo sigo de florista. Tuve un amiguito, un alumno del Val de-Grace, pero acaba de marcharse de médico militar á Argelia. Me he quedado sola y me fastidiaba, y esta noche Margarita, á quien he conocido en el almacén, me ha traído aquí para distraerme. . . . Y usted ¿qué hace? Su amigo de usted decía antes que era usted poeta. ¿De modo que escribe usted canciones? A mí me gustan mucho. ¿Se acuerda usted cuando intentaba tocarlas con un dedo en el viejo piano de los Gerard? . . . . Entonces era usted un niño muy guapo, dócil como una niña. . . . Aún conserva us-

ted sus ojos azules á pesar de ser moreno. . . . Bien los recuerdo. . . . No puede figurarse cuánto me alegro de volver á verle. . . .

Y continúa charlando y evocando los antiguos recuerdos. Cuando habla de las señoras Gerard toma un aspecto seriecillo que agrada mucho á Amadeo: éste adivina que es una pobre loca, que al primer verso pierde la cabeza; pero que al menos conserva el tesoro de los pobres: un corazón sencillo y alegre. El joven se deja influir por la gracia de la mozuela; piensa en el pasado y se siente enternecido como un lugareño que se encuentra con una campesina.

La orquesta dispara nueva contradanza, que da idea del estrépito del bombardeo de una plaza fuerte, y Rosina enmudece un momento.

—Sabe usted,—le dice el poeta,—que se ha hecho muy linda. Sobre todo esa tez mate, esa interesante palidez! . . . .

Pero la joven, que ha sufrido muchas miserias, le interrumpe con una frase amarga:

—¡Oh, mi palidez! Vale bien poco, no es la palidez de los ricos.

Pero en seguida, recobrando su buen humor, continúa:

—Dígame usted, señor Amadeo, ¿le ha gustado á usted Margarita?

—¿A mí?

—Como ha empezado usted á hacerle la corte. . . .

—¡Gustarme esa gordota,—exclama el poeta con vivacidad,—nunca!

Y luego añade:

—Mire usted, Rosina; he venido para distraerme un poco, se lo confieso á usted: creo que esto es propio de mi edad; pero ahora me disgusta ese baile. . . . ¿Tiene usted aquí alguna cita, espera á alguien? . . . ¿No? . . . ¿De veras? . . . pues entonces tome usted mi brazo y vámonos. ¿Vive usted lejos?

—En la Avenida de Orleans, cerca de la iglesia de Montrouge.

—Permitame usted que la acompañe, ¿quiere usted?

La joven no tiene inconveniente en ello, se levanta, y juntos salen del baile, pareciéndole al poeta que el brazo de la muchacha se ha estremeado bajo el suyo con abandono. Ya en el boulevard desierto, inundado por una luna azulada, Rosina acorta el paso, y se queda pensativa bajando la cabeza, cuando Amadeo busca sus ojos en la obscuridad.

¡Cuán dulce es el nuevo deseo que turba el corazón del joven y al que se mezcla algo sentimental!

Su corazón palpita al pensar que no tiene más que decir una palabra para coger aquella flor temprana. Rosina está también conmovida, y sólo encuentran ambos cosas insignificantes que decirse.

—¡Qué noche tan hermosa!

—Sí, da gusto respirar.

Continúan andando en silencio. ¡Oh! ¡Qué hermoso fresco el de los árboles! ¡Qué silencio tan voluptuoso!

Por fin se detienen á la puerta de la casa de Rosina, que lleva lentamente la mano á la campanilla. . . . Entonces Amadeo, haciendo un esfuerzo y con voz balbuciente, se atreve á pedirle que le permita subir con ella para ver «su cuartito.»

Pero ella le mira algunos instantes con los ojos tiernos y tristes y le dice con mucha dulzura:

—No, decididamente no. Es preciso tener juicio. Esta noche le gusto á usted, señor Amadeo, y usted comprende que á mí me parece encantador. . . . Verdaderamente, habiéndonos conocido tan pequeños, haríamos bien en amarnos. . . . Pero sería una gran locura, créame usted, y quizá

un mal. Más vale que no, se lo aseguro á usted. Olvide á la linda rubia, como decía el amigo á quien ha encontrado usted en Bullier con Margarita, y acuérdesse solamente de su compañerita de la calle de Nuestra Señora de los Campos. Esto es mejor que un capricho, porque conserva puro el corazón. No manchemos nuestro recuerdo de la infancia, señor Amadeo, y separémonos como buenos amigos.

Y antes que el joven pudiera contestarla (¿qué podría objetar á un sentimiento delicado?) sonó la campanilla. Rosina dirigió á Amadeo una sonrisa de despedida, y un beso con la punta de los dedos, y desapareció con presteza detrás de la puerta, que se cerró con estrépito.

¡Ah! Ciertamente en aquel instante el poeta siente un movimiento de despecho. «¡Cabeza de chorlito! ¡Voluble como todas!» Pero no bien ha andado algunos pasos por la acera de la avenida de Orleans, se dice, casi con remordimiento: «Rosina tiene razón.»

Y se complace en pensar que aquella pobre joven. . . . *caída*, guarda en un rincón de su alma un escrúpulo de pudor que él no ha tenido, y aunque contrariado por su capricho, el poeta se considera dichoso al pensar que se engrandece en su alma el sagrado respeto debido á la mujer.

—¡Amadeo, hijo mío, no vale usted nada para los amores ligeros, y no ha venido al mundo para las uniones de transitorias! Vale más que renuncie usted á esas cosas.

## XII

Hacia un mes que el volumen de versos de Amadeo Violette, titulado *Poemas de la Naturaleza*, esmaltaba con su cubierta de azul los escaparates de las librerías, y aun no se había calmado en el café de Sevilla la emoción suscitada por el éxito de la obra y por los artículos laudatorios que habíanla dedicado un gran número de periódicos.

Pero entendiéndose que esta emoción sólo existía entre los melencólicos. Los barbudos no se ocupaban en semejantes majaderías; sabido es que desdeñaban la poosía y á los poetas.

Estas barbas severas tenían que arreglar otros asuntos de interés capital, por ejemplo: derribar al gobierno, después refundir el mapa de Europa. ¿Qué había que hacer para anonadar al imperio. Primero, conspirar; segundo, levantar barricadas ¡Conspirar! Nada más fácil en aquel entonces. Todo el mundo conspiraba en el café de Sevilla: achaques propios del carácter francés, burlón de nacimiento, pero ligero, charlatán y aficionado á conspirar en los sitios públicos. No bien alguno de nuestros compatriotas se afila á una sociedad secreta, su primer cuidado es correr á su café ó taberna prodilectos y confiar bajo el sello de la más absoluta reserva á amigos íntimos, conocidos cinco minutos antes, el objeto de la conspiración, los nombres de los conjurados, el lugar, el día, la hora de la cita, la seña y los signos de reconocimiento; y poco tiempo después de haberse desahogado así, se admira de que intervenga la policía, haciendo abortar un proyecto preparado con tanto misterio y discreción. De esta manera se entregaban al carbonarismo los barbudos del café de Sevilla. En la hora del ajeno ó del masagrán agrupábanse en torno de cada mesa cierto número de Fiesquis ó de Catilinas; en un extremo de la terraza cinco viejos barbudos encanecidos en el crimen político ideaban una máquina infernal, y en la última pieza diez robustas manos juraban sobre la mesa del billar armarse para el regicidio. Pero como entre las barbas, naturalmente, habíalas también postizas, todos los complots urdidos en el «Sevilla» habían abortado miserablemente.



Y no duden ustedes de que en este templo de la anarquía se estudiaba con ardor el arte de hacer barricadas, y esta rama especial de la ciencia de las fortificaciones contaba allí con más de un Vaudán y de un Gribeauval. «Profesor de barricadas» era un título muy honroso en el café de Sevilla y que todo el mundo hubiera deseado consignar en sus tarjetas; y adviertan ustedes que la enseñanza no era solamente teórica. Indudablemente, con motivo de los agentes de orden público no podían darse lecciones prácticas a los bullangueros del porvenir, que constituían el núcleo de la clientela, y el maestro ó doctor en guerra civil no podía salir con sus discípulos y, por ejemplo, desempedrar la calle Drouot; pero había un recurso, un medio de practicar el negocio, valiéndose de los juegos del dominó. Seguramente á ustedes se les hará difícil creer que unos inofensivos pedazos de hueso tomasen aspecto revolucionario entre las sediciosas manos de los parroquianos del café de Sevilla; pero lo cierto es que aquellas fichas inocentes simulaban en las mesas de mármol reducciones de barricadas muy complicadas, con toda clase de baluartes, cortinas, reductos y contraescarpas. Asemajábase esto, hasta cierto punto, á esos modelos de buques de guerra que se ven en el museo naval. Cualquiera, no estando en el secreto, hubiera creído que los barbudos jugaban sencillamente al dominó; nada de eso, sino que seguían un curso técnico de insurrección. Al gritar «¡cerrado á cincos!» ciertos jugadores parecían ordenar una descarga cerrada, y había una manera de decir "paso" que equivalía á expresar la deseperación del combatiente que ha quemado su último cartucho. Un barbudo con anteojos y sombrero de muelles, un barbudo matemático, reprobado en la Escuela Politécnica, se distinguía entre todos por la aterradora precisión con que alzaba en tres minutos una barricada de dominós. Cuando este barbudo cerraba á los *seises*, el espectador sentíase transportado por la imaginación á la calle Transnonian ó al claustro de San Merry. Aquello era horrible!

Respecto á la política exterior y reformas del mapa de Europa, ambas cosas constituían la diversión y recreo de los barbudos y se efectuaba sencillamente por medio de la baraja. Porque efectivamente era agradable, mientras se preparaba una jugada decisiva en los *cientos*, para apuntarse quinto y catorce, libertar á la desgraciada Polonia, ó al enseñar el rey en el *ecarté*, impedir á los rusos que entraran en Constantinopla. Sin embargo, algunas barbas del café de Sevilla, las más solemnes, se dedicaban con preferencia á las cuestiones internacionales, á los grandes problemas de equilibrio europeo. Uno de estos profundos diplomáticos, que probablemente no tendría con que comprarse unos tirantes, pues su camisa se desbordaba siempre entre el chaleco y el pantalón, hallábase persuadido de que una indemnización de dos mil millones bastaría para obtener del Papa la cesión de Roma á los italianos, y otro Metternich en miniatura, que

mejor hubiera hecho comprándose un cepillo para los dientes, tenía la especialidad de hacer á Inglaterra serias advertencias, amenazándola sino atendía á sus consejos, con perder en breve plazo su imperio de las Indias y demás posesiones coloniales.

Así, pues, los barbudos, absortos en tan graves cuestiones, no se ocupaban de esa vanidad llamada literatura, y les importaba un comino el libro de Amadeo Violette.

Pero entre los melenudos, lo repetimos, la emoción era grande.

Estaban furiosos los melenudos. Se agitaban y erizaban, porque el primer entusiasmo suscitado por los versos de Amadeo Violette, solo podía ser y sólo había sido fuego de paja. Los merovingios pues, so mostraban respecto al joven poeta tales como debían ser, tratándose de un compañero, es decir, severos hasta la crueldad. ¡Cómo! ¿Se había agotado la primera edición de los *Poemas de la Naturaleza*, y Massif estaba tirando otra? ¡Cómo! Los burgueses, lejos de desdeñarle, declarábase encantados del libro, lo compraban, lo leían y quizá lo daban á encuadernar? ¿Hablaban con elogio de la obra los periódicos populares, es decir, los que tienen más lectores? Añadíase además, que Violette, excitado por Joquelet, trabajaba en una comedia en verso, y que el Teatro Francés, predilecto de los burgueses, había hecho al poeta halagadoras promesas. Si tanto gustaba Amadeo á los burgueses era, ¡oh horror! por ser él también burgués: esto era evidente. ¿De qué ceguedad habían sido víctimas los poetas cabelludos para no haberlo comprendido antes? ¿Por qué aberración pudieron confundir la vulgaridad con la sencillez y la sorpresa con la emoción sincera, cuando Amadeo recitó sus versos en casa de Sillery? ¿Qué tenían que ver con el arte aquellos groseros esbozos? ¡Ah! pierdan ustedes cuidado, no volverá á pasarles otra vez.

Así es que desde hacía algún tiempo las mesas del café de Sevilla habíanse transformado en lechos de tortura, sobre los cuales estaban tendidos y agarrotados todas las tardes, de cinco á siete, los poemas de Amadeo Violette y sometidos al tormento extraordinario. El amable Pablo Sillery, con sonrisa burlona, trataba algunas veces de pedir perdón para los versos de su amigo, entregados á trituraciones tan feroces; pero los verdugos literarios cuando tratan de destrozar el libro de un compañero, son más implacables que los del Santo Oficio. Sobre todo había allí dos inquisidores más encarnizados que los otros: uno, el pequeño Sibarita, que pedía para su consumo diario todas las huries del paraíso musulmán; y el otro, el grueso elegiaco de provincia, á quien sus penas hacían echar vientre hasta el punto de que su humilde compañera tuvo que mudarle el broche del pantalón.

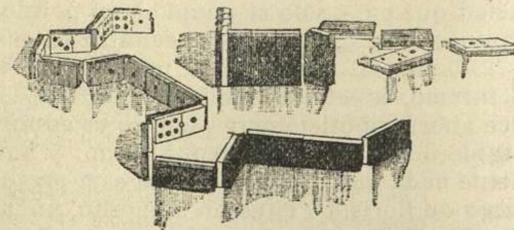
Excusado es decir que cuando se presentaba Amadeo, los melenudos mudaban de conversación y poníanse á comentar cualquiera insignificante noticia de periódico; por ejemplo: la explosión de

grisú que acababa de ocurrir en una mina del departamento del Norte, pulverizando á ochenta trabajadores; ó bien el naufragio de un transatlántico enteramente perdido con ciento cincuenta pasajeros y cuarenta hombres de tripulación; acontecimientos poco importantes, comparados con el reciente descubrimiento hecho por los poetas inquisidores de dos frases poco correctas y de cinco versos flojos del libro de su compañero.

Amadeo, naturaleza sensible, notaba demasiado bien á su pesar, la sorda hostilidad de que era objeto en el grupo de los melenudos, y sólo iba raras veces al café de Sevilla para estrechar la mano de Pablo Sillery, que no obstante su aire irónico, siempre se había mostrado leal y fiel camarada.

En el café encontré una noche á su discípulo del liceo, el antiguo premio de honor Arturo Papillón, sentado á una mesa de políticos. El poeta preguntóse con asombro cómo el bello abogado, de opiniones moderadas, encontrábase en medio de aquellos fogosos revolucionarios, y qué interés común podía reunir á aquel par de patillas rubias con aquellos zarzales de pelos incultos. Pero no bien Papillón vió á Amadeo, se despidió del grupo en donde estaba, vino á expresar sus calurosas felicitaciones al autor de los *Poemas de la Naturaleza*, le sacó al boulevard y le dió la clave del misterio.

Todos los antiguos partidos se coligaban contra el Imperio para las próximas elecciones. Orleanistas y republicanos estaban en aquel momento á partir un piñón, y él, Papillón, que acababa de sostener brillantemente su tesis de doctor en leyes, habíase unido al carro de un antiguo personaje del gobierno de Julio, el cual, después de haber permanecido en sus tiendas desde 1852, consintió en presentarse como candidato de oposición liberal por el Sena y Oise. Papillón se removía como un gusano cortado y á fin de hacer triunfar la candidatura de su jefe, había venido al café de Sevilla para asegurarse de la neutralidad benévola de los periódicos irreconciliables, y estaba lleno de esperanza.



—¡Ah, querido,—dijo,—qué difícil es luchar contra el candidato oficial!... Pero mi jefe es un hombre sorprendente. Viaja todo el día en tercera clase por los caminos de hierro del departamento, exponiendo su programa ante los campesinos que van en el tren y mudando de coche en cada estación. ¡Qué rasgo de genio! La reunión pública ambulante... Se le ocurrió esta idea recordando á un harpista que hacía cuatro veces al día la travesía del Havre á Honfleur, tocando sin



descanso el *Baccio*. ¡Oh! Es preciso moverse. El prefecto no perdona medios de combatirnos. ¡Pues no ha esparcido en nuestra circunscripción, que es de las católicas, la calumnia de que éramos volterianos, enemigos de la religión y devoradores de curas! Afortunadamente aún faltan cuatro domingos hasta el día del escrutinio, y el jefe irá á misa mayor á comulgar á las cuatro parroquias más importantes. Si semejante hombre no es elegido, habrá que desesperar del sufragio universal.

Amadeo en aquella época no estaba desencantado de la política como algún tiempo después; y por tanto, preguntábase, no sin inquietud, si aquel modelo de candidatos, que iba tal vez á sufrir una indigestión sacrílega y que desvalijaba sus profesiones de fe como un buhonero desenvuelve sus cuchillos de doble hoja, no era más que un estupendo saltimbanquis. Pero Arturo Papillón no le dejó tiempo de entregarse á sus pesimistas reflexiones.

—¿Y tú, chiquito, á qué altura te encuentras? —preguntó el abogado con cierto dejo protector. —¿Sabes que has tenido mucho éxito? La otra noche, en casa de la condesa Fontaine... ¿La has oído nombrar?... La hija del mariscal Lelievre, viuda del antiguo ministro de Luis Felipe, Jockeulet nos recitó tu «Trinchera de Sebastopol» y produjo un efecto enorme. ¡Qué voz tiene ese Jockeulet: no hay otra semejante en los tribunales de París!... ¡Dichoso poeta! He visto tu libro en el gabinete de más de una hermosa dama. Espero que abandonarás el café de Sevilla, para no estancarte con todos esos mal peinados. Es preciso presentarse en el mundo, esto es indispensable á un literato, y yo te llevaré cuando quieras.

En aquel momento Amadeo está algo desencantado de la Bohemia, en donde ha hallado tan pocas simpatías, y que además repugna á su delicadeza por otros motivos; y le preocupa poco el honor de ser tuteado el mejor día por el tío Lebuffe.

¡Pero presentarse en el mundo! ¡Su educación ha sido tan modesta! ¿Podrá hacer buen papel? pregunta tímidamente á Papillón. El poeta es orgulloso, y no consentirá en hacerlo malo en parte alguna: teme el ridículo. Además, hasta entonces su éxito es sólo platónico: está tan pobre como siempre, y vive todavía en el arrabal de Santiago. Dentro de algunos días, Massif le entregará quinientos francos por la segunda edición de su libro; pero esto sólo significa un puñado de napoleones.

—Es bastante,— replica el abogado, que trata de apoderarse de su amigo.—Es más de lo que se necesita para proveerte de ropa blanca aceptable y de un frac bien hecho, que es lo esencial. Has de saber que los buenos modales consisten principalmente en callarse. Dada tu organización fina y flexible, pronto te transformarás en un perfecto *gentleman*. Además, no eres feo, tienes una palidez interesante, estoy seguro de que agradarás.

Estamos á principios de Julio y París se halla casi desierto; pero la condesa Fontaine no se va hasta después de vacaciones por causa de su nieto, del que es tutora, y que concluye sus estudios en el liceo Bonaparte. Hasta fin de mes la condesa recibe todas las noches, y en su salón se reúne toda la gente elegante, rezagada en París. La condesa es una señora anciana muy amable y de mucha valía, y le gustan los escritores cuando son bien educados. Así pues, no hagas el tonto y mándate hacer un frac negro. Presentándote allí, querido, puedes asegurarte que dentro de unos quince años tendrás un puesto en la Academia.... ¿Estamos conformes? Haz tus preparativos para la semana próxima.

¡Atención! Amadeo Violette va á presentarse en el mundo.

Aunque su portera le ha ayudado á vestirse, y al verle ponerse su corbata blanca le ha dicho: «¡Qué guapo novio haría usted, señor Amadeo!» el poeta siente que le palpita fuertemente el corazón, cuando el carruaje en que va sentado al lado de Arturo Papillón hace rechinar la arena del patio, y se detiene al pie de la meseta de un antiguo

palacio de la calle de Beilechasse, habitado por la señora Condesa Fontaine.

Desde el vestíbulo procura imitar el aspecto lleno de seguridad del abogado, y desespera de poder conseguir como éste que la pechera de su camisa se destaque correcta bajo su chaleco de etiqueta, ante la primera inspección de cuatro lacayos con medias de seda. Amadeo se encuentra tan preocupado como si se presentara enteramente desnudo á un consejo de policía; pero sin duda le consideran «apto para el servicio» puesto que se abre una puerta que da á un luminoso salón en donde penetra siguiendo á Arturo Papillón, como una frágil chalupa remolcada por un imponente navío de tres puentes. He aquí, pues, al tímido poeta pisando alfombras y envuelto en los rayos de luz de una araña, presentado en toda forma á la dueña de la casa.

Es ésta una señora de dimensiones elefantescas, en la flor de los sesenta años, notable por la camelia blanca que se destaca en su peluca de color de palisandro y cuyo rostro, brazos y cuello están salpicados de harina suficiente para confeccionar una fuente de buñuelos de manzana, acompañado todo esto de un aspecto muy distinguido y de ojos soberbios, cuya imperiosa mirada está atenuada por una sonrisa llena de bondad que tranquiliza algo al pusilánime y atolondrado Amadeo.

Dice que le han gustado mucho los hermosos versos de M. Violette, declamados por Jockeulet en la última de sus recepciones, y que acaba de leer con vivo placer los *Poemas de la Naturaleza*.

Después, dejando caer sus lentes saluda á Papillón, dándole gracias por haberle presentado á M. Violette, á quien tiene mucho gusto en conocer!

Amadeo está muy turbado y no acierta á responder á este cumplimento banal, pero expresado muy bondadosamente. Felizmente le saca del compromiso la llegada de una señora de edad, muy huesuda y muy compuesta, á cuyo encuentro sale la condesa con vivacidad sorprendente, si se considera lo voluminoso de su persona, y exclamando con satisfacción: «Señora Mariscala.»

Amadeo, siguiendo siempre la estela de su amigo, que boga hacia un ángulo del salón y echa allí el ancla entre una flotilla de fracs negros, empieza á adquirir aplomo, y examina aquellos sitios tan nuevos para él y en donde ha sido admitido merced á su reputación naciente.

Es un salón inmenso, de estilo del primer Imperio, tapizado y amueblado de raso amarillo, con altos tableros blancos adornados de panoplias de armas antiguas esculpidas en madera dorada. Un chusco de la Escuela de Bellas Artes hubiera bautizado de «pomposos» los sillones y los canapés adornados con cabezas de esfinges de bronce, como también el macizo reloj de mármol verde, sobre el que se destaca un dorado grupo, compuesto de un personaje de patillas cortas, sin más vestiduras ni galas que un casco, una espada y una

hoja de parra y que está en ademán de requerir de amores á una joven de flotante túnica, con el talle debajo del sobaco y peinada exactamente como la emperatriz Josefina. Pero el chusco, á pesar de sus irónicas reticencias, hubiera reconocido que este pesado lujo no carecía de carácter ni grandeza. Sólo dos cuadros animaban un tanto la frialdad de las paredes. El uno, firmado por Gros, era el retrato ecuestre del padre de la condesa Fontaine, del glorioso mariscal Lelievre, duque de Eylau, antiguo tambor del puente de Lodi y uno de los más intrépidos capitanes de Napoleón. Está representado de gran uniforme, con un enorme sombrero con plumas blancas, blandiendo su bastón de terciopelo azul, sembrado de abejas de oro, y por debajo de su caballo encabritado percíbese á lo lejos y confusamente una gran batalla, nieve y bocas de cañón haciendo fuego. El otro cuadro, colocado sobre un caballete é iluminado por una lámpara de reverbero, es una obra maestra de Ingres, y representa un suave medallón de una joven, que es la dueña de la casa cuando tenía diez años de edad, comparada con la cual la actual condesa Fontaine resulta ser una caricatura vieja y monstruosa.

Arturo Papillón, hablando en voz baja con Amadeo, le explica que el salón de la señora de Fontaine es un terreno neutral, abierto á personas de todos los partidos. Hija de un mariscal del primer Imperio, la condesa conserva altas relaciones en el mundo de las Tullerías, aun cuando sea viuda del Conde Fontaine, uno de los doctrinarios salidos de entre la bata de Royer-Collard, parlamentario ennoblecido por Luis Felipe, colega en dos ocasiones de Guizot, en el banco ministerial, y muerto de despecho y ambición después del 48 y del golpe de estado.

Además, el hermano de la condesa, el actual duque de Eylau, está casado desde 1829 con una de las más nobles herederas del arrabal de San Germán, una Croix Saint Jean, porque su padre el mariscal, cuyo carácter no igualaba al valor, habíase afiliado á todos los regímenes y había llevado un sirio en las procesiones del Corpus, en tiempo de Carlos X, acabando por ser gobernador de los Inválidos al principio de la monarquía de Julio.

Gracias á este cúmulo de dichosas combinaciones, reúnen en este salón de tendencia liberal, grandes señores orleanistas, cierto número de personajes oficiales y hasta algunos republicanos bien educados; y la condesa, admirable señora de casa, atrae también á su círculo á sabios, escritores, artistas, hombres ilustres de todas clases y mujeres bonitas.

Por causa de lo avazado de la estación no hay aquella noche gran afluencia de gente en casa de la condesa Fontaine; y por tanto, haciendo caso omiso de algunos aristócratas sin importancia, cuyos abuelos han sido tal vez fabricados por el tío Issacar, Papillón señala á su amigo algunas celebridades.



Ved en primer término ese condecorado de la Legión de Honor, con un frac que parece procedente de una pollería: es Forgerol, el gran geólogo, el más intrigante y acaparador de los hombres de ciencia, poseedor de veinte productivas prebendas, para quien uno de sus compañeros del Instituto tiene reservado el siguiente epitafio: «Aquí yace Forgerol, en la única plaza que no hasolicitado.»—(Continuará.)



# LA CUNA.

COMEDIA EN TRES ACTOS DE M. BRIEUX.

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ CON INMENSO EXITO EN LA "COMEDIA FRANCESA" EL 19 DE DICIEMBRE DE 1898.

VERSION ESPECIAL PARA "EL MUNDO."

## PERSONAJES:

Lorenza.	Jorge de Girieu.
Sra. Marsanne.	Sr. Marsanne.
Una religiosa.	Raymundo Chantrel.
Luisa.	El Doctor Mossiac.

## ACTO PRIMERO.

UN SALON EN PARIS.—EPOCA ACTUAL.

### ESCENA PRIMERA

Sra. Marsanne, Sr. Marsanne, El Doctor.

Sra. Marsanne. Tome usted asiento, Doctor. Tal vez hoy no podrá usted llevarse á Juliancito.  
 Doctor. No ha venido la Sra. Girieu?  
 Sra. Marsanne. Sí, mi hija llegó esta mañana con su esposo y con su hijo para pasar el día con nosotros,

como es costumbre todos los viernes, en que usted viene por el niño para llevarlo con su padre.  
 Doctor. En efecto; mi pobre amigo Raymundo tiene el derecho de amar á su hijo sólo una vez por semana.

Sra. Marsanne. Suya es la culpa, puesto que obligó á mi hija á divorciarse de él.

Sr. Marsanne. Es verdad. (*Sonriendo*).

Doctor. (*Con un gesto evasivo*). Es verdad.

Sra. Marsanne. El niño que no ha pasado una noche muy buena que se diga; al llegar aquí, parece que se ha sentido un poco acalentrado. Usted conoce á Lorenza, Doctor; por todo se alarma, lo ha puesto en cama y probablemente consultará la opinión de usted.

Doctor. (*Suspirando*). Ah, ese divorcio!

Sra. Marsanne. No es usted partidario del divorcio?

Doctor. Sí, ciertamente, sí; pero hago mis excepciones.

Sra. Marsanne. Cuáles?

Doctor. Yo quisiera que el divorcio fuese cada vez más difícil y casi imposible cuando hay hijos de por medio.

Sra. Marsanne. Por qué?

Doctor. No creo que sea puerta que conduzca siempre á la felicidad. Para mí, el divorcio es comparable á los anestésicos que calman el dolor pero no dan la salud. Las segundas nupcias, cuando uno de los esposos es divorciado, pueden ser, convengo en ello, pueden ser asociaciones pacíficas y beneficiosas; pero si el amor es necesario para hacer los matrimonios verdaderamente dichosos, dudo mucho que....

Sr. Marsanne. Esas son puerilidades. Permítame usted que se lo diga. Si usted cree que mi hija no es dichosa con el Sr. de Girieu como no lo fué con su primer marido, usted está en un error.

Doctor. No he dicho que no haya sus excepciones y no ha sido mi ánimo aludir para nada al Sr. de Girieu.

Sr. Marsanne. Usted vacila... lo ve usted? Me ha bastado un ejemplo para echar por tierra sus teorías..... En general.....

Doctor. En general una mujer no ama jamás á su segundo esposo como amó al primero.

Sr. Marsanne. Por qué?

Doctor. Porque el primero... era el primero. Un juicio de divorcio puede decir: «Se declara disuelto el matrimonio»... palabras, palabras nada más. Se quita efectivamente á la mujer el nombre del esposo, pero no se la quita el imperecedero recuerdo de las primeras revelaciones. Lo que hizo el marido divorciado, lo que dijo el juez, lo que asentó el notario, nada de esto se puede borrar.

Sra. Marsanne. Sería monstruoso que esto fuera verdad. Cómo? He aquí una muchacha que ha sido seducida, que se encuentra ligada á un miserable, y habría de prohibirsele amar en lo adelante, y de hoy para siempre habría de convertirse en una víctima, privada de felicidad?

Doctor. No hablo del caso de error, sorpresa de los sentidos y aun si usted quiere sorpresa del corazón. Digo que cuando entre un hombre y una mujer han transcurrido años de dicha é intimidad, esa mujer no podrá jamás verse definitivamente, completamente desligada de aquel hombre, y aún cuando ella lleve el nombre de otro, siempre pertenecerá un poco á aquel á quien hubo de entregarse por primera vez. Esa primera vez, si bien se reflexiona, es la única en que ella se entregó verdaderamente. Es por lo que, á pesar del divorcio, el primer matrimonio es realmente indisoluble. Estoy por la teoría de uno para una y una para uno.

Sra. Marsanne. Entonces, cuando una mujer ha sido traicionada... cuando?...

Doctor. El perdón, siempre el perdón; ni unos ni otras somos perfectos; á todos, por lo tanto, nos llega la época de hacer el mal. El matrimonio no es posible sino mediante la ayuda de incesantes perdones mutuos. En todas circunstancias yo quisiera que el divorcio no fuese permitido sino á matrimonios estériles.

Sra. Marsanne. Por qué?

Doctor. Para poner á salvo los derechos del hijo, los derechos del más débil. Entre dos esposos, el hijo es un lazo que la ley debería evitar que se rompiera y que, á pesar de todo, no rompe. Mi opinión es, que rigurosamente se puede disolver un matrimonio, pero que no se debería desunir una familia, dejar ir al padre por su lado, á la madre por el suyo y abandonar al hijo en mitad de estas ruinas.

Sra. Marsanne. Algunas ocasiones es esto preferible. Imagine usted la suerte del hijo entre los rencores de los padres.

Sra. Marsanne. Sí? (sonriendo.)

Doctor. Puede ser que ante él... puede ser que á causa de él, estos rencores se atenúen.

Sra. Marsanne. Creé usted que el hijo de su amigo sea desgraciado con un padrastro como el Sr. de Girieu?

Doctor. Desgraciado, precisamente no; pero usted sabe Señora... se requiere muy buena voluntad para... un padre no se reemplaza nunca.

Sra. Marsanne. El Sr. de Girieu es un segundo padre para Julián.

Doctor. Y aun aquí, el segundo no vale lo que el primero... y además, es preferible no tener más que uno: el verdadero.

Sra. Marsanne. En opinión de usted, por lo tanto, Lorenza debería haber vivido toda su vida con el Sr. Chantrel, con un marido que no ha cesado de engañarla?

Doctor. Oh! que no ha cesado? Usted sabe tanto como yo, que... .

Sra. Marsanne. Pero reflexione usted, Doctor, reflexione usted y recuerde en qué circunstancia hemos sido reducidos á ese extremo del divorcio. Recuerde usted cómo Lorenza ha llegado aquí cuatro meses después de su matrimonio, la cabeza trastornada, casi loca, al descubrir la infamia de su esposo.

Doctor. Eso de infamia... .

Sra. Marsanne. Sí, sí, infamia. ¿No es una infamia reanudar con una... ?

Doctor. No ha reanudado.

Sra. Marsanne. No discutamos las palabras. Todos hemos sufrido, y yo le aseguro á usted que su padre y yo nos hemos congratulado de que el divorcio nos haya permitido salir de esta terrible situación. Gracias á Dios esto tuvo un resultado rápido; gracias á Dios y á mi marido.

Doctor. Puso el señor Marsanne decidido empeño? Sr. Marsanne. Sí. (sonriendo.) De qué me serviría ser un viejo abogado? Sí, sí, como usted acaba de decirlo, querido Doctor, yo puse todo el empeño del caso y de ello me vanaglorio; reivindicando altamente la responsabilidad de lo que hice. Sí, yo fui quien condujo á Lorenza al divorcio, porque me satisfacía romper un matrimonio que ella contrajo contra mi voluntad. Lorenza vacilaba, comprende usted?... yo fui quien la decidió á casarse con el señor de Girieu, en cuanto corrieron los términos de ley y me porté con toda energía... y si esto diese principio nuevamente usaría de toda mi autoridad paterna.

Doctor. De su autoridad paterna? Ojalá nunca se arrepienta usted de haber hecho uso de ella.

Aunque no quiera, no puedo menos de recordar un pensamiento de Vauvenargues: «Los jóvenes sufren menos á causa de sus culpas que á causa de la imprudencia de sus padres.»

Sr. Marsanne. (Levantando los hombros.) Con máximas como esa se preparan las revoluciones. (Va á mirar por la ventana á través de la vidriera.)

Sra. Marsanne. Doctor, usted conoce á mi marido, y sabe bien que no hace más que cumplir con su deber. Es un hombre sabio, discreto, reflexivo, poco amigo de hablar mucho y muy amigo de pensar más.

Doctor. Su sonrisa ha llegado á ser proverbial!

Sra. Marsanne. Sin embargo, su amigo de usted, el señor Chantrel, le conoció sus flacos... .

Doctor. No merece reproche por esto... .

Sr. Marsanne. Es de usted el carruaje que está abajo?

Doctor. Sí.

Sra. Marsanne. Despáchelo usted, almorzará con nosotros.

Doctor. No puedo, tengo gentes que me esperan.

Sr. Marsanne. Ah! (Sonriendo.)

Sra. Marsanne. Respóndame usted, Doctor: acaso el tribunal vaciló en confiar á la madre el cuidado del hijo?

Doctor. No.

Sra. Marsanne. Pues bien, sin el divorcio, mi hija hubiera sido condenada á vivir toda su vida con un prostituido, y yo me pregunto: qué educación hubiera podido dar ese hombre á su hijo?

Doctor. Usted sabe bien, señora, que Raymundo no es un prostituido.

Sra. Marsanne. Es amigo de usted y comprendo que usted lo defienda; pero declaro que lo mejor que pudo acontecer á Lorenza y al pequeño Julián, fué: á ella, encontrar un esposo, y á él, un padrastro como de Girieu.

Doctor. Reconozco que el señor de Girieu es un caballero.

Sr. Marsanne. Ya lo creo! hijo de un magistrado! La desgracia, únicamente la desgracia pude hacer que ella no se hubiese casado con él, el primero; que hubiese preferido al señor Chantrel y que nos hubiera obligado, por decir así, á consentir en ese matrimonio. El señor Chantrel carecía de fortuna ó poco menos. Sé que tiene una propiedad en Túnez, pero esta propiedad le cuesta un ojo de la cara... y después... en fin, yo tenía el presentimiento que nada bueno traía consigo ese hombre (á la señora Marsanne) No es verdad que te lo dije, amiga mía?

Sra. Marsanne. Míralos.

Sr. Marsanne. En efecto, Lorenza y su marido. (Entran Lorenza y el señor de Girieu.)

### ESCENA SEGUNDA.

Dichos.—Lorenza.—Sr. de Girieu.

Girieu. (Cincuenta años aparentando más.) Buenos días, Doctor, tranquilice usted á la señora Girieu, se alarma por nada.

Lorenza. (Con sencillez.) Cuando se trata de un hijo no hay pequeñas inquietudes para una madre. No estoy contenta de mi bebé, Doctor, ha dormido mal, estuvo agitado y soñó llamándome. Esta mañana se quejaba de tener «coco.» Ha querido venir sin embargo, porque sabe que iba á ver á su padre, pero me arrepiento de haber cedido. Tose un poco.

Doctor. Vamos á examinarlo y espero poder tranquilizarla del todo.

(Sra. Marsanne hace un gesto á Marsanne que sonríe y la sigue. Salen con el doctor.)

### ESCENA TERCERA.

Lorenza.—Sr. de Girieu.

Lorenza. Ah, Dios mío!

Girieu. Querida mía, permite á tu marido, que por tí siente profundo afecto y respetuoso amor, permítele representarte un poco, muy poco y tiernamente.

Lorenza. Por qué causa?

Girieu. (Muy tierno.) A causa de la emoción en que te encuentras. Sé cuanto amas á tu hijo y me gusta que lo quieras mucho, pero pareceme que te falta sangre fría en las circunstancias actuales. Julián no tiene nada, te lo aseguro y no juzgo buen camino para formar su carácter, mostrarle un semblante afligido á la menor de sus quejas. Al verte tan turbada, él exagera su mal y tú lo vuelves enfermo á fuerza de temer que llegue á estarlo. Te consta el cariño que me inspira. Es en su nombre, en bien de su porvenir por lo que yo te hablo de este modo. (Sonriendo.) No te exijo que lo eduques como un espartano, pero algunas veces, casi siempre, me parece que traspasas los límites de lo razonable y que él se desarrollaría mejor si lo ahogases menos entre colchas y abrigos: en una palabra, si le dieras una educación un poco más viril.

Lorenza. Reflexiona, amigo mío, reflexiona. Teniendo á mi hijo con tos, y con una poca de fiebre, tú me reproches que á pesar del mal tiempo que hace... .

Girieu. No me refiero al día de hoy, en que su enfermedad puede justificar precauciones más grandes; hago alusión no sólo á los vestidos que le pones, sino á tu manera de ser en general con él. Aunque sea trivial la idea, pero la verdad es que lo estás echando á perder.

Lorenza. Julián es delicado.

Girieu. (Sonriente.) Y sin embargo, días pasados abofeteó de lo lindo al pequeño Lamir que tiene dos años más que él. Julián, es un muchacho sano y robusto, pero lo estás afeminando al educarlo entre algodones. Bien sabe Dios, amiga mía, que yo... .

Lorenza. No tengo más que á él.

Girieu. (Serio.) No tienes más que á él? Cierto... . Justamente es por esto por lo que es preciso hacerlo un hombre.

Lorenza. (Con amargura) Según tú, no hay otro medio para hacerlo un hombre que enviarlo al Liceo. Es aquí á donde querías llegar?

Girieu. No, no era esa mi idea, pero en verdad, amiga mía, no extraño que cuando abordamos este asunto, lo hagamos con la menor reserva que cuando emitimos en otros asuntos, opiniones diversas... (Muy amoroso). Sabes bien que yo acabo siempre por ceder, lo sabes y ahora comprendo que no me guía otro móvil que el bien de tu hijo.

Lorenza. (Tendiéndole la mano). Te pido perdón.

Girieu. (Besándola). Otro tanto.

Lorenza. Pero la idea de enviarlo al Liceo... .

Girieu. (Dulcemente). Lo sé, pero tarde ó temprano, sin embargo, hay que aceptarla. Te lo repito, va en su interés.

Lorenza. No pudiéramos ponerle en casa los profesores que necesita?

Girieu. Esto no equivale á la educación en común. Todo ese mundo diminuto que le rodearía, es realmente un mundo diminuto; pero es mundo. Ahí comienza la experiencia de la vida y uno se encuentra mejor armado más tarde, que si la celosa terneza de una madre nos hubiese ahorrado ese aprendizaje de ligas sociales. No es bueno, querida Lorenza, amar á tu hijo para tí sola; no es prudente soñar con sus gracias que regocijan la vista y con sus caricias tiernas y dulces; no es cuerdo pensar tan sólo en el placer que experimentas teniéndolo sin cesar cerca de tí. Es preciso preocuparse por su porvenir y preparar este porvenir desde ahora... . Quién te asegura, Lorenza, que más tarde no se te reprocharía el egoísmo de tu ternura?

Lorenza. El egoísmo! Creés que no le amo?

Girieu. No. Yo digo que no lo quieres como debes quererlo, que no ves sus defectos.

Lorenza. Defectos un bebé de cinco años?

Girieu. Seis años dentro de algunos días.

Lorenza. Está bien. Qué defectos has descubierto en él?

Girieu. (Riendo). Tranquilízate, no son numerosos ni graves, pero sin embargo los tiene como todos los niños, porque según creo no es distinto de los otros.

Lorenza. Para mí, sí.

Girieu. No se hable más de esto; nada puedo decir sin que lo tomes á mal. (Sonriente). Me equivoqué. Estás contenta?

Lorenza. Tal parece que tu afán es contradecirme en todo; te aseguro que Julián no es un niño vulgar, que es mucho más inteligente que los niños de su edad. Tú eres el único que no le reconoces así, no sé verdaderamente lo que tienes contra él. Ah! si fuese tu hijo, me comprenderías.

Girieu. (Grave, después de una pausa) Sí... Esposa mía, quieres que hablemos seriamente tan sólo dos minutos? Cuando yo me he casado contigo, te prometí ver por Julián como si fuese mi propio hijo. Yo te hablo como lo he hecho, precisamente porque mantengo mi promesa. Palabra de honor que por esto es y nada más que por esto. Creo cumplir mi deber, á pesar de exponerme á tu mal humor, procurándome á mí mismo el disgusto de contrariarte en este punto; pero no pretendo forzar tu voluntad y ahora que he dado mis razones, haz lo que quieras, que estará bien hecho.

Lorenza. Por mi parte te prometo reflexionar seriamente en tus palabras, más que todo por darte gusto, pero no digas que Julián tiene defectos.

Girieu. Sin embargo... .

Lorenza. Te aseguro que eres severo, muy severo con él, casi injusto.

Girieu. Sea.

Lorenza. Todo el mundo me lo elogia.

Girieu. Sí, tus padres.

Lorenza. Mis padres y otras personas. No es en el Liceo donde mejor se educaría.

Girieu. Si esa es tu opinión... .

Lorenza. Que no es la tuya... En fin, puesto que es preciso decirte todo, lo haré: hay una razón de-

finitiva para no enviarlo al colegio, su padre opina que debe esperarse un poco.

Sr. de Girieu. (*Picado*) Ignoro el motivo, pero efectivamente esto corta toda discusión y veo que me he mezclado en lo que no me importa.

Lorenza. Qué palabras son esas?... Jorge, tú no amas á ese niño.

Sr. de Girieu. Yo?

Lorenza. No, tú no lo amas, y no puedes explicarte el motivo, pero yo tengo la clarividencia de una madre y siento que cada día que transcurre aumenta tu aversión hacia él. Ah, Dios mío! sé que me vuelvo casi una niña cuando le hablo, cuando juego con él, y tú me escuchas y me miras á sangre fría, y todo esto debe parecerte pueril, pero si tú lo amaras te parecería encantador. Todo lo que hago lo interpreto á su perjuicio, no le hablas más que para dirigirle reproches, no le disculpas ni las más ligeras faltas. Día á día te alejas más de él. Quizá no lo has advertido, pero lo que te estoy diciendo es la verdad. Tú quisieras que tuviera la gravedad de un niño de diez años. Al menor ruido que hace, frunces las cejas. No es cierto? El domingo, escucha, el domingo vino á jugar á la sala, tú le ordenaste que callara y él calló, pero como diera principio á su juego, tú saliste. Otro día... esto nunca te lo había dicho, entrábamos juntos tú y yo á tu despacho, yo me acerqué al espejo para quitarme el sombrero y através de ese espejo observé todos tus movimientos sin que pudiese caberme duda alguna. Habías encontrado sobre el bufete no sé que juguete que él había olvidado quizás y tu boca se contrajo con rabia y arrojaste el juguete con ira. Yo me fui á mi alcoba para no llorar en tu presencia. Me llamaste: fué aquel día cuando me encontraste con los ojos enrojecidos y cuando tan largas preguntas me hiciste. Estos, son hechos sin importancia, pero los sentimientos se descubren por medio de estos detalles y he llegado á persuadirme de que lo aborreces.

Girieu. Lorenza, te aseguro que.....

Lorenza. Lo reconozco, has luchado contigo mismo y te has esforzado para mantener la promesa me hiciste antes de nuestro matrimonio y crees que de buena fé cumplirla religiosamente. Pero una aversión instintiva te envenena y si quieres enviar á ese niño al colegio no es por él, es por tí, porque le ves como un extraño.

Girieu. Lo que me estás diciendo me molesta y me produce profunda pena. Temo mucho en efecto Lorenza no amar á tu hijo.... Sí, has visto en mí más claramente que yo mismo. No le amo. Esto se ha realizado poco á poco.... y ahora observo que.... Desde que nos casamos—hace un año—no he tenido contigo más que una dificultad seria, el día que he querido—en su interés y en el tuyo—castigar á tu hijo que te había desobedecido. Tú viniste en su defensa con impetuosidad, y en tus ojos, cuando me hablaste, ví brillar destellos que me eran desconocidos, tu voz misma estaba cambiada. Desde este día comenzó todo. Y si hemos llegado á este extremo ha sido por tu culpa. Todos mis esfuerzos los has interpretado mal. Hace mucho tiempo te persigue la idea de que no le profesas cariño y á todas mis tentativas mal comprendidas por tí, has opuesto el obstáculo de tus suposiciones ó de la autoridad paterna del señor Chantrel.... Este es un motivo que me ha alejado de él.... tienes razón.... y no le tomes como un reproche; pero resueltamente he tomado el partido de no ir hacia él, porque tengo la seguridad que nada puedo esperar de su cariño.

Lorenza. Por qué?

Girieu. (*Después de un largo silencio y á media voz.*) No me atrevo á decírtelo.... Tú procuras que ame mucho á su padre....

Lorenza. Qué clase de madre sería yo si obrase de otro modo? No es este mi deber?

Girieu. Sí, pero antes de mucho, ese cariño provocará en el corazón de tu hijo una profunda aversión contra mí. Instintivamente me rechaza.

Lorenza. (*Sin convicción.*) No es verdad.

Girieu. Bien sabes tú que sí.

Lorenza. Qué quieres que haga yo?

Girieu. (*Con emoción.*) Nada. He aquí lo difícil de nuestra situación.

Lorenza. Cuando yo me casé contigo, no ignoraste estas dificultades.

Girieu. (*Conmovido.*) Me engañé á mí mismo! Por eso no te lanzo reproches.... Sin embargo, á pesar de mi profundo amor por tí; no obstante los esfuerzos que he hecho por olvidar, soy hombre y no puedo impedir que el sufrimiento me haga su víctima cuando te oigo hablar de tu hijo, el hijo de aquel á quien.... (*bajando la voz*) y sin embargo....

Lorenza. Qué quieres decir?

Girieu. Mi sentimiento no será noble, pero no lo puedo remediar, te lo confieso, enrojecido de vergüenza.... sufro oyéndote hablar de ese padre con tanta indulgencia, con tanta bondad.... con misericordia.... Yo sé.... me figuro que ocultas.... Ah, Lorenza! mide con estos deta-

lles la inmensidad de nuestra miseria y la profundidad de mi desgracia: en las mañanas, me pongo á escuchar á la puerta de tu alcoba la conversación que tienes con ese niño, y después.....

Lorenza. Después? Habla, puesto que hemos abordado este asunto, es preciso que nos digamos todo.

Girieu. Pues bien.....

Lorenza. Pues bien.....

Girieu. Tanto es lo que te amo, que no puedo amar á ese niño.

Lorenza. No te comprendo,

Girieu. (*Con voz sorda, con la más grande emoción.*) Se le parece mucho. (*Con viveza.*) Escúchame, Lorenza y perdóname si te causo disgusto: mi dolor es tan grande que puede servirme de excusa, pero yo quiero que me comprendas, te lo repito: he hecho todo lo que he podido para amarlo... he intentado llegar á ser.... pero la ley, el derecho natural, le dan á su padre una autoridad irrevocable, y padezco y me atormenta que un extraño pueda intervenir entre nosotros é imponer su voluntad en nuestra propia casa.

Lorenza. El que llamas extranjero no lo es para ese niño.

Girieu. (*Sin dureza, pero con profunda tristeza.*) Al oír como lo defiendes, me pregunto si no te has desligado por completo de él.

Lorenza. Jorge!

Girieu. (*Dolorosamente.*) Qué desgraciado soy, Lorenza! Yo me casé contigo para tenerte á tí y no para subordinar mi existencia al hijo de otro. El es el amo; sus caprichos, sus necesidades si tú quieres, son las que arreglan nuestros viajes, nuestro método de vida, nuestras horas de intimidad y amor. Yo soy su esclavo: he aquí la verdad. Y esto no puede durar. Hace mucho tiempo, mucho tiempo, veo entre nosotros el retrato animado de ese hombre que le dió el nacimiento con tu unión y del que estoy horriblemente celoso. Ese niño que va y viene por la casa es un atroz sufrimiento para mí. Cada vez que mis miradas se posan en él, se evocan en mí dolorosos recuerdos y pienso en el padre, en vuestra intimidad de otras épocas, en los besos que os habéis cambiado. En una palabra, para decirlo de una vez, ese niño es prueba evidente del amor que has sentido por otro, por otro que aún vive, y que vive con recuerdos y cuitas que son mis cuitas y mis recuerdos propios. No, yo no quiero tener en cada momento de mi vida, esa prueba delante de mis ojos.... Escucha, el otro día miraba al señor Chantrel.... esto es horrible.... sus ojos son los mismos ojos, los mismos.... No, ten piedad de mí, Lorenza.... Te amo tanto! tanto....

Lorenza. (*Como para sí misma.*) No es así como yo hubiera querido ser amada.

(*Entran el Doctor, el señor y la señora Marsanne.*)

#### ESCENA CUARTA.

Lorenza, señor Girieu, el Doctor, señor Marsanne, y Señora Marsanne.

Lorenza. Y bien?

Doctor. (*Serio.*) Se trata sencillamente de un caso de gripa. Será cuestión á lo sumo de dos ó tres días (*á Lorenza*). Tranquílcese usted señora, quédese con él y espere la receta que voy á prescribirle. Mientras tanto, haga tomar al niño el vomitivo que le he indicado, con eso y un purgante, espero que amanecerá mejor.

Lorenza. De veras?

Doctor. Es muy probable.

Lorenza. Gracias Doctor. (*Sale*),

#### ESCENA QUINTA.

Dichos, menos Lorenza.

Doctor. (*Inquieto.*) No hay nada grave, pero es preciso, sin embargo, tomar sus precauciones. Os aconsejo retener al niño aquí, hasta que pueda irse por su pié.

Sra. Marsanne. (*inquieto*). Está tan seriamente enfermo que no se le puede transportar?

Doctor. Por Dios señora!... llueve, hace un poco de frío, es preferible pecar por exceso de prudencia....

Sr. Marsanne. Ciertamente.

Doctor. Señor de Girieu, tengo una súplica que elevarle.

Sr. Girieu. Véamos.

Doctor. Usted sabe que había venido á buscar á Julián para llevárselo á supadre. A fin de aprovechar todo el tiempo que se le tiene concedido, Raymundo se propuso acompañarme. Me espera abajo. Imposible es hacer salir al bebé. Si desciendo solo, si digo á mi amigo por qué desciendo solo, va á entrar en una angustia mortal. Usted sabe, señor, cómo adora á su hijo. Estamos aquí en casa de los padres de la señora de Girieu,

en una casa que puede decirse no es la de usted; mi demanda por lo tanto no será ni inmotivada ni incorrecta. Apelo á su buen corazón y le suplico me otorgue su permiso para conducir á mi amigo cerca de la cuna de su hijo.

Girieu. Usted no reflexiona, Doctor, en lo que pretende de mí.

Doctor. Ya lo creo! Y así tengo la certidumbre de que el señor y la señora Marsanne no habrán de oponerse.

Girieu. Pero yo.....

Doctor. No añadiré más que una palabra que lo decidirá; el Sr. Raymundo Chantrel, aunque no ejerce, ha hecho estudios médicos muy avanzados, y no estaría por demás consultar su opinión.

Girieu. Y si yo rehusase?

Doctor. Cualquiera hombre y cualquiera mujer de corazón se lo reprocharían.

Girieu. (*Después de una pausa.*) Si, me lo reprocharían! Sea, caballero.

Doctor. Gracias.

Girieu. Pongo una sola condición: que el señor Chantrel no esté cerca del niño al mismo tiempo que la madre.

Doctor. Perfectamente. Voy á prevenir á la señora Girieu. (*Sale*).

#### ESCENA SEXTA.

Señor de Girieu, señor de Marsanne, señora Marsanne, después Lorenza.

Sra. Marsanne. El Doctor tiene el semblante más intranquilo de lo que parece.

Girieu. Al contrario, yo creo que exajera el mal.

Sra. Marsanne. Usted sabe la gran confianza que le tenemos. Lo hemos visto hacer curaciones admirables (*al señor Marsanne*). ¿No es así, amigo mío?

(*Entra Lorenza*).

Lorenza. (*Dando la mano á su marido y á media voz.*) Cuánto te lo agradezco, Jorge.

Girieu. Cómo sigue?

Lorenza. El Doctor lo reconoce de nuevo. (*Sale por la izquierda.*)

Girieu. La verdad es señor Marsanne que usted debe reñir á Lorenza por la manera con que educa á su hijo.

Sr. Marsanne. (*Después de una sonrisa.*) Sí, lo está criando muy delicado.

Sra. Marsanne. No podría usted intervenir?

Girieu. La ley no acuerda el ejercicio de la Patria Potestad al segundo marido de una mujer divorciada.

Sr. Marsanne. Si se hubiese seguido mi opinión, al casarse Lorenza por segunda vez, se hubiese puesto al niño bajo la tutela de un tercero.

Girieu. He hablado á Lorenza, lo saben ustedes, pero no ha querido separarse de él.

Sra. Marsanne. (*A su marido*) Tú deberías exigirlo.

Sr. Marsanne. Sólo una persona tenía derecho para pedir al Tribunal que la guarda del niño fuese sustraída á la madre; esta persona era el señor Raimundo Chantrel, pero del mismo modo que durante el juicio respectivo Chantrel dejó que se pronunciara en su contra el divorcio sin intentar defenderse, en las actuales circunstancias ha querido no contrariar para nada la voluntad de su.... la voluntad de Lorenza. No se puede pedir de él más.

(*Entra el Doctor Mossiac.*)

#### ESCENA SEPTIMA

Dichos y el Doctor.

Doctor. Caballero; mi amigo Chantrel solicita de usted un instante de conversación.

Girieu. A mí? Qué me quiere?

Doctor. El mismo se lo dirá á usted.

Sra. Marsanne. Se halla el niño en peligro?

Doctor. En peligro inmediato no, señora.

Girieu. Me es imposible ver al señor Chantrel.

Doctor. Se lo suplico, recíbalo.

Sra. Marsanne. Amigo mío, haga usted lo que dice el Doctor.

Girieu. Bien, acabemos, que venga.

Doctor. Desea platicar á sōlas con usted.

Sra. Marsanne. (*Al señor Marsanne.*) Amigo mío, veamos á Lorenza.

Doctor. (*Después de haber llamado al doméstico.*) Quiera usted decir al señor Chantrel que está abajo, que el señor de Girieu le espera? (*Al señor de Girieu*) Caballero, Julián está atacado de una neumanía gripal.

Girieu. Entonces, es grave?

Doctor. Muy grave.

Girieu. Peligroso?

Doctor. Si las cosas siguen como van, el niño podrá morir en dos ó tres días.

Girieu. Pero Doctor, ésto no es posible.

Doctor. El diagnóstico no deja lugar á duda.

(*Entra Raimundo—el Doctor sale.*)

## ESCENA OCTAVA.

Raymundo—Señor de Girieu.

Raymundo. (Conmovido.) Caballero... he aquí lo que me pasa: el Doctor se lo ha dicho; mi hijo está gravemente enfermo... por lo tanto yo debo permanecer cerca de él—(No puede hablar.) Pido á usted perdón, y...

Girieu. Piensa usted permanecer á su lado?

Raymundo. Señor... vengo á rogar á usted y al señor de Marsanne que me permitan...

Girieu. No comprendo. Usted quiere permanecer cerca de él... y cuánto tiempo!

Raymundo. Pues... hasta que se halle fuera de peligro.

Girieu. Habla usted en serio!

Raymundo. No debo partir, irme de aquí, irme á mi casa, á seguir el curso ordinario de mi vida, mientras mi hijo... Tendrá usted la crueldad de oponerse?

Sr. de Girieu. Comprendo lo que usted debe sufrir, caballero, y se lo digo francamente y sinceramente: quisiera darle el consuelo que usted solicita de mí, quisiera hacer este sacrificio en su obsequio, pero esto no es posible.

Raymundo. Porqué?

Sr. de Girieu. Porque la señora de Girieu va á querer igualmente estar á la cabecera del lecho de su hijo. Ella es la madre y no ha pasado por mi mente el impedirle que cumpla con su deber. El puesto de usted no está junto de ella.

Raymundo. Aunque se trate de nuestro hijo moribundo?...

Sr. de Girieu. Nada tengo que añadir.

Raymundo. Pero no ha comprendido usted...

Sr. de Girieu. Sí, y temo...

Raymundo. Se necesita tener el corazón muy duro y ser esclavo del más refinado egoísmo para responderme de ese modo, señor de Girieu, se lo suplico.

Sr. de Girieu. Nada tienen que ver los sentimientos de piedad.

Raymundo. Se lo suplico, lo imploro: hay un bebé que se debate entre la fiebre y bajo la amenaza de la asfixia; hay una madre que se deshace en lágrimas y un padre que está para volverse loco. Todo esto le consta á usted porque cae bajo el dominio de sus ojos y cuando ese padre y esa madre le ruegan que no los separe de su hijo, de ese hijo desgraciado al que quizás ya no verán dentro de muy pocos días, usted se desatiende de sus ruegos, su dolor no despierta en usted un sentimiento generoso, usted permanece insensible, no conservando más que rencores mezquinos é inquietudes ultrajantes. Ambos exigimos el derecho de llorar delante de esa cuna y usted se resiste. Porqué? por celos insensatos.

Sr. de Girieu. Tal vez.

Raymundo. ¡Esto es el colmo de la crueldad!

Sr. de Girieu. No seré cruel ni para la señora de Girieu á quien facilitaré en todos sentidos los medios de cumplir sus deberes de madre, ni para su hijo á quien de todo corazón deseo el pronto alivio. Si estoy duro con alguno es con usted y nada más que con usted. Esto no debe sorprenderle. Haga usted recuerdos: yo amaba á la hoy señora de Girieu y contaba con la aquiescencia de sus padres. Usted fué mi rival y mi rival afortunado. Yo hubiera podido perdonarle si hubiese dado á aquella con quien se unió una existencia de quietud y felicidad; en lugar de esto usted la ultrajó con su mala conducta y la ultrajó tan gravemente, que ella tuvo que apelar al divorcio para romper sus ligas con usted. Después de haber llorado mucho por culpa de usted; después de haber sufrido más, ella comprendió que era necesario ir en pos de un cariño honrado y consintió en ser mi esposa, en ser la esposa del hombre que había sufrido sus desprecios. Quiere usted que se lo diga todo? Pues bien, ha adivinado usted, estoy celoso. No quiero que entre mi mujer y usted haya emociones comunes: yo no quiero que usted y ella sufran las mismas inquietudes ni que usted tenga las alegrías de las mismas esperanzas. Váyase usted, señor.

Raymundo. No puedo irme.

M. de Girieu. Le digo á usted que no se quedará aquí.

Raymundo. Olvida usted que aquí no está en su casa y que esta autorización que he venido á pedirle puedo obtenerla del señor y de la señora Marsanne.

M. de Girieu. Si se le dan á usted, me llevaré el niño á mi casa.

Raymundo. A riesgo de... (Conmovido.) Póngase usted en mi lugar... Piense usted; si fuera su hijo!

M. de Girieu. No es mi hijo y usted ha hecho todo lo posible para que yo no le olvide.

Raymundo. Lo que yo reclamo no es una gracia, es el ejercicio de mis derechos, los derechos del padre que...

M. de Girieu. Esos derechos los ha perdido usted.

Raymundo. Los he perdido!

M. de Girieu. No soy yo la causa de lo que usted sufre en este momento. Es usted. Usted olvidó en otro tiempo sus deberes de esposo y sus deberes de padre y desde ese día le está prohibido hablar de sus derechos.

Raymundo. (Animado.) Esos derechos, señor, no hay falta por grave que sea que pueda quitarlos. A pesar de usted, me quedo, me entiende usted, no es verdad? Me quedo! Y vamos á ver si tiene usted el poder y el valor de traer aquí á la policía para arrancarme de la cuna en que sufre mi hijo, si osaría usted, á riesgo de matarle, llevarle, á él, por las calles frías hasta su casa de usted. Eso no lo hará usted, yo lo afirmo que no lo hará.

Larga escena muda. La puerta de la cámara de Julián se entreabre suavemente. Aparece Lorenza con un papel en la mano. Los dos hombres se separan y fijan los ojos sobre ella. Ella mira largamente hacia afuera. Después cierra la puerta con mil precauciones para no hacer ruido. Actitud de gran dolor. Desciende á la escena. Está muy conmovida, pero sin lágrimas, ya sin gestos y su fisonomía es grave... Muy sencillamente va derecha hacia Raymundo.

## ESCENA NOVENA

Raymundo, Lorenza, Señor de Girieu.

Raymundo. (A Lorenza, con mucha sencillez.) Y bien? Lorenza. (En el mismo tono.) Acaba de dormirse.

Raymundo. (Siempre con sencillez.) La fiebre?

Lorenza. (De la misma suerte.) Sigue.

Raymundo. Le has puesto un termómetro?

Lorenza. Sí.

Raymundo. Cuánto?

Lorenza. Treinta y nueve.

Raymundo. La tos?

Lorenza. Incesante. La respiración difícil.

Raymundo. Y el rostro congestionado?

Lorenza. Sí.

Raymundo. El Doctor le ha dado á usted sus indicaciones?

Lorenza. Venía á enseñárselas. Yo no comprendo bien esto.

Están muy cerca el uno del otro, mirando los dos las indicaciones que tiene Raymundo.

Raymundo. (leyendo.) «Manténgase la temperatura igual en el cuarto del enfermo.»

Lorenza. Bien.

Raymundo. (leyendo.) «Envuélvase las piernas de algodón y recúbrase éste de tafetán engomado» Lo haré yo mismo luego que se despierte. Usted dirá que me avisen.

Lorenza. Sí... (al Sr. de Girieu.) Amigo mío, ten la bondad de ir á la casa y envíame á la recamarera con lo que se necesite para tres ó cuatro días. Ella sabrá. M. de Girieu vacila. Lorenza no comprende y continúa.) Te suplico, apresúrate porque quiero que Luisa me dé la dirección de una enfermera que ella conoce.

M. de Girieu. Está bien. Se dirige hacia la puerta y contempla á Raymundo y á Lorenza.

Lorenza. (á Raymundo.) Qué será bueno darle de beber? He olvidado preguntarlo y tiene sed.

Raymundo. Malva.

Lorenza. No le gusta, según creo.

Raymundo. Sí, sí... Se acuerda usted, cuando tuvo el sarampión?

Lorenza. Sí, sí... mucho que nos inquietamos también entonces!

Raymundo. La bebe sin repugnancia, se acuerda usted bien?

Lorenza. Sí, me acuerdo, en efecto... Entonces malva... Releeremos las indicaciones: no he olvidado nada?... Sinapismos... el algodón... Usted se ocupará de eso. Yo voy á mandar hacer el jarabe. En seguida... de hora en hora una cucharada cafetera de la poción siguiente...

El telón baja en tanto que ella continúa. El señor de Chantrel ha salido lentamente al oír las últimas palabras.



## ACTO SEGUNDO.

LA MISMA DECORACION.

## ESCENA PRIMERA.

La Sra. Marsanne.—El Sr. Marsanne.—Una recamarera. Después una religiosa.

Noche.—Las cortinas de las ventanas están corridas. Una lámpara, colocada sobre la mesa del centro, ilumina únicamente la escena. Un periódico doblado en cuatro dobleses y colocado contra la pantalla, impide á la luz herir los ojos del señor Marsanne, que duerme sobre una chaise longue, á la derecha, roncando ligeramente. La señora Marsanne, sentada cerca de la mesa, á la izquierda, grave, se flexiona. Entra una recamarera, Luisa, por la puerta del fondo, á la derecha.

Luisa. La señora pregunta si ha llegado el médico.  
Sra. Marsanne. Que no lo espere aún. El Sr. de Chantrel fué á buscarlo hace apenas un cuarto de hora; no puede estar aquí antes de la media, suponiendo lo mejor.

Luisa. Eso he dicho yo á la señora. Pero la señora está en un estado tal... la señora va á enfermarse, de seguro. Esta es la tercera noche que pasa.

Sra. Marsanne. Y esta ha sido más horrible que todas las otras.

Luisa. Sí, dos veces hemos creído que era el acabóse... Y todavía ahora... (Suspira.) Si ella pudiera llorar, eso la aliviaría... pero permanece ahí... teniendo la mano del señor Julián en la suya... como para impedirle que se vaya.

La Sra. Marsanne. (aparte.) Pobre Lorenza! Qué no oíste un coche?

Luisa. (Dirigiéndose á la ventana.) No, señora... Ya hay luz, ya es de día.

La Sra. Marsanne. Entonces descorre las cortinas, (Luisa obedece.—Luz) y llévate la lámpara, mi buena Luisa.

Luisa sale con la lámpara.—La señora Marsanne llora.—Entra la religiosa.

La religiosa. No llore usted, señora. Creo poder anunciarle una grande y feliz noticia.

La Sra. Marsanne. Diga, hermana, diga...

La religiosa. El niño está salvado.

La Sra. Marsanne. Cómo puede usted saberlo?

La religiosa. He visto tanto á esos pequeñuelos, que ya no me engaño... La quietud, la desferescencia como dice el Doctor, comienza á producirse y los síntomas de esta noche que tanto nos han asustado, eran las últimas amenazas del mal.

La Sra. Marsanne. Oh! si dijera usted la verdad, hermana mía!...

Se dirige hacia el cuarto de Julián.

La religiosa. Déjele, señora, apenas acaba de dormirse, no haga usted ruido... Puede usted creerme... y yo le aseguro que estoy muy contenta... por el señor y por la señora... (ante una mirada interrogativa) por el padre y por la madre. Cuando el señor vuelva, qué feliz va á ser! Decía á usted que yo he asistido frecuentemente á semejantes dolores, pues que nuestra orden proporciona enfermeras y es á mí á quien se ve de preferencia cuando se trata de un niño.

La Sra. Marsanne. Por qué á usted?

La religiosa. Yo no tengo que saberlo, nuestra madre es la que manda... y naturalmente, yo obedezco. (Prosiguiendo.) Pues bien, acaso jamás he visto una energía tan grande como la del señor... los sollozos son en esos casos, frecuentemente, un signo de debilidad más que una muestra de dolor... El señor no tiene lágrimas, pero nada más al ver sus ojos que no abandonan los del pobre niño, nada más al ver su valor durante esas tres noches... yo misma señora, yo misma, con todo y que no es ese quizá mi deber... fuí á esconderme para llorar.

Sra. Marsanne. Sí... Y mi pobre Lorenza?...

La religiosa. (Con mucha sencillez.) ¡Oh! las madres,

señora, no hay para que hablar, todas son parecidas!

Sra. Marsanne. Cómo dice usted eso, hermana mía?... ¿Y cómo usted, tan joven, está donde está?

La religiosa. Perdóneme usted, señora, nuestra regla nos prohíbe hablar de nosotras mismas, (*una pausa*). He dicho á la señora su hija de usted como estoy tranquilizada ahora: ella no quiere creermelo.

Sra. Marsanne. Piense usted que desde hace tres días vive con el pensamiento de que Dios va acaso á arrebatárle á su hijo. Será feliz, cuando el doctor . . . . .

La religiosa. Así lo creo, el señor y la señora . . . . .

Sra. Marsanne, [*cohibida*]. Hermana mía . . . . . Es preciso que yo le advierta . . . . . No diga el señor y la señora hablando del padre y de la madre de Julián. Mi hija es la divorciada . . . . .

La Religiosa. ¿Divorciada?

Sra. Marsanne. Sí, el señor Chantrel, ya no es nada de ella . . . . .

La religiosa. Ya nada! . . . . . el padre! . . . . . Oh! señora, cuando se es el padre y la madre del mismo hijo, acaso se puede jamás ser nada el uno para el otro? . . . . . Yo no comprendo . . . . .

Luisa [*entrando*]. El Doctor acaba de llegar, señora. Llama á usted, hermana, á usted sola.

La religiosa sale.

### ESCENA SEGUNDA.

Señor Marsanne, Señora Marsanne.

Sr. Marsanne, [*despertándose*]. Ah!

Sra. Marsanne. Has dormido un poco.

Sr. Marsanne. Yó? Yo no he pegado los ojos . . . . .

Sra. Marsanne. Sí. Has dormitado un momento . . . . . Yo misma puse el periódico frente á la lámpara para que la luz no te despertara . . . . . Bien te he visto.

Sr. Marsanne. Eso me sorprende.

Sra. Marsanne. Raymundo . . . . . el señor Chantrel, quiero decir, fué á buscar al Doctor, que acababa de llegar. La hermana afirma que está mucho mejor.

Sr. Marsanne (*sonrisa*). Bien había dicho yo que no debíamos inquietarnos (*se desembaraza de la mantita de viaje y se quita el chal con que estaba envuelto*). Va á volver el señor Chantrel?

Sra. Marsanne. Naturalmente.

Sr. Marsanne. Y el señor de Girieu?

Sra. Marsanne. El señor de Girieu enviará sin duda á preguntar, como lo ha hecho, tres veces al día desde que el niño está aquí . . . . . yo me pregunto, por qué no ha venido él en persona.

Sr. Marsanne. Te sorprendes de eso?

Sra. Marsanne. Me sorprende y me apeno.

Sr. Marsanne. Haces mal. El Sr. de Girieu ha sido correcto como siempre . . . . . es natural por lo demás puesto que es hijo de un magistrado. No le volveremos á ver sino cuando Julián esté fuera de peligro.

Sra. Marsanne. Yo creo que la presencia del . . . . . señor de Chantrel te contraría mucho.

Sr. Marsanne. Es posible . . . . . Pero podíamos nosotros hacer otra cosa que soportarle á él, el padre, con tu sensiblería y tu exajeración?

Sra. Marsanne. Si tú creías que no era conveniente, por que no lo dijiste?

Sr. Marsanne. A tí te tocaba comprenderlo.

Sra. Marsanne. No veo por lo demás en que podría ofenderse el señor de Girieu. El señor Chantrel ha sido lo que debía ser. Lorenza y él no han cambiado una palabra que no se refiera á los cuidados que exige el niño. Yo he entrado veinte veces en su cuarto, me ha acontecido permanecer ahí largas horas; los dos parecían no mirarse, cada uno tenía sólo ojos para el pobre niño.

Sr. Marsanne. Si yo no me he opuesto á la presencia del señor Chantrel, es porque sabía que se conduciría así.

Sra. Marsanne. Y sin embargo . . . . .

Sr. Marsanne. Y sin embargo, qué? El Sr. de Girieu puede estar tranquilo. Lorenza nada ha olvidado.

Sra. Marsanne. Así lo creo pero . . . . .

Sr. Marsanne. Nada ha olvidado y nada ha perdonado. Por su parte el Sr. Chantrel no perdonará tampoco á Lorenza su segundo matrimonio, así como ésta no le perdonará su traición. Yo también los he observado durante estos tres días y puedo afirmarte que su reserva mutua provenía de su aversión recíproca más que de cualquier otra cosa.

Sra. Marsanne. Eso debe ser cierto pues que tú lo dices . . . . . Sin embargo, la hermana me ha dicho ahí, hace un momento una palabra que me ha herido.

Sr. Marsanne. Qué te ha dicho?

Sra. Marsanne. Me ha dicho esto: «Cuando se es el padre y la madre del mismo hijo, no se puede jamás ser nada el uno para el otro.»

Sr. Marsanne. Tiene razón. Pero se puede ser enemigos. Creeme, Lorenza y Raymundo eran dos enemigos separados por una cuna.

Sra. Marsanne. Si tuvieses razón . . . . .

(*Entra el Doctor radiante*)

### ESCENA TERCERA.

Los mismos. El Doctor, después Lorenza.

El Doctor. Y bien, no se ríe aquí? No saben ustedes nada? Nuestro buen mozo ha salido de apuros. Uf! Ahora bien puedo confesar que he estado terriblemente inquieto . . . . . Donde está Raymundo?

Sra. Marsanne. Fué á buscar á usted . . . . . el pequeño estaba tan malo . . . . .

El Doctor. Cuando vuelva mi amigo Raymundo, va á tener una gran alegría . . . . . Ah! no tiene necesidad de ser médico para saber cómo estamos. En este momento, nada más que al abrir la puerta del cuarto yo he visto á nuestro hombrecito con una cara completamente distinta. La coloración violacea había desaparecido: las pobres alitas de la nariz no palpitaban ya, me aproximé la mano, estaba fresca, la fiebre había cedido y el bebé dormía; dentro de quince días jugará al aro . . . . . Vayan ustedes á verlo . . . . . pero suavemente . . . . . Aquí viene la Sra. de Girieu, que no quería creer en su dicha . . . . .

Lorenza. No me atrevo todavía á regocijarme demasiado . . . . .

El Doctor (*al Sr. y á la Sra. Marsanne*). Vayan, vayan, verán el cambio operado de ayer noche . . . . . Ya saben ustedes, se puede hablar mal de los médicos hasta que se quiera; pero hay todavía muchos que en mi lugar serían tan felices como yo lo soy . . . . . y yo estoy contento, les doy mi palabra . . . . .

El Sr. y la Sra. de Marsanne salen á la derecha.

### ESCENA CUARTA

Lorenza, el Doctor.

Lorenza, (*en el colmo de la emoción*). Verdaderamente, doctor, cree usted que ahora . . . . .

El Doctor. Ya le he dicho á usted que antes de quince días jugará al aro . . . . .

Lorenza. Yo no puedo regocijarme aún . . . . .

El Doctor. Naturalmente . . . . . No se pasa de un golpe de la espantosa inquietud en que estaba usted á la tranquilidad completa . . . . . Se necesitaría llorar un poco . . . . . un buen diluvillo de lágrimas, y los nervios de usted se destenderían . . . . . Vaya, lloremos . . . . . Dejese usted llevar . . . . . no quiere usted? Pues ya será luego . . . . . (*Lorenza vacila y se sienta*) Eh! bien Eh! bien! no vaya usted á desvanecerse . . . . . eso ya no se hace ahora . . . . . palabra, ya nadie se desvanece ahora . . . . .

Lorenza. Ah! doctor, doctor! . . . . . Como le diré á usted . . . . . gracias . . . . . (*le besa la mano*)

El Doctor, (*grave*). Quiere usted acabar con esas cosas, hija mía? . . . . . Usted es quien le ha creado . . . . . Ustedes dos . . . . . Vamos, hasta luego! (*sale*)

### ESCENA QUINTA.

Lorenza sola, después Raymundo.

Lorenza. (*Sola*) Curado . . . . . Está curado . . . . . ya no me lo arrebatarán!

Entra Raymundo por la puerta de la derecha. Está ebrio de alegría. Lorenza se levanta, le tiende las manos . . . . . Se miran largamente, no pueden hablar. Raymundo hace un signo con la cabeza: "Si, está salvado." La más grande emoción les domina; se arrojan la una en los brazos del otro y estallan los dos en sollozos.

Raymundo. (*En voz baja*). Lorenza!

Lorenza. (*De la propia suerte*). Raymundo!

Raymundo. (*Misma expresión*). Nuestro hijo!

Lorenza. (*Misma expresión*). Nuestro hijito!

Raymundo. (*En voz baja*) Ah! qué miedo he tenido!

Lorenza. Ah! (*Profundo suspiro de terror, se estrecha contra él, con los ojos cerrados. En medio de los sollozos*) Es cierto, verdad? está salvado.

Raymundo. Sí, Lorenza, sí.

Lorenza. (*Llorando siempre*) Ah! qué feliz soy!

Nueva escena muda. Lorenza vuelve en su acuerdo, mira á Raymundo, se separa lentamente de él. Largo silencio. Después sus manos se desatan lentamente. Lorenza asustada de lo que ha hecho y bajo la impresión de una especie de terror, balbucea: "Ah! Raymundo!" Raymundo se aparta retrocediendo hacia la derecha, da tres ó cuatro pasos . . . . . Quédate de pie el uno delante de la otra durante un largo momento. Lorenza siéntase lentamente á la izquierda y le dice: "Adios"

Raymundo. Adiós!

(*El sale lentamente*.)

Lorenza. (*Se levanta y va hacia la puerta de la derecha que se entreabre con precaución. A media voz á la religiosa que está en la cámara*). No, hermana mía, no . . . . . yo no entro . . . . . yo venía á ver solamente (*con el rostro iluminado*) Si, va bien . . . . . duerme? [*escucha sonriendo lo que le dice la hermana*]. Bueno . . . . . Bueno . . . . . gracias, hermana mía.

Envía con las dos manos un beso á su hijo, vuelve á cerrar la puerta, siempre alegre, y baja de nuevo á la escena, donde encuentra al Sr. de Girieu que acababa de entrar.

### ESCENA SEXTA.

Lorenza. [*Yendo hacia él con las manos tendidas, muy alegre y fresca*]. Y bien! amigo mío, no sabes pues la buena nueva?

Girieu. Sí. El señor de Chantrel á quien he encontrado, me la ha dicho. Estoy muy contento, Lorenza, por el niño y por tí.

Lorenza. [*afectuosa, con una mano sobre el hombro de Girieu*]. Ah! mi querido Jorge, qué feliz soy! [*en un ímpetu de alegría*]. Dentro de quince días me ha afirmado el Doctor que el niño jugará al aro. Esta noche todavía hemos estado muy inquietos, pero de pronto esta mañana, como por milagro, la fiebre cedió, respira dulcemente y ha vuelto á su hermoso sueño de siempre con un aire algo grave y el pulgar en su piquito. Ven á verle. Ven.

Girieu. Es fuerza dejarle dormir.

Lorenza. Tienes razón. Tu siempre tienes razón. Te quiero mucho, Jorge.

Girieu. [*Con tristeza y sin amargura*]. Porque he permitido al señor Chantrel . . . . .

Lorenza. Oh! la pícara palabra! [*mira á la puerta de la derecha*]. No han llamado?

Girieu. No . . . . . Qué te ha dicho el señor Chantrel durante estos tres días?

Lorenza. Nada. Todas las frases que hemos cambiado eran del género de esta: «Es la hora de la poción? . . . . . Qué temperatura? . . . . . pásame usted esto. Tome usted aquello.»

Girieu. Yo temía, te lo confieso, que se aprovechase de vuestra emoción común para habiarte del pasado, para tratar de disculparse, y me alegro de saber por tí que no lo ha hecho.

Lorenza, (*turbada*). No lo ha hecho.

Sr. de Girieu. O que en un determinado momento, el dolor . . . . . ó la alegría os aproximara.

Lorenza, (*turbada también*). Que nos aproximara . . . . . no . . . . .

Sr. de Girieu. Por qué te turbas al decir esto?

Lorenza, (*misma expresión*). Turbarme? . . . . . Pero si te engañas, yo . . . . .

M. de Girieu, (*tierno y triste*). No intentes mentir, Lorenza, tú no sabes . . . . . Veo que no me dices la verdad.

Lorenza, (*muy conmovida*). En efecto.

Sr. de Girieu. Qué pasó?

Lorenza, (*grave*). Cuando supimos que nuestro hijo estaba salvado, nos abrazamos llorando. Eso es todo.

Sr. de Girieu. Dios mío! tú, Lorenza, tú! tú has hecho eso?

Lorenza, [*después de un silencio*]. Sí.

Sr. de Girieu. Te prohíbo que vuelvas á ver á ese hombre.

Lorenza. Por qué?

Sr. de Girieu. Porque no quiero que él vuelva . . . . .

Lorenza. Cállate . . . . . Y tú dices que me amas! Y es este furor y son estas suposiciones y estas injurias lo que llamas amor. [*Pausa*]. «Ese hombre» como dices, es el padre de Julián. Es posible que tenga necesidad de hablarle. Yo no acepto tus órdenes y te prevengo que volveré á ver al señor de Chantrel cuando lo juzgue útil para nuestro hijo.

Girieu. «Nuestro hijo.» El niño! Siempre el niño! Es él, el lazo que subsiste; es él quien os ha aproximado; y si yo dejase seguir las cosas, es él quien os arrojaría al uno en los brazos del otro. Pero yo sabré defender nuestra dicha, la tuya y la mía. Puesto que tú careces de razón, de sangre fría y de energía, yo las tendré por los dos, te lo aseguro.

Lorenza. Qué es lo que vas á hacer?

Sr. de Girieu. Nos hemos engañado, Lorenza, cuando creímos que podríamos constituir una familia teniendo entre nosotros el hijo de otro.

Lorenza. Te adivino. Quieres separarme de él. Eso es lo que me habías prometido? Cuando, después del divorcio yo me encontré sola con mi niño, dije á mis padres que me hablaban de un nuevo matrimonio, que rehusaba á fin de consagrarme toda entera á mi deber maternal. Después viniste tú, tú á quien conocía de mucho tiempo atrás; parecías amar á mi Julián, jugabas con él y era una alegría cuando llegabas; cuando me preguntaste si yo quería ser tu mujer, tuviste para ese bebé las más dulces palabras, me hiciste promesas llenas de ternura, solemnemente; era un padre el que iba á encontrar. Yo me dejé vencer y te dije que sí . . . . . por él.

Girieu. Me amabas sin embargo.

Lorenza. (*Voz baja*). No lo sé.

Girieu. Tú! . . . . . Por qué entonces te casaste conmigo . . . . . Por cálculo quizá?

Lorenza [*de pie y con sus ojos en los de Girieu, pero sin brillo*]. Me asustas! Dios mío será por eso? . . . . . Puede ser. Mi padre no cesaba de representarme que Julián más tarde necesitaría de un protector puesto que el padre, á lo que parece, se habría vuelto indigno . . . . . Por eso me casé contigo, es cierto . . . . . Tú te quejas de que no te amo, Jorge! Ah! cómo mi reconocimiento por tí hubiera sido grande y profundo y afectuoso, y cómo habríase

pronto convertido en amor, si tú hubieras querido!

Girieu. Yo he querido, pero no he podido.

Lorenza. Tanto peor.

Girieu. Sea como fuere, si yo aceptara hoy rehacer nuestra existencia de otro tiempo sería culpable. No podría impedirme odiar á tu hijo y acaso acabaría por odiarte á tí misma. Seríamos tres víctimas. Al replicarte que te separas de él dentro de un mes, dentro de dos meses si tú quieres, te causaría, lo sé, una gran pena que desaparecerá en breve, cuando tú hayas adquirido la certidumbre de que vale más así para la dicha de todos. Lorenza, perdóname si por la primera vez en mi vida, te impongo mi voluntad... Yo te declaro que Julián no volverá á mi casa.

Lorenza. ¿Qué es lo que has dicho?... Ah! pero... qué es pues lo que esperas? Estás loco!

Girieu. Te declaro que no volverá á mi casa.

Lorenza. Pues bien, yo, te declaro á mi vez que no volveré tampoco sin él.

Girieu. Cálmate, querida amiga, y reflexiona. Séamos razonables el uno y el otro y guardémosnos de las decisiones tomadas con cólera. El pequeño Julián, dice el Doctor, no podrá salir antes de quince días, y sin duda tú no querrás dejarlo en este tiempo.

Lorenza. Evidentemente.

Girieu. Quédate pues á su lado. Cuando esté restablecido por completo nos esforzaremos en ponernos de acuerdo, y tengo la certidumbre de que lo lograremos. Consulta á tus padres, reflexiona y déjame creer que volverás á tener mejores sentimientos en lo que ve á mí. (*Lorenza mueve los hombros y va á la puerta de la derecha que entreabre*) Tengo confianza en tu rectitud, querida amiga, y yo.....

Lorenza. *Toda entregada á su hijo, pero sin dureza.* Está bien..... habla menos alto.

Sr. Girieu. Adios!

Ella mira á su hijo. Entran el señor y la señora de Marsanne.

#### ESCENA SEPTIMA.

Lorenza, Señor Marsanne, Señora Marsanne.

Lorenza. [Esforzándose para sonreír]. Es preciso esperar, mis queridos padres, que Julián y yo nos quedaremos en casa de ustedes más largo tiempo del que pensábamos.

Sr. Marsanne. Sí..... [sonrisa].

Sra. Marsanne. Cómo es eso?

Lorenza. El señor de Girieu no quiere ya á mi hijo en su casa y yo estoy decidido á no separarme de él.

Sr. Marsanne. Entonces?

Lorenza. Entonces, si el señor Girieu no cede, yo no le volveré á ver jamás.

Sr. Marsanne. [Sonriendo]. Diabolo!

Sra. Marsanne. [Conmovida]. Qué es lo que dices, mi querida niña!... No hables así. No piensas en volver á ver á tu marido, veamos... Está loca... Debe llegar un momento en que todo se arregle. Razonaremos con el señor Girieu y cederá.

Lorenza. No cederá.

Sra. Marsanne. Entonces eres tú quien....

Lorenza. Yo? Jamás... Ah! Dios mío! por qué habéis hecho que me casara con él.

Sra. Marsanne. Mi querida Lorenza! ¿Es que no eres feliz?

Sr. Marsanne. [A su mujer sonriendo]. Vaya! vaya! pero tú no vas á tomar eso á lo serio según creo! Dejád á dos de ellas juntas y podeis estar seguro de que la una exaltará á la otra cuando se trata de sentimiento y las dos dirán tonterías, llorarán y decidirán locuras. No hay en esto, sencillamente, más que una querella amorosa. Lo mejor para que se apacigüe pronto, es no mezclarse en ella, creeme. Quiéres que yo te prediga lo que va á pasar? Dentro de diez días, cuando el bebé esté en pié, no pensarán ya ni el uno ni el otro en lo que se han dicho ahora y se irán á su casa del brazo llevando á Julián de la mano.... [gesto de la señora Marsanne]. Vaya.... Yo conozco el corazón humano, no es verdad? He visto acaso muchos otros en mi carrera.

Sra. Marsanne. Ciertamente, pero....

Sr. Marsanne. Yo respondo de la felicidad de Lorenza y de su marido. Yo respondo, entiendes?... Este matrimonio soy yo quien lo ha hecho, puedes, pues, estar tranquila... Cuando á pesar mío se casó ella con el señor Chantrel, no te predije acaso lo que sucedió?... No te dije, «eso no durará?»

Sra. Marsanne. Es cierto.

Sr. Marsanne. Ya lo ves. Ahora con la misma certidumbre, te declaro que yo respondo de la unión, porque reposa, no en el amor frágil y efímero, sino en garantías serias, basadas en la simpatía de los caracteres, en una real comodidad de sentimientos y de intereses. El señor Girieu, yo lo conozco, es un hombre serio y de juicio sano. Se necesitaría que Lorenza estuviese loca para no reconocerle las más raras cualida-

des.... Vamos, ya he dicho demasiado, [sonrisa]. Vuelvo á mis quehaceres.... [besa á Lorenza]. Y no hagamos más locuras. [sale].

Lorenza. Madre, se engaña, y la cosa es más grave de lo que él cree.

Sra. Marsanne. Tu padre siempre tiene razón.... Tú no lo ignoras.... Ahora.... tú sabes.... si te quedas aquí largo tiempo con tu niña.... yo no me quejaré por cierto.....

Lorenza. Tú, tú eres una madre. [La besa].

Luisa [entrando]. El señor Chantrel viene á preguntar por el niño Julián.

Lorenza. El señor Chantrel.... dígame que pase... [á su madre]. Se trata de su hijo, y lo menos que se puede hacer es ponerle al corriente. Además, es preciso que le diga que no vuelva. Déjanos, madre.

La señora Marsanne sale.

#### ESCENA OCTAVA.

Lorenza, Raymundo.

Raymundo. Está menos bien?

Lorenza. No..... me da usted miedo.... Quién le ha dicho á usted?....

Raymundo. Nadie. Pero me parecía ver á usted inquieta.

Lorenza. (que ha ido á entreabrir la puerta de la derecha). No, duerme como siempre. Venga usted á verle.

Raymundo. Qué tranquilo aspecto tiene ahora.

Lorenza. No es verdad?.... pero se despierta....

Raymundo. No.....

Lorenza. No? Toma la almohada en los brazos. No ha visto usted? (ríe.)

Raymundo. Sí, ha cogido la almohada. (ríe.)

Lorenza. Chut! (Cierra la puerta.) Ha visto usted á ese pobre adorado.... Ese gestecito tan lindo que ha hecho.... con un aire de seriedad.... (dulcemente se echan á reír los dos.)

Raymundo. Y luego se vuelve á dormir..... Lo habría uno besado con placer!

Lorenza. (Feliz.) Sí. Pero ahora, ahora no.... Sólo que eso sí, yo desquitaré mis besos cuando sea permitido.

Raymundo. Se acuerda usted del día en que la punta de mi bigote le entró en el ojo en tanto que yo le acariciaba?

Lorenza. Sí! Sí..... Reímos tanto.

Raymundo. Qué fué lo que me dijo?

Lorenza. (Siempre alegre.) Lo ha olvidado usted.... Busque.... Yo sí me acuerdo.... Le dijo: «Cuando yo tenga bobote».... (Rompiendo á llorar bruscamente.) Dios mío, Dios mío, pobre de mi hijo. Y pensar que no tiene papá.

Raymundo. Lorenza!

Lorenza. (Volviendo á su acuerdo.) Le pido á usted perdón..... Mire, yo quería hacerle saber lo que ha pasado. El señor de Girieu ya no quiere tenerlo en su casa.... Entonces, yo he dicho al señor de Girieu, que yo no abandonaría al niño. Y por eso nos quedamos aquí Julián y yo. Era muy natural que usted supiese.... y como me dijeron que usted llegaba, justamente en el momento en que eso acababa de ser decidido.... yo no reflexioné.... quise informarle á usted yo misma..... he ahí todo.

Raymundo. Ah! Lorenza, por qué no haberme perdonado! Ha sido usted implacable!

Lorenza. Sí.

Raymundo. Huyó usted rehusando escucharme.

Lorenza. Sí.

Raymundo. Mis cartas me las devolvió usted sin leerlas.

Lorenza. Sí.

Raymundo. Por qué?

Lorenza. Me había hecho usted sufrir tanto!

Raymundo. Yo era para usted como si ya no existiese.

Lorenza. Yo le amaba tanto, Raymundo! Yo le creía tan diferente de los otros hombres, tan por encima de ellos!.... Ah!... cuando de pronto me apareció usted.... parecido á todos los demás, entonces, sufrí en efecto, más allá de todo lo que puede decirse.... Usted, el elegido de mi corazón, volvió á entrar en el rebaño trivial de los don Juanes y de los engañadores. Cuando se vió usted obligado delante de mí á confesar su falta proclamada por aquellas cartas, ya no quise verle, y vine á arrojarme á los brazos de mamá como una pobre niña enloquecida y moribunda.... Aquí me han consolado y la noticia causó poca sorpresa á mi padre que no quería á usted. Nada se hizo para calmarme; mi odio se excitó en la soledad; cuanto más se mecompadecía más culpable me parecía usted. Las cartas que usted me escribió entonces!.... Ah! esas cartas que yo adivinaba llenas de arrepentimiento.... Tenía el secreto deseo de leerlas, pero una vez había dicho que no las abriría jamás y me creí comprometida por esta palabra que se escapó á mi cólera.... Admiraban lo que llamaban mi carácter y mi valor. Después, como había di-

cho también que jamás volvería con usted, se habló de divorcio.... y los abogados se mezclaron y todo lo embrollaron, lo dramatizaron todo, lo hicieron todo público con sus laberintos y su papel timbrado. Desde que ellos tuvieron entre manos nuestro honor y nuestra dicha, mis pudores y nuestros secretos, jugaron con todo eso, con mi pena y con nuestras existencias, y cuando yo les ví entre usted y yo, sentí que ya todo había acabado. No le encontré á usted sino en el pasillo trivial y triste del Palacio de Justicia, donde el uno y el otro esperábamos comparecer ante el magistrado que según la ley debe hacer una tentativa de conciliación entre los esposos.... me habían acompañado; cuando estuvimos solos con el juez, estuve á punto de estallar en sollozos cayendo en los brazos de usted, pero persistí en ese «valor» que me había valido tantos elogios y respondí lo más seca y duramente que pude!.... Y esta es la historia de mi divorcio y la de tantos otros, sin duda he aquí como he sido víctima de esa ley implacable y maligna, hecha para casos excepcionales, que vuelve definitivas tantas malas inteligencias, que cierra la puerta á los perdones recíprocos y á las consoladoras generosidades.

Raymundo. Ay! Ay! usted me había colocado demasiado alto Lorenza! Que palabras decirle para hacerme perdonar! Usted me había creído un héroe; si usted supiese de qué bajezas, de qué apetitos de animales y de qué debilidades está hecha la conciencia de un hombre honrado!

Lorenza. Ahora ya sé que no deberíamos esperar poseeros todos enteros y que ser engañados es la fatalidad común á todas las mujeres. Cuán lejos está la vida de darnos lo que se nos ha prometido en su nombre! Cuánto más bello era lo que yo había soñado!

Raymundo. Adivíneme usted, Lorenza, y créame si le digo que mi amor para usted jamás se ha debilitado y que usted ha seguido siendo para mí la bien amada, la respetada, la elegida. No tiene usted por qué estar celosa: lo que tengo de mejor en mí no se ha debilitado. Déjeme acabar, déjeme decirle, que el descubrimiento que usted hizo de mi crimen me reveló repentinamente todas las ignominias de ese crimen, me hizo comprenderlo miserable que yo era, arriesgando comprar mis placeres fugitivos al precio de toda su dicha de usted y que esta crisis fué saludable. Lorenza, en el momento mismo en que usted huyó de mí fué cuando yo iba á ser todo lo que usted había soñado; su dolor había sido una redención, la vista de sus lágrimas iba á librarme de las servidumbres ordinarias y á preservarme de las triviales capitulaciones! Ah! si usted hubiese leído mis cartas habría tenido la prueba de tales remordimientos, habría encontrado usted tales esperanzas que me habría perdonado! Y si el perdón no hubiese venido luego, después de largos meses de una ternura inesperada, y de un arrepentimiento evidente, habría usted sido al fin indulgente y piadosa. Es cierto esto? Ah! dígame si esto es cierto!

Lorenza. Es que el deber no consiste siempre en perdonar?

Raymundo. (De pié) Entonces..... por qué pues, con ese matrimonio inmediato se ha hecho todo imposible? Qué prisa tenía usted entonces de poner lo irreparable entre nosotros?

Lorenza. La prisa no fué yo quien la tuve..... Su traición de usted había hecho el vacío en mi cerebro y mi corazón. Yo no comprendía ya nada, yo no sabía ya nada, y me alegré de que una voluntad se sustituyese á la mía, me ahorrara la fatiga y el embarazo de una decisión. Mi padre intervino..... Yo me puse en sus manos. Yo le dije: «Haz lo que quieras, pues que tú sabes mejor que yo, donde está mi felicidad.....» Y él me habló de mi hijo, que tenía necesidad de un sostén. Tuve miedo de ser una mala madre y cedí. He aquí toda la verdad.

Raymundo. Ah! mi pobre, mi querida amiga.... Si usted supiese lo que yo había imaginado.... Yo había llegado á creer.... Oh! cómo he sufrido, Lorenza! y me perdonará usted si ahora le digo que no estoy aún libre de esa pesadilla. Yo había llegado á pensar que usted había amado siempre al Sr. de Girieu.....

Lorenza. Yo!.....

Raymundo. Y que mi falta había sido para usted la ocasión bien acogida de una liberación.... Sí, esto es lo que yo he creído.

Lorenza. Es falso!

Raymundo. Cuando supe su próximo matrimonio... Si pudiese usted saber qué día de lágrimas y de locura en el sufrimiento fué ese! Yo me debatía contra esta verdad, contra este hecho como contra una pesadilla... Y el día mismo en que usted fué con él á la alcaldía, á repetir el propio juramento que me había hecho á mí!.... selo juro, Lorenza, expié todas mis faltas.... y creo que los crímenes más monstruosos, serían absueltos por los sufrimientos que yo experimenté! Resistí á los impulsos de asesinato y de suicidio!.... Esta

crisis terminó con una ruptura repentina de todas mi energías. . . . y á cada hora de la noche, en medio de un dolor impotente de niño abandonado, os he llamado á los dos, con vuestros nombres: Lorenza! Julián! sollozándoles alternativamente!

Lorenza. Raymundo! Raymundo! pobre Raymundo! Raymundo. Me compadeces, no es verdad? Bendita seas, Lorenza, por tu bondad de ahora! . . . . Al pronunciar mi nombre como acabas de pronunciarlo, con esa ternura y esa dulzura has reparado yo creo, todo el mal que me has hecho (se levanta, le toma las manos y le habla viéndole los ojos.) Ves claro en tu alma ahora? . . . Reflexiona y descubre tú misma el secreto que no osas confesar y que me llena de una alegría infinita. Tú no has cesado de amarme, Lorenza.

Lorenza. (Desprendiéndose sin esfuerzo.) Se engaña usted!

Raymundo. Yo me engaño. Te has casado con otro porque te forzaron, por una falsa concepción de tu deber de madre. . . .

Lorenza. (Debatiéndose contra sí misma.) Yo no le amo ya, Raymundo, yo no le amo.

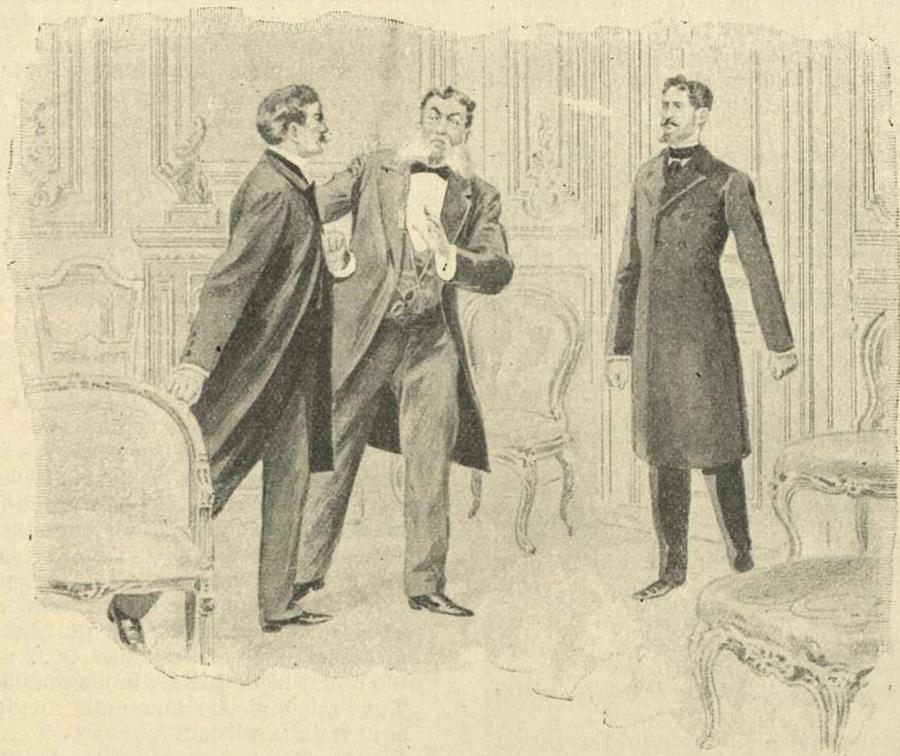
Raymundo. Tú me amas! Tú me amas! Tú me amas! Quieres que te dé pruebas? Si tú no me amas, ya, por qué pues, hace un momento nos arrojamos el uno en brazos del otro cuando supimos que nuestro hijo estaba salvado, nuestro hijo, entiendes? nuestro hijo, hecho de tu carne y de la mía, nacido de nuestro amor, nacido de los besos que yo te he dado y que tú me has devuelto! Si tú no me amas ya, por qué pues no has tenido ni un alágrima, ni una pena ante la idea de separarte del otro, del otro, del extraño que no quiere en tí sino á la hembra, y á quien le es imposible amar en tí como yo lo hago á la mujer y á la madre! . . . En fin, si tú no me amas ya, por qué estás ahí, Lorenza, turbada, enloquecida, palpitante al oírme hablarte de nuestro amor! Yo te amo, esposa mía y tú me amas, yo te lo digo, yo te juro, me amas y siempre me has amado.

Lorenza. (Con voz sin matices.) Sí. . . . tienes razón. . . . Pero al descubrir esto no hacemos más que volvernos más desventurados todavía!

Se deja caer sobre una silla.

Raymundo. Ay! . . . Si, al descubrir esto no hemos hecho otra cosa que volvernos más desgraciados.

Quédanse un momento silenciosos, mirando cada uno hacia delante, anonadados, desesperados, en un abatimiento profundo.



## ACTO TERCERO.

LA MISMA DECORACION.

ESCENA PRIMERA.

Lorenza, sola; después Luisa.

Al levantarse el telón, Lorenza acaba de escribir una carta; la lee reflexiona, la pone bajo una cubierta y escribe las señas. Vuelve un momento y llama. Suspira como aquel que se quita un peso de encima. No está triste. Sale Luisa.

Lorenza. Diga usted que lleven inmediatamente esta carta al señor de Girieu.

Luisa. Bien, señora.

Lorenza. Cuando venga el señor Chantrel, ruéguele usted en mi nombre que venga á verme.

Luisa. El señor Chantrel acaba de llegar.

Lorenza. Introdúzcalo usted aquí.

Luisa. Muy bien, señora. He de salir con el señorito Julian?

Lorenza. No.

Luisa. No? Vea la señora que el tiempo está muy hermoso.

Lorenza. No importa. Su padre va á salir de Francia y tiene que despedirse de él. Vaya usted, Luisa.

Sale ésta. A poco vuelve para introducir á Raymundo.

### ESCENA SEGUNDA.

Lorenza y Raymundo.

— —

Sin emoción visible y con toda naturalidad le da la mano Lorenza.

Lorenza. Recibió usted ayer la visita de Julian? Dispuse que al salir por primera vez fuera á ver á usted. Cómo lo encuentra?

Raymundo, [sombrio]. Enteramente restablecido. Eso me ha consolado tanto! Piense usted que, para obedecerla—pues me hizo prometer que no volvería á esta casa,—no veía á mi hijo desde que supimos que estaba fuera de peligro. . . . Ha sido usted muy cruel alejándome de él y. . . . de usted.

Lorenza. Era preciso.

Raymundo. Eso ha sido muy doloroso. Diariamente recibía una carta de usted que me ocupaba en contestar por la noche, y esto me hacía más sensible no verla. Ahora, quiere usted que salga de Francia.

Lorenza. Usted se ha comprometido á hacerlo así. Quiere usted, Raymundo, que leamos su carta? He consentido en esta última entrevista porque usted me ha dado su palabra.

Raymundo. Usted me destierra! Qué hará usted cuando yo me haya ausentado? [Pausa. Marcando las sílabas]: Sé-ño-ra de Gi-rieu! . . . . Cada vez que he tenido que poner esto en el sobre escrito desde hace quince días, me sentía estupefacto ante ese nombre extraño que designa á usted y que era preciso escribir para que usted recibiera los testimonios de mi arrepentimiento y mis protestas. . . . Ah!

Lorenza. Ya no volveré á ver al señor de Girieu.

Raymundo. Quién sabe?

Lorenza. No me cree usted! Cuando el señor de Girieu tuvo la seguridad de que Julián volvía á su vida ordinaria, quiso que me pusiera de acuerdo con usted para elegir la casa en que ha de vivir

Raymundo, [dolorosamente]. Y será verdad que usted nunca lo ha amado! . . . Oh! pensar que nada, nada, nada, podrá borrar lo que entre usted y él ha existido. . . .

Lorenza. Ah! Raymundo! . . . Ya usted ve que es necesario que nos separemos!

Raymundo. Perdóneme usted, Lorenza. . . . Soy un desdichado. . . . Olvido que fuí el primer culpable. . . . Se lo juro á usted, no le volveré á decir una sola palabra de lo que esto me hace sufrir. . . . Mas aún, me esforzaré por no sufrir.

Lorenza. Vaya usted á besar á su hijo y parta.

Raymundo. Partir! Ahora que he vuelto á ver á usted, no tengo fuerzas para ausentarme.

Lorenza. Imíteme usted y resígnese.

Raymundo. Pero reflexione usted qué es lo que me pide. Privarme de usted mañana, indefinidamente, para siempre! Ni siquiera tener la esperanza de un encuentro fortuito, de verla al pasar, desde lejos! . . . . Perderla ahora que sé que me ama! Lorenza, piensa usted en lo que va á ser mi vida; imagínese lo que serán mis días en el destierro y la angustia de mi soledad. Mientras esté yo solo, sin amor, sin una sonrisa, sin una caricia infantil, sabré que en un lugar del mundo—tal vez en el hogar de otro hombre,—hay un niño que es mi hijo, una mujer que ha sido mi esposa, que es mía aún, puesto que dice que me ama! Ah! Lorenza, me despedazas el alma, me matas. . . . ten piedad! No puedo abandonarte, no puedo, no puedo! [Llora].

Lorenza. [Conmovida.] No llore usted, Raymundo, se lo ruego, se lo ruego por Dios! ¿No ve usted que apenas puedo contener mis lágrimas? Amor mío, no llores, no llores más, que me desgarras el corazón! . . . . Raymundo! Raymundo! ánimo usted; ya no tengo energía para resistir. Sea usted fuerte, sea usted bueno y en vez de quitarme el valor, ayúdeme. Raymundo, ayúdeme!

Raymundo. Para qué separarnos si nos amamos?

Lorenza. Reflexione usted, Raymundo, y verá como yo, que esto es indispensable. Piense usted en lo que nos espera si usted se empeña en quedarse. Piense usted en la caída fatal, en las mentiras y en las cobardías que nos mancharían. No! no! que no haya una infamia entre nosotros, que no se envilezca así nuestro amor resucitado. . . . Vamos, míreme usted. Dejemos para otros las mezquinas combinaciones de los amores vergonzantes y clandestinos. Nosotros valemos algo para rebajarnos de ese modo; tenemos orgullo. Entre el sufrimiento y la baja, elegiremos el sufrimiento. Nuestro amor no es de los que se satisfacen con la posesión furtiva; no! guardémoslo muy puro, elevémoslo y luego subamos nosotros á esa altura. Si yo cediera á sus ruegos, usted se avergonzaría de mí; quiero toda su estimación y por eso resisto contra usted. . . . y contra mis propios deseos! . . . . Aceptemos el sacrificio; eso es lo que pide la nobleza del alma, para que al cambiar nuestras miradas límpidas podamos decirnos que hemos hecho una cosa rara y bella, porque habremos pagado con muchos dolores el derecho á un poco de orgullo. Vamos, usted me lo ha escrito y me lo ha prometido. . . . Recuerde usted sus cartas. . . . Parta usted. . . . Lo amaré más si no vacila.

Raymundo. Será necesario obedecer.

Lorenza. Sí [con una caricia discreta.] Gracias. . . . Es cosa convenida, usted parte. Va usted á realizar uno de esos proyectos de que me ha hablado, á cultivar las posesiones, abandonadas hasta hoy, que tiene en Túnez. Allí se formará usted una nueva existencia, y entre tanto yo velaré por Julián. Cuando tenga doce años se irá con usted. Para entonces yo habré depositado en su corazón las cualidades de bondad y rectitud que tanto admiramos, y luego usted acabará de hacer de él un hombre. Adiós.

Raymundo. Adiós.

Raymundo está sentado en el canapé, con la cabeza entre las manos. Lorenza pasa detrás de él, llora silenciosamente, se caen sus lágrimas y sin que la vea Raymundo le envía con ambas manos un beso del alma.

Raymundo. [Levantándose.] Voy á besar á Julián, y parto.

Lorenza. [Conteniéndose.] Eso está muy bien. Adelante.

Raymundo. Por última vez pido perdón por mis faltas, por haber acibarado su existencia y le doy las gracias porque me ama á pesar de todo el mal que le he hecho. Siento que la amo con el amor más poderoso que jamás inspiró mujer alguna. Ahora la dejo para siempre.

Lorenza. [Conteniéndose apenas.] Váyase usted, por favor! . . . . Adiós!

Raymundo. Adiós!

La besa en la frente largo rato. Lorenza, muy conmovida, se desprende suavemente y vencida por la emoción se deja caer en una silla.

Lorenza. [En voz baja.] Dios mío!

Raymundo. [Cae á sus piés y reclina la cabeza sobre las rodillas de Lorenza.] Te amo! Te amo! [llora.]

Lorenza. [Desesperada.] Déjame... Vete!  
Raymundo. [Levantándose y rodeándole el cuello con su brazo.] Te amo.

Lorenza. No!... No!... Véte, véte! Ah! [Casi desvanecida, deja caer la cabeza sobre el respaldo de la silla.]

Raymundo. Ah! Te amo! [Le besa los labios. Se pone en pié.] Perdóname! Perdóname, Lorenza! Te lo ruego, perdóname! (Ella llora silenciosamente. Raymundo le coge la cabeza y se la levanta.) ¿Me perdonas?

Lorenza. Que te perdone? Pero si te adoro! (Lorenza le cubre la cara de besos y luego reclinando su cabeza en el hombro de Raymundo, continúa: Véte! Te lo ruego, véte! (se yergue) Ah! Dios mío, Dios mío!... Váyase usted, Raymundo!... ¿Qué he hecho? qué he hecho? Ahora más que nunca es necesario que usted se vaya.

Raymundo. No!

Lorenza. Es necesario!... Usted lo vé... Es necesario... Escúcheme usted, Raymundo, mientras yo sea la esposa del señor de Girieu jamás perteneceré á usted. Acabo de ver á qué peligros nos exponemos si nos volvemos á ver. Escúcheme usted, Raymundo; si usted no se va, y al instante, entiende usted... si abusa de mi debilidad y de mi desgracia, lo odiaré, se lo juro por nuestro hijo, usted ya no sería nada para mí. Váyase.

Raymundo. Pero...

Lorenza. (Con las manos juntas y muy tiernamente.) Te lo ruego!... Ahí está Julián... Vamos...

Raymundo va á salir. Luisa entra.

Luisa. Señora, el señor de Girieu.

Lorenza. El señor de Girieu!

Raymundo. (Con cólera.) El! Ya ve usted!...

Lorenza. Espere, espere usted. (A Luisa.) Diga usted á mi padre y á mi madre que vengany en seguida introducirá usted al señor de Girieu.

Sale Luisa.

Raymundo. No me iré antes de saber lo que quiere.

Lorenza. Lo sabrá usted. Vaya (sale Raymundo).

Luisa que sale por la puerta de la izquierda, hace entrar al señor y á la señora Marsanne y luego sale por el fondo.

Sr. Marsanne. ¿Qué ocurre?

Entra el señor de Girieu.

### ESCENA TERCERA.

*El Señor y la Señora Marsanne, el Señor Girieu y Lorenza.*

Girieu. Acabó de recibir tu carta, Lorenza, y veo que quieres una separación.

Lorenza. No he sido yo sino tú quien la ha querido.

Girieu. ¿Cómo es eso?

Lorenza. Bien lo sabes.

Girieu. Te ruego que lo repitas.

Lorenza. Quiero que Julián esté á mi lado y tú desees tenerlo lejos de nosotros.

Sr. Marsanne. No ignoras que es por su bien?

Lorenza. No; ese es el pretexto. La verdadera razón es otra.

Sra. Marsanne. Sin embargo, no puedes pensar en separarte de tu marido, hija mía.

Lorenza. Una vez más diré que no he sido yo quien ha cambiado; el señor de Girieu ha tenido exigencias que yo no puedo aceptar. El es, pues, la causa de nuestra desunión.

Girieu. Es verdad... Lorenza, voy á demostrarte que no soy el tirano que quieres ver en mí. Te pedía el alejamiento de Julián en su propio interés y en el nuestro, aunque reconozco que lo que más me preocupaba era nuestra dicha, es decir, la tuya y la mía. Te opones á mis propósitos y antes que hacer un sacrificio, estás dispuesta á abandonarme. He querido dejarte tiempo para reflexionar y estás aún inflexible... Yo seré, pues, quien ceda.

Lorenza. ¿Qué dices?

Girieu. Renuncio á todo lo que pretendía y vengo á rogarte que olvides lo que llamabas mis exigencias y que vuelvas á ocupar tu sitio en nuestro hogar, llevando á tu hijo. No podré prometerte que se acabarán mis sufrimientos, pero puedo jurar que jamás te hablaré de ellos. No puedo ofrecerte que lo he de amar; pero te juro que obraré como si lo amara, haciendo que él mismo lo crea.

Sr. Marsanne. Perfectamente! Señor de Girieu. Es usted un gran corazón y no me había engañado...

Sra. Marsanne. [A Lorenza.] Vamos, ¿por qué no abrazas á tu marido?

Sr. Marsanne. Nada contestas. Pues qué es lo que te pasa?

Lorenza. [Al señor de Girieu.] Estoy muy conmovida, señor, llena de gratitud por el esfuerzo que usted ha hecho. Sé que le ha costado mucho dominarse; pero no puedo aceptar lo que me ofrece.

Sra. Marsanne. Qué dices?

Sr. Marsanne. No digas eso.

Girieu. Tú no me has comprendido.

Lorenza. Sí.

Girieu. Y rehusas?

Lorenza. Absolutamente.

Girieu. Y qué piensas hacer?

Lorenza. Mi intención es vivir aquí, si mis padres lo permiten, y consagrarme por completo á mi hijo.

Sra. Marsanne. No piensas en la gravedad de lo que vas á hacer... en la separación, en lo que dirán de tí... El señor de Girieu tiene buen corazón, te ama y hará lo posible por amar á tu hijo. Podedis vivir los tres tranquilamente, gozando de la estimación y del aprecio general. No tendrás la dicha perfecta, porque no venimos á este mundo para ser completamente felices. No. Vivimos aquí para sufrir unos por otros y no podemos disminuir el sufrimiento sino aceptando algunos sacrificios y cumpliendo nuestros deberes.

Girieu. Y bien, Lorenza?

Lorenza. Señor de Girieu, esta es probablemente la última vez que hablaremos. Tengamos, pues, el valor de decir en alta voz lo que sabemos y lo que hemos descubierto dentro de nosotros mismos. Cuando me casé no lo amaba, quise que mi hijo tuviera alguien que lo amparara. Mentí? Tal vez. Usted por su parte no amaba á Julián; pero para obtener mi cariño fingió usted un afecto que jamás ha sentido. Ha habido en el origen de nuestra unión una doble mentira que hoy pagamos. La verdad es que á pesar de nuestro matrimonio somos el uno para el otro dos extraños: no nos unen más que esos frágiles lazos que atan el notario y el juez, y nada más. No formamos unafamilia. Así como sólo el amor constituye un matrimonio, sólo el hijo crea la familia. La hemos querido formar usted y yo con el hijo de otro: esto no podía ser; la paternidad no se decreta.

Sr. Marsanne. Olvidas una cosa, que hay viudas, madres que se vuelven á casar y...

Lorenza. Sí, pero yo no soy viuda... El padre vive y porque él vive el señor de Girieu no puede amar á mi hijo.

Girieu. Y porque él vive usted no me ama ya.

Lorenza. [Abrumada.] Tal vez.

Girieu. Es usted despiadada.

Sra. Marsanne. Sí, eres dura, hija mía.

Girieu. Te lo suplico.

Lorenza. No! no! no!

Sr. Marsanne. Ya basta, Lorenza, el señor de Girieu es demasiado bondadoso rogando como lo hace. No comprendo que te resistas á creer en sus promesas y que su afecto no desarme tu orgullo. No tienes ninguna razón para rechazarle, supuesto que hace tres semanas eras feliz. Lo que pide tu marido es reanudar una vida que habían interrumpido. Cede por su parte y te hace promesas cuya sinceridad tú no puedes negar. Te conduces como una mujer desprovista de razón, y es doloroso para mí que soy tu padre, decir que no tienes la justicia en este debate y que no mereces tanto afecto, tanta deferencia y tanta bondad.

Sra. Marsanne. Lorenza, llenas de amargura y dolor nuestra vejez.

Sr. Marsanne. Nos haces desgraciados á todos.

Lorenza. Todos somos responsables de lo que sucede.

Sra. Marsanne. Yo, Lorenza?

Sr. Marsanne. Yo?

Lorenza. Tú.

Sr. Marsanne. Tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber.

Lorenza, (sin dureza.) Tu deber no era alentarme para pedir el divorcio.

Sr. Marsanne. Lo he hecho por tu bien.

Lorenza, (con el mismo tono). Sí, lo sé. Lo has hecho por mi felicidad. No soy, por desgracia, la única á quien habrán hecho desgraciada sus propios padres, formulando esa excusa.

Sr. Marsanne. Eso es demasiado! Me reprochas... pero recuerda!

Sra. Marsanne. Recuerda!

Sr. Marsanne. Llegaste aquí sollozando, desesperada.

Sra. Marsanne. Dijiste que primero morirías que volver con...

Lorenza. Sí! Debí haberme advertido que todo era cosa corriente y que vale más un matrimonio mediocre que un buen divorcio... Debí de haberme abandonado á mis instintos de mujer y de madre que me habrían inspirado el perdón.

Sr. Marsanne. Reflexiona... habías abandonado á tu marido...

Sra. Marsanne. Tu felicidad estaba aniquilada y tu matrimonio era un imposible.

Sr. Marsanne. Nada quedaba ya de todo el pasado! Lorenza, (con pasión). Quedaba un hijo!... Un hijo, víctima designada para recibir todos los golpes que quisiéramos darle. Por él era preciso impedir la desunión de los padres, y no hacer de mí ese ser incierto, esa viuda con marido, que se llama una mujer divorciada, y de mi hijo, uno de esos huérfanos sin luto á quien es imposible

adoptar. Tú has sido culpable con tus consejos; yo lo he sido, escuchándolos. Ah! si al menos mi desgracia fuese provechosa á los demás! Quisiera gritar á todas las que son lo que yo era entonces: «Haced lo que queráis si vuestra unión ha sido estéril; casaos, divorciaos, sois libres y sólo vosotros sufrireis. Pero si tenéis un hijo... si de vuestros besos ha nacido un ser débil y hambriento de caricias, no tenéis el derecho de destruir la familia fundada por él y para él. No tenéis ese derecho!... Vais á ser desgraciadas?... No importa! El porvenir de un hijo bien vale la felicidad de una madre!»

Girieu. En usted no sólo habla la madre, Lorenza, usted se ha traicionado; si se defiende con tanta pasión, es porque esa resistencia tiene razones que usted no dice. Usted ama al señor Chantrel.

Lorenza, (primero se queda estupefacta y después de un largo silencio). Sí.

Sr. Marsanne. Desgraciada niña!... Te atreves á confesar...

Lorenza. Luego es preferible mentir?

Sr. Marsanne. No haga usted caso, Sr. de Girieu, no haga usted caso... (á Lorenza.) Ya no sabes lo que dices. Es necesario que advertias que esta oposición á tu marido podría él considerarla como una injuria grave. Añades á una ofensa otra más cruel aún, puesto que olvidas que eres la esposa del Sr. de Girieu y que el matrimonio es una cosa seria.

Lorenza. Pero, padre mío, tú sabes que el matrimonio no es hoy sino un contrato que se rompe fácilmente.

Sr. Marsanne. Pero en fin... creo que no pensarás en divorciarte por segunda vez.

Lorenza. Puesto que el matrimonio es un arrendamiento, creo que es susceptible de más de una rescisión.

Girieu. (A su mujer.) Vaya usted hasta el fin y diga con franqueza lo que desea...

Lorenza. [Al Sr. de Girieu.] Le aseguro á usted que no tengo las intenciones que supone. El Sr. Chantrel va á salir de Francia y ya no le volveré á ver. Cuando usted entró nos separamos, diciéndonos adiós para siempre. En estos momentos está allí y se despide de su hijo. Nos amamos, es verdad, pero se va y yo lo que quiero es quedarme sola con mi hijo.

Girieu. Vuelvo á suplicárselo á usted, Lorenza, y lo imploro con todas las fuerzas de mi ser. Créame, créame usted, y vuelva con su hijo al hogar que pretendía dejar abandonado.

Lorenza. No puedo.

Girieu. Por qué?

Sr. Marsanne. Esto ya es demasiado! Dí el motivo.

Sra. Marsanne. Da alguna razón.

Lorenza. Ya he dicho por qué y he dado mis razones.

Girieu. Ninguna de ellas aceptable.

Lorenza. Sí, dos: la primera que usted no ama á mi hijo y la segunda, que yo no le amo á usted.

Girieu. Que no me ama... esa es la excusa! Y usted cree que voy á sufrir sus caprichos, á inclinarme ante ellos y á dejarla seguir la vida que ha elegido! Se engaña usted, y puesto que el razonamiento no cabe en su cerebro estrecho y el corazón endurecido es insensible á todas mis súplicas, cambiaré de actitud, y ya que me veo obligado, emplearé todos los medios de defensa, todos, y con energía, se lo aseguro á usted. No quería hablar de mis derechos... pero ya que es preciso, hablaré...

Lorenza. Sus derechos!... Un derecho que no tiene más apoyo que el Código, no está distante de ser una injusticia ó una crueldad.

Girieu. Seré pues injusto, si es necesario, y cruel también, si usted me obliga. Y en cuanto al hombre á quien usted prefiere y que ha venido como un ladrón á sorprender mi compasivo corazón, aprovechando la enfermedad de un niño para robarme el cariño de usted, en su presencia voy á decirle lo que es y á darle la satisfacción de que usted sienta subir á la cara el sonrojo por ese mismo á quien ama.

Dirigese hacia la puerta de la derecha.

Lorenza. [Cerrándole el paso.] No!... No!...

Sr. Marsanne. Sr. de Girieu, cálmese usted, se lo suplico; no haga usted un escándalo que lamentaría...

Sra. Marsanne. [Llorando.] Dios mío! Dios mío!... Van á matarse!...

Girieu. [Detenido por el Sr. Marsanne, á Lorenza.] Tiene usted miedo por él. (A voz de cuello.) Sr. Chantrel, no me oye usted?

Sr. Marsanne. Se lo ruego, reflexione usted... cálmese. Tal vez ya salió!

Sra. Marsanne. (Al mismo tiempo.) Dios mío! Dios mío!

Girieu. No ha salido... Se oculta como un cobarde!

Raymundo. (Saliendo.) No señor, no me oculto. Aquí estoy... ¿qué tiene usted que decirme?

## ESCENA ULTIMA.

Los mismos.—Raymundo.

Lorenza. Raymundo! Raymundo! No le dé oído.  
 Raymundo. (Desprendiéndose de ella con suavidad) Por favor.....  
 Sr. Marsanne. Sr. de Girieu.  
 Girieu. (Imperiosamente.) Déjeme usted. (A Raymundo.) Le he llamado á usted para decirle esto. Ha cometido usted un acto de cobardía. (Movimiento de Raymundo.) Nada de gestos inútiles, Señor. Si quiere usted un duelo nos batiremos, sin necesidad de recurrir á vías de hecho, se lo aseguro.  
 Raymundo. Cuento con su ofrecimiento.  
 Girieu. Pero quiero aquí, delante de esa mujer, que lleva el nombre de la Sra. de Girieu, entienda usted? y delante de todos, quiero obligarlo á bajar la cabeza y á confesar su infamia. Es usted la causa de la catástrofe de esta casa. Se casó usted con una señorita á quien yo amaba y la traicionó!.....  
 Raymundo. La falta que haya cometido sólo ella puede reprochársela, y ella que fué la víctima, me ha perdonado.  
 Girieu. Y cómo ha obtenido usted el perdón? Ah! Lo felicito por su habilidad.  
 Raymundo. Le prohibo á usted que diga....  
 Girieu. Me prohíbe usted!..... Quisiera yo saber quién de los dos puede prohibir algo al otro... Le he hablado á usted del mal que le causó á Lorenza; pero nada le he dicho aún de las torturas que he sufrido por usted.... Dos veces he sido su víctima. Después de su traición, creí que al amparar á la infeliz mujer descepcionada, había logrado la felicidad.... Sí, lo sé, tengo quince años más que usted y era mucha felicidad para mis cabellos grises; pero ella consintió y yo veía por fin, en el ocaso de la vida, la milagrosa realización de un sueño. No conocía la dicha, pues viví siempre en la tristeza, y al fin podía esperar que mis días terminarían dulcificados con su ternura, sí, con su ternura.... Pero se interpone usted de nuevo en mi camino.... y me la arrebató! Me hace más desgraciado que los más infelices, me martiriza, me mata.... Ha destruido usted mi última esperanza.... Y sufro á tal grado, que en vez de estrangularlo como quisiera, apenas puedo contener los sollozos.... Sí, poco me falta para llorar, para llorar y delante de usted! yo, el vencido, yo, que mañana seré un anciano, delante de usted, joven y orgulloso vencedor.... vencedor! lo es usted tal vez, pero por qué medios!..... Ha burlado usted mi debilidad: ha apelado á la generosidad de mi alma para robarme más fácilmente, para asesinarme. Recuérdelo usted.... Me suplicó que le permitiera permanecer junto al lecho de su hijo enfermo, y cuando yo vacilaba, cuando mi edad madura se sentía inquieta ante las potencias de su juventud y los peligros del recuerdo, usted me suplicó; cuando yo estaba celoso, lo diré, usted imploró con sus lágrimas, y su actitud de padre angustiado, rechazaba toda idea de una nueva traición, de tal manera, que mi candor se reprochó haber creído á usted capaz de tal felonía. Y sin embargo, usted cometió la felonía utilizando con espantosa habilidad las angustias de la madre y los sufrimientos del niño.  
 Raymundo. No! No he hecho eso! no he hecho eso! [Dirigiéndose al señor y á la señora Marsanne.] Vosotros sois testigos de que no he hecho eso... Decidlo, vosotros lo sabéis bien!

Girieu. Si lo ha hecho!... Sin el concurso de esas emociones, no habría arrancado á Lorenza al sentimiento de su deber. Cuando un hombre obra así, es un cobarde y un miserable. Era lo que tenía que decir á usted. Ahora, señor, espero su contestación.  
 Raymundo, (después de largo silencio). Sus injurias señor, ya no me irritan porque me conmueven profundamente y su violencia me indica el grado de su dolor. Lo que llega hasta mí, no son palabras, son gritos de sufrimiento. Un hombre honrado como usted, torturado de tal modo, no podría hablar en otros términos. Me atribuye usted una hipocresía, una mala fé de la que no soy culpable, y sin embargo, he hecho todo lo que usted dice. ¿Por qué, pues, no tengo cólera, si no estoy privado de remordimientos? Busco y veo algo que flota sobre usted, sobre mí, sobre todos nosotros, sobre las leyes humanas y de ese algo somos víctimas ó juguetes.  
 Girieu. No son esas frases la contestación que esperaba de usted.  
 Raymundo, con gravedad. Sí, ya sé..... «Dos amigos míos..... soy el ofendido..... tengo la elección de armas.....» Las palabras textuales en momentos como éste, están prescritas por una especie de protocolo..... (De pié) Señor de Girieu, usted sabe que no temo un duelo. Lo he probado con demasiada frecuencia. Creo que usted y yo merecemos soluciones mejores. Por lo demás, esa no nos llevará al fin que usted busca.  
 Girieu. Yo quiero matar á usted.  
 Raymundo. Y si consigue usted hacerlo, sólo sería una solución para mí. Quedarían en el mundo tres desdichados: usted, Lorenza y mi hijo.  
 Girieu. Entonces....  
 Raymundo. Entonces no tiene usted más que un medio: matarme, sencillamente, sin frases y sin testigos, puesto que usted es el marido. Si usted cree que la ley puede dar derechos, usted tiene ese derecho. (Mirándole). Usted vacila! comienza á dudar de que la ley escrita en el Código sea la ley que tiene razón. Vamos, señor de Girieu, ¿quiere usted que hablemos como dos hombres que no son de casino y no creen que todo termina cuando cuatro señores declaran que el honor está satisfecho? Míreme usted á la cara y dígame luego si realmente cree que he implorado su piedad, por cálculo. Ningún criminal hubiera sido capaz de tanta habilidad y yo, señor, no la he tenido. (Animándose). Y usted siente, y sabe que yo era sincero cuando de aquel modo le suplicaba y no puede poner en duda mi voluntad firme de respetar á su mujer y de no traicionar á usted cuya piedad imploraba. [Con exaltación creciente]. Hubo un momento en que todas las conveniencias sociales y todas las convenciones desaparecieron ante un poder que ignora nuestras combinaciones y nuestra concepción del honor y que se burla de nuestros juramentos y de nuestra voluntad. Durante la enfermedad del niño no nos hemos hablado una sola palabra y yo miraba á la señora de Girieu con el mismo respeto que á la monja. Mas cuando supimos de pronto que nuestro hijo se había salvado, espontáneamente nos abrazamos llorando. La ley pudo desunirnos, podíamos nosotros mismos habernos jurado interiormente indiferencia y olvido; jueces y abogados, el Código civil y todas las leyes de la tierra proclamaban que éramos dos extraños, pero allí estaba nuestro hijo! Y la naturaleza que sólo se interesa por el hijo, la naturaleza que quiere que los padres vivan unidos para asegurar la existencia de ese hijo, para perpetuar la vida,

tomó por asalto los derechos que se le habían arrebatado y reunía al padre y á la madre en irresistible abrazo; porque eso es justo y necesario, porque si los magistrados y los legisladores pueden separar dos esposos unidos solamente por las leyes y los juramentos, nada pueden desde el momento en que un nuevo ser ha nacido. En este caso el divorcio es nulo: el hijo es un vínculo que jamás se rompe.

Girieu. [Abatido, con la cabeza entre las manos]. Mi mujer! mi mujer! mi querida esposa!

Raymundo. No! No! No diga usted «mi mujer» No es de usted, ni lo ha sido sino por una ficción, pues las palabras de estampilla no hacen la unión real de dos personas. La mujer pertenece al que la ha tenido primero, al que le ha revelado las supremas ternuras. La que usted llama su mujer es mía, y no soy yo quien la roba, sino usted el que me la ha robado. La primera boca que besa la boca de una mujer deja en ello una señal que no se borra. La tomo porque es mía, porque tengo derecho, el derecho eterno contra el cual son impotentes todas las leyes del mundo. ¿Quiéreme usted la prueba de lo que digo y que señale el libro en que está escrita nuestra unión indisoluble? Vea usted al hijo..... á mi hijo! Mire usted su boca, es la de ella, mire usted sus ojos, son los míos. Si usted quiere que no seamos esposos, necesario sería matar á nuestro hijo, porque él es nuestra acta de matrimonio, viviente y adorada. Pero qué más? si le suprime, nada habrá hecho aún, porque nos quedaría á ella y á mí la comunión de las lágrimas y las cadenas benditas del recuerdo!..... Lorenza, conteste usted. He aquí al Sr. de Girieu: ofrece llevarla á su hogar con su hijo; ama á usted y le dará todos los goces materiales de la vida..... Yo, al contrario, soy el ser inconstante y falso [que usted conoce: con él tiene usted la paz, la consideración y la riqueza conmigo, la inquietud y el aislamiento. Si usted fuera libre, á quién de los dos seguiría?

Lorenza. Si fuera libre..... Si fuera libre, mi contestación sería la que usted espera; pero ya lo decía hace una hora Raymundo, mi deseo único es consagrarme á mi hijo, á este hijo que iba á ser víctima de nuestras pasiones y de nuestras faltas. Entre cada uno de los dos y yo, hay algo irreparable; separemos, pues, nuestras existencias. Mientras usted hablaba, señor Chantrel, yo he reflexionado profundamente. Lo que usted decía es verdad, y sin embargo, entre los dos se levanta algo insuperable. Nuestra unión no nos aseguraría la dicha, y aunque así fuera no tendríamos el derecho de disfrutar de ella, porque nadie puede fundarla en los sufrimientos inmerecidos de un tercero. Parta usted, señor Chantrel. Parta usted señor de Girieu. Me quedaré con mis padres y entregada á mi hijo.



## A LAURA.

Nacido para amarte, amando mucho,  
 Como ninguno ama,  
 El corazón, al aborrear mi vida,  
 Rendí ¡ay! á tus plantas.  
 Tú fuiste para mí todo: esperanza  
 De una ventura incierta,  
 Mi primer pensamiento en cada aurora,  
 Mi única creencia.....  
 Y soñaba en tu amor, mientras vertías  
 Tu acíbar en mi pecho.....  
 Siempre el mismo desdén, el mismo orgullo  
 Siempre el mismo desprecio!  
 Y transcurren los años... Mas que importa?  
 ¿Qué importa, dí, que pasen!.....  
 Vivo pensando en tí, vive en mi alma  
 Este anhelo de amarte.....  
 ¡De amarte más!..... Maldita! qué cadenas  
 echaste sobre mí!.....

¡Yo quisiera romperlas!... yo quisiera,  
 Yo quisiera morir!

FERNANGRANA.

«JE MEURS OU JE M'ATTACHE.»

Deja que empolve tu cabeza blonda  
 ¡oh, mi amada, maligna y hechicera!  
 serás, bajo tu blanca cabellera,  
 una joven duquesa de la Fronda.

Inconstante y fugaz como la onda,  
 te llevé tu capricho á mi ribera;  
 ya sentí florecer tu primavera  
 sobre mi pena, misteriosa y honda.

Y pues mi cielo tu sonrisa irisa,  
 haz que sus alas, en gentil sonrisa,  
 el ave roja de tus labios tienda....

Aunque despues me hieran tus desvíos,  
 acufiaré en tu honor los versos míos  
 con tu busto ducal y tu leyenda.

RICARDO JAIMES FREYRE.

Otro pago de \$1,374 de La Mutua.  
EN MEXICO.

Timbres por valor \$1.38 cts. debidamente cancelados.  
 Recibí de «The Mutual Life Insurance Company, of New York,» la suma de \$1,374.48 cts. así: Cantidad asegurada \$1,000 00. Por devolución de todos los premios pagados, \$374.48 cts. Total \$1,374.48 cts. Mil trescientos setenta y cuatro pesos cuarenta y ocho centavos, plata mexicana, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza No. 683,999 bajo la cual y á mi favor estuvo asegurado mi finado esposo, D. Isaac del Prado y Alea, y para la debida constancia, en mi carácter de beneficiaria nombrada en la póliza, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en México, D. F., á 14 de Enero de 1899.

Firmado.—María Romay vda. de Prado.—Rúbrica.

Un timbre de á \$0.50 cs. debidamente cancelado.  
 El Licenciado Domingo Barrios Gómez, Notario Público, Certifico: que la Sra. María Romay vda. de Prado, suscribió en mi presencia el recibo que antecede, recibiendo á su entera satisfacción la suma de un mil trescientos setenta y cuatro pesos cuarenta y ocho centavos plata mexicana, que el mismo expresa.

Y para constancia, extiendo la presente certificación en México, á catorce de Enero de mil ochocientos noventa y nueve. Doy fé.  
 Firmado.—Domingo Barrios Gómez.—Rúbrica.